

UNA  
MÁSCARA  
*imperfecta*

NINA ANDRASSY



Bookit

UNA  
MÁSCARA  
*imperfecta*

NINA ANDRASSY



# Una máscara imperfecta

Una máscara  
imperfecta  
Nina Andrassy

1.<sup>a</sup> edición: Mayo 2018

Copyright

© Nina Andrassy 2018

© Editorial LxL 2018

[www.editoriallxl.com](http://www.editoriallxl.com)

[dirección@lxleditorial.com](mailto:dirección@lxleditorial.com)

ISBN: 978-84-17160-81-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Diseño cubierta – Editorial LxL

Maquetación – Editorial LxL

*A Paola, no sé qué sería de mí sin ti.  
Gracias por tanto.*

# AGRADECIMIENTOS

¿Quién hubiese dicho que justo en esta parte titubearía tanto?

En primer lugar, quiero agradecer a mis padres, por acompañarme en cada paso y nunca abandonarme por más que las cosas se pusiesen cuesta arriba. Sé que cada error mío les ha dolido como si fuese de ellos, pero aún están allí, levantándose.

A mi hermano, el ángel de mi vida, que llegó cuando más lo necesitaba y se ha transformado en mi mejor amigo y chef personal.

A Paola, por todo el tiempo de risas que nos hemos echado hablando de anime, libros, música, política y juegos, sobre todo, lo último. Sé que en un futuro cercano podré ver tu primer libro publicado y que lloraremos juntas cuando lo veamos.

A la editorial LxL y a todo su equipo, en especial a Angie, mi editora, cuyo trabajo ha sido titánico, aún me causa gracia lo de los guiones, pero ¡juro que Word los hacía así! Y mis errores evidentes por escribir rápido. Gracias.

Finalmente, aunque no menos importante, a todos quienes le dieron una oportunidad a esta historia que escribí hace cinco años... y que estuvo olvidada mucho tiempo, hasta que un correo electrónico cambió su destino. Desde Chile, un abrazo enorme para todos.

# PRÓLOGO

El niño corría calle abajo a todo lo que le daban sus delgadas piernas, de vez en cuando daba vistazos hacia atrás, pero no veía a nadie que estuviera lo suficientemente cerca como para darle alcance y atraparlo.

Lo perseguían desde ya tres manzanas y comenzaba a dolerle el costado derecho del abdomen por el esfuerzo, una molesta punzada mal venida en ese momento en que necesitaba tener el control total de sus extremidades.

Por lo visto sus compinches habían sido capturados, pero él era más ágil que los vejetes que intentaban darle caza, pensó con petulancia.

Con apenas diez años ya era un consumado hampón, tenía a su haber tantos robos que prefería no contabilizarlos porque sería una pérdida de tiempo, pero él estaba orgulloso de cada uno de ellos. En todos se había jugado más que su reputación, muchas veces también su vida.

Era común que los mecheros, como se les conocía en Chile a quienes cometían hurtos menores, usaran niños para efectuar los atracos. Los niños eran inimputables ante la ley y eso Alejandro lo sabía muy bien, sin embargo, no tenía idea de lo que pasaba dentro de las cárceles, solo sabía que era muy malo y que nadie quería llegar allí.

Era conocido en el barrio como el Rucio por su tez clara y cabello castaño claro. Una rareza donde abundaban los morenos de piel curtida y cara sucia, esas características lo hacían único y a él le encantaba ser diferente.

Su madre, Laura Villalba, le había dicho que su padre era un estadounidense, pero Alejandro no lo creía. Su madre era una prostituta que no discriminaba a la hora de escoger a sus clientes y probablemente no supiera quién lo había engendrado, no era un reproche, su madre hacía lo que podía para ganarse la vida y vivían bien gracias a eso, si sumaba, además, sus robos, a pesar de ser pequeñas cantidades de dinero, constituían un importante aporte a la economía del modesto hogar en el que vivían.

Para ser un niño, sabía bastante y había visto muchas cosas que no debería. Era un crío de arrabal, un muchacho que siempre estaría ahí. Él nunca saldría de ese agujero, pero era lo suficientemente listo para llegar a ser respetado en ese mundo en un futuro. Quizá pudiera tener su propio clan y dar órdenes, era a lo más que podía aspirar, pero tenía amplias expectativas.

Y sacaría a su madre de ese lugar para que no tuviera que vender su propio



cuerpo. Era bella y joven, no se merecía pasar de mano en mano como un objeto para el disfrute de hombres perversos y fracasados que no podían conseguir una mujer por los medios habituales. ¿Por qué si no pagaban por ella?

Exhausto, llegó al final de su carrera y quiso refugiarse en su casa, pero lo detuvo ver el vehículo negro que estaba estacionado fuera, ¿lo habrían descubierto? Pálido, pensó que su madre le daría un par de azotes con esa maldita correa de cuero, para luego llorar arrodillada junto a él porque odiaba lastimarlo, sin embargo, detestaba más la idea de perderlo si era capturado.

Con precaución se acercó a la ventana y miró hacia el interior de la precaria y pequeña vivienda. Su madre estaba llorando en el sofá y un hombre alto y rubio le hablaba. Alejandro no oía, pero no había que ser un genio para saber que no era nada agradable. Observó la escena con curiosidad primero e ira después.

De pronto su madre se puso de pie y comenzó a gritar histéricamente. El hombre la tomó de los brazos y la apretó contra su cuerpo para inmovilizarla. Alejandro no pudo soportarlo más y con energías renovadas entró para defenderla de su agresor.

Puede que no fuera una madre convencional, pero esa mujer lo era todo en su vida. Lo único que amaba y ese tipo enorme no le haría daño si él podía impedirlo. No era alto ni fuerte, no era más que un niño debilucho y delgado, sin embargo, no lo pensó en detalle antes de entrar como una tromba.

—¡Ella no ha hecho nada! —gritó frenético—. Yo fui. Yo le robé al supermercado, mi mamá no hizo nada.

Su interrupción pareció detener el tiempo y a los presentes. El hombre lo miró sorprendido y la mujer con instinto protector, logró zafarse de su captor y correr a su lado.

—Alejandro, mi vida. Mi niño —dijo abrazándolo fuerte—. Te amo, mi ángel. Te amo.

—¿Estás bien, mamá? —Ella lloraba tan fuerte que Alejandro no sabía qué hacer para consolarla, estaba asustado como nunca en su vida—. Mamita...

—Te amo, Alejandro.

—¿Qué pasa, mamá? —Antes de que ella contestara, el hombre se acercó y su sombra cayó como un manto lúgubre sobre ellos. Los miró sin decir nada. El niño conectó su mirada con él, con desafío. Era más alto que los hombres que conocía, incluso que Tony, el narcotraficante de la población, que era tan

alto y delgado como un poste.

Pero ese hombre no tenía el aspecto enfermo de Tony, era fornido y se notaba que hacía deporte regularmente y comía bien.

El desconocido al ver al niño le había robado la capacidad de raciocinio. Era un diablillo de carácter explosivo, no obstante, era perfecto. Tenía su pelo y sus ojos. La misma barbilla testaruda y los labios llenos que le daban un aire femenino, pero que una vez que se transformara en un adulto no harían más que potenciar su atractivo.

—Alejandro, he venido a llevarte conmigo. Soy tu papá. —Un sollozo desgarrador dobló el cuerpo de la mujer a la altura de su vientre. Alejandro reaccionó con pánico, ¿llevarlo con él? ¿Dónde? ¿Por qué?

—¡No! —gritó el niño—. Usted no es mi papá. —Se volvió a mirar a su madre que se deshacía en lágrimas—. Mamá, dile que él no es mi papá. Él no puede ser mi papá. —Laura negó lentamente con la cabeza y toda esperanza se desvaneció del pequeño cuerpo del niño.

—Lo es —reconoció—. Él quiere llevarte a su casa, mi ángel. —Serenamente, pero aún con desoladas lágrimas cayendo por sus mejillas, la mujer intentó animarlo—: Es una casa enorme, tendrás muchos juguetes. Te dará la vida que mereces. La vida que siempre debiste llevar y yo no he podido darte.

—No, no me iré con él, no voy a dejarte sola, mamá —declaró solemne el niño. La decisión que mostraba encantó al hombre que observaba la escena a prudente distancia. Era digno hijo suyo, pensó orgulloso. Un heredero inmejorable, y si sus cualidades eran adecuadamente pulidas sería un hombre implacable.

Laura giró el rostro para enfrentarse a ese hombre al que tanto odiaba. La bestia enfundada en ropa cara que se llevaría lo más valioso de su vida. Su niño. Ese niño que había llegado sin que ella lo esperara, ese niño al que pensó en abortar y, luego, cuando el aborto ya era inviable, abandonar; pero que le había robado el alma con una mirada de sus ojitos azules.

—Lo harás, angelito —sentenció y él la miró suplicante—, él ha prometido cuidarte y traerte a veces para que nos veamos, mi niño. Seguiremos juntos para siempre. Aquí. —La mujer puso una mano sobre su pecho y esperó a que él lo comprendiera—. Justo aquí donde más importa. —Besó sus mejillas sonrosadas, empapadas en lágrimas de impotencia—. Siempre estaremos juntos.

El miedo le oprimió la garganta a Alejandro cuando su madre se puso de pie y le dio un ligero apretón en el hombro para darle valor.

—Cuídalo con tu vida, Dane —dijo tan amenazante como le permitía su baja estatura ante la imponente del hombre al que una vez había amado. Dane admiró su valor y reprimió las ganas de pedirle perdón o de besarla hasta que olvidaran el pasado que los había separado, cuadró sus hombros y apretó los labios hasta que estos se volvieron blancos y dejó que ella continuara—: Porque si me llego a enterar que tú o tu mujer le han hecho daño a mi hijo, te buscaré y no tendré piedad contigo. No la tendré, te lo juro.

Alejandro se dejó guiar hacia ese hombre al que desde entonces llamaría papá y se alejó de la única persona a la que había querido.

La mujer que, aunque llevaba una mala vida, lo amaba.

La madre a la que nunca volvería a ver.

# CAPÍTULO 1

*Veinte años después...*

Alejandro Forrester Villalba dejó de prestar atención a la palabrería de su futuro suegro y observó la estancia tan exquisitamente decorada. Bufó internamente ante lo ostentoso del lugar donde se celebraba la cena en la que presentaba a su familia, a su futura esposa, Berenice Valencia.

Su mirada vagó por la mesa principal donde destacaba su prometida vestida de rojo y lentejuelas. Alejandro la calificó de vulgar en cuanto la vio, pero no exteriorizó sus pensamientos y, en cambio, le mintió diciendo que se veía deslumbrante. Berenice era una mujer guapa, además de experimentada, sin embargo, le faltaba sofisticación, pensó que eso le traía sin cuidado en realidad. No necesitaba que fuera inteligente, culta o instruida para lo que necesitaba de ella.

Su compromiso era una victoria y lo celebrarían por todo lo alto dentro de un mes, Berenice era un pasaporte, lo demás sería solo cuestión de tiempo y esfuerzo de su parte.

Al lado de Berenice estaba María, su futura suegra, con su aire melancólico, sabía cómo exasperar a Alejandro con su pasividad. «Vaya madre», pensó aburrido. ¿Sería tan aburrida en la cama como parecía? Si era así entendía las aventuras de su suegro. Él mismo sospechaba que sería un hombre infiel una vez casado con Berenice, no solo porque no sentía nada por ella, sino porque una cosa era casarse y otra muy distinta era construir un lazo con la mujer en cuestión.

Él no podría hacerlo y agradecía que Berenice no se lo pidiera. Al parecer su actitud era obvia porque incluso esa noche una de las primas de su novia había dejado clara su disponibilidad y estaba tentado a aceptar, llevaba mucho tiempo sin una mujer y la tensión del trabajo sumado al estrés del compromiso estaban sobrepasándolo. Podía parecer despiadado, pero él era así. Así le habían enseñado a ser y no le importaba si dañaba a alguien en el proceso.

«El resultado es lo que importa».

Su padre y su madrastra, a la que no había visto en años hasta esa noche, estaban a su lado mirándolo con condescendencia, como si su posición estuviera sobre las extravagancias de los Valencia, y probablemente así fuera. Era una pareja glamurosa, pero falsa. Ante la sociedad constituían un

matrimonio sólido. ¿Quién podría pensar que cuando cerraban las puertas de su casa no se hablaban y no toleraban la presencia del otro?

Todo en esa familia era una maldita mentira. ¿Quién era auténtico en esa reunión? ¿Había alguien ahí que no engañara para dar una imagen falsa de sí mismo?

Probablemente solo una.

Sus ojos azules se detuvieron en Sofía, la hermana de Berenice, cada vez que la veía algo incómodo se generaba en su interior, un molesto fuego que se extendía hasta su ingle, acompañado de la vergüenza de su origen y su impío ser. Vestía un recatado vestido color crema que le quedaba perfecto en su figura, y los delicados bordados que tenía como detalle en el corpiño la hacían ver etérea. Exquisita y fina. Tenía tanta sofisticación y clase que debería haberla compartido con su vulgar hermana mayor. Definitivamente en la repartición de genes, la gracia y el encanto la habían beneficiado notablemente.

Ella le devolvió la mirada nerviosa, como siempre lograba ponerla, y las ganas de llevarla a una habitación oscura y poseerla se multiplicaron. Sofía sabía que él la deseaba o al menos debía intuirlo, de lo contrario ¿cómo podía justificar su reacción hacia él?, y Alejandro sabía que llegaría el día en que la tendría, estuviera él casado o no, y ese pensamiento lo asustaba por lo que significaba tener algo con su hermosa futura cuñada.

Era lo más parecido a una fiebre o a una obsesión, pensó incómodo. No podía apartar la vista de esa mujer, cada vez que intervenía en alguna conversación su atención era toda para ella y si estaba en silencio no podía dejar de mirar cada expresión que cruzaba su cara.

No importaba cuántas mujeres más hubiese en una habitación, Sofía se las ingeniaba para hacerse notar con ese sonrojo inocente y la manera en que retorció las manos o parpadeaba rápido para ocultar sus ojos verdes claro. Berenice tenía el mismo color de ojos, herencia de su madre, pero en Sofía se veían cálidos. Era imposible compararlas.

—¿No piensas igual, querido? —susurró en un ronroneo su prometida, Alejandro estaba excitado ya con la visión de Sofía y su mirada anhelante, pero saber que Berenice estaba dispuesta a seducirlo no logró estimular por sí solo el calor que se extendía por su cuerpo. No deseaba a su novia y era desconcertante que a poco de casarse se excitara con su hermana y no con ella.

—No tengo idea de lo que hablas —la cortó implacable, estaba distraído

por culpa de Sofía, debía haber fuego en sus ojos porque Berenice bajó los párpados, conoedora, y estiró la mano para acariciarlo bajo la mesa. Tenía ya una erección de la que tendría que hacerse cargo, pero bastó que Sofía desviara la mirada para que su libido se apagara y de un manotazo quitó la mano de su prometida.

Ella frunció las cejas e hizo un mohín, Alejandro la aplacó con una sonrisa falsa.

Tan fácil, tan poco discreta.

Tan diferente a Sofía que, como siempre, vestía con recato junto a su enorme y poco agraciado novio.

¿Cómo podía luchar contra la atracción que sentía por ella cuando el hombre que la acompañaba tenía aspecto de matón de secundaria y no del caballero que ella merecía a su lado?

La velada estaba avanzado sin contratiempos y Sofía quería que acabara de una vez esa tortura de ver a Alejandro coquetear con Berenice, eran celos absurdos, lo sabía, pero no podía evitar sentir dolor al verlos juntos.

Ella lo amaba intensamente.

No tenía ninguna esperanza, pero lo amaba.

No sabía cuándo había comenzado, tal vez cuando lo vio por primera vez cuatro años antes y desde entonces habían coincidido unas cuantas veces o cuando había comenzado a cortejar a su hermana mayor y a frecuentar su casa.

Se trataban poco, pero las veces que lo hacían siempre conversaban amenamente. Había un halo de misterio que lo envolvía y eso a ella le encantaba e intrigaba. ¿A qué mujer podría no gustarle? Era inteligente, gentil y astuto, incluso podía ser divertido si se lo proponía.

Sin embargo, reconocía que gran parte de la atracción que él ejercía sobre ella era alimentada por las atenciones que le prodigaba. La escuchaba siempre que intervenía y de sobra sabía que era real. Que él no fingía. Realmente ella le importaba, por lo menos un poco.

Pero era su hermana la dueña de su corazón.

Veinte minutos habían pasado desde que la pareja había desaparecido de la recepción y Sofía moría lentamente de celos al imaginarlos juntos manifestándose el afecto que se tenían.

—Si tienes ganas de bailar, olvídale —dijo Marco malinterpretando su expresión afligida—. No tengo ganas de verte hacer el ridículo.

Ella solo agachó la mirada, mortificada. Marco, su prometido, era un patán

maleducado que desmerecía cada cosa que hacía. No podía imaginar su vida a su lado para siempre, sería una tortura tener que soportarlo, pero su padre consideraba que era lo único a lo que podía aspirar.

—No quiero bailar —le aseguró justo cuando Alejandro entraba al salón, iba solo, e inmediatamente las miradas se volcaron hacia él. Las mujeres parecían querer desnudarlo y los hombres, romperle el cuello. No supo que ella estaba mirándolo de igual modo hasta que Marco le dio un pequeño empujón, estaba comenzando a hacerlo muy seguido, lo cual la empezó a asustar, incluso la había zamarreado días antes. Sofía temía que, en un arrebato, le hiciera daño, era mucho más grande que ella y, por consiguiente, tenía más fuerza. Ella era demasiado delicada, su piel se marcaba con facilidad si se ejercía mucha presión sobre ella y tenía una fea mancha oscura en el hombro producto de un apretón que le dio cuando intentó desasirse.

—Deja de comerte al novio de tu hermana con los ojos. Él escogió la mejor mercancía —se burló Marco inclemente, la garganta de Sofía se cerró ante el reconocimiento. Sí, él había escogido a Berenice como siempre, a nadie debió sorprenderle que fuera ella el objeto de su interés.

Su hermana con su cabello negro como la noche y sus ojos verdes era una elección obvia, una elección inteligente.

Inundada en vergüenza, Sofía se sentó cerca del piano, no se atrevió a tomar lugar en el banquillo, aunque amaba tocar no se lo permitían en casa y no quería que su familia tuviera motivos para enfadarse con ella. Menos aún, cuando la noche estaba dedicada a Berenice y ella acaparaba toda la atención.

Alejandro estaba cerca, mirando hacia la puerta, pero Marco actuaba como un escudo y Sofía no se atrevía a entablar conversación con él. Las conversaciones del resto de la concurrencia se mezclaban en el aire y no había forma de distinguir qué decían, pero ella no les prestaba atención. Aunque se tratara de una fiesta, para ella era un día muy triste.

Sofía observó a Alejandro moverse en dirección a la puerta como un tigre al acecho. La curiosidad pudo con ella y se puso de pie.

—Voy al tocador —le dijo a su novio sin mirarlo—. Ahora vuelvo.

Sin esperar respuesta de su parte, siguió a Alejandro por el largo pasillo que conducía a un estudio privado de la casa colonial que oficiaba como salón de eventos, pero que en otro siglo había sido el hogar de una acaudalada familia criolla.

La mullida alfombra amortiguó sus pasos. Veía a Alejandro en la

penumbra, por fortuna sabía que era él, porque solo era una silueta como podía ser la de cualquiera.

Alejandro se detuvo frente a la puerta y empujó antes de retroceder y verla.

—Sabía que me seguías —le dijo. Antes de hacer un ademán para que entrara también. Sorprendida, ella obedeció a la orden tácita.

—Lo siento, solo quería saber de Berenice. —Improvisó esperando que él la creyera, era una mentirosa muy mala, pero rogó que no se diera cuenta de que solo quería unos segundos de paz donde no estuviera Marco.

—Mi prometida está ocupada. —Alejandro tenía la cruel costumbre de siempre recordarle a Sofía que estaba a punto de casarse. No entendía el motivo y no se había detenido a analizarlo, pero a ella le rompía el corazón que lo hiciera como si pudiese olvidarlo.

Alejandro sabía que a ella le dolía, así como a él le molestaba la presencia de Marco.

La joven era luz donde su hermana oscuridad, lo único que tenían en común era el color de sus ojos, pero Sofía era rubia como el sol y de personalidad nerviosa. Temblaba cuando estaba con él, aunque eso no quitaba que le discutiera si hablaban de arte y no estaban de acuerdo. Sofía amaba el arte y Alejandro no intentaba ganarle en esa área, pero adoraba picarla solo para ver cómo se encendían sus mejillas con pasión al defender su postura.

—Entiendo. ¿Se ha encontrado con alguien? —le preguntó para aliviar la tensión que tenía por el reducido espacio en que se encontraban.

—Con una amiga de la universidad a la que invitó, pero que hacía tiempo no veía. —Alejandro sirvió dos vasos de coñac y le extendió uno a la joven.

—Gracias.

—¿Marco te ha dejado sola? —le sonsacó información, pero no le interesaba mayormente conocer la respuesta, sabía que Sofía había huido y a él lo alegraba tal hecho, sobre todo porque se había refugiado en él. Tomó asiento en el sofá y le hizo lugar para que se sentara a su lado. Ella tomó aire lentamente, nunca habían estado solos en un lugar tan íntimo ni tan cerca.

—Le he dicho que iba al tocador.

—¿Le has mentado a tu novio? —inquirió sorprendido y chocó su vaso con el de ella para brindar con una sonrisa de medio lado dibujándose en sus labios.

—No totalmente, iba a ir después de hablar con Berenice.

—¿En serio? —La voz de Alejandro tomó un cariz distinto, más ronco y



seductor. Ella mentía muy mal—. Pero me has seguido y ahora estás conmigo por lo que sí podríamos decir que le has mentido.

—No hay peligro, eres el prometido de mi hermana. Deberías ser como un hermano para mí.

—Debería —concedió él quitándole el vaso de sus manos, cuyo contenido estaba intacto—, pero no somos hermanos.

—Cuando te cases con mi hermana entonces sí lo serás. —Él rio ante su actitud recatada.

—Sé que no quieres ser solo mi hermanita —dijo para su desazón. «¿Se le notaba tanto?», se preguntó mortificada, pero él le restó importancia al asunto—. ¿Marco está tomando parte de la inversión del viñedo de tu padre? Creo haberlo oído hoy.

—Sí, así es —contestó agradecida por el cambio de tema y quiso que en su voz sonara un orgullo que no sentía—. Está intentado convencer a compradores de España, pero no es tan sencillo. El vino chileno se vende bien, pero tiene una fuerte competencia con el francés que tiene más tradición e historia.

—¿Conoces bien a la competencia? —Ella asintió solemne con los ojos brillando de interés y él sonrió—. ¿Qué más me puedes decir del vino francés? ¿Sabes los criterios de clasificación? ¿Qué crees que nos falta?

—Hay varios puntos en los que estamos débiles, en mi opinión, principalmente porque estamos apuntando a un mercado que ya ha sido conquistado por otro país, además del propio, claro. No hay que olvidar eso, pero, en calidad, me inclino a pensar que estamos bastante bien. —Suspiró Sofía con ánimo y de memoria, para sorpresa y agrado de Alejandro, describió cada aspecto a favor y en contra de sus vinos.

Era tan tímida y delicada que la tentación de quitarle la ropa y comprobar por sí mismo lo salvaje que podía ser en el contexto adecuado se hizo apremiante a medida que hablaba con la cara oculta de su escrutinio, en un momento quiso acercarse y robarle un beso, no obstante, se detuvo a medio camino para aspirar la fragancia dulce que desprendía.

Sofía se quedó muy quieta mirándolo a los ojos, esperando algo aun cuando la conversación no se agotaba.

La tensión entre los dos era evidente, pero ninguno fue capaz de dar el siguiente paso. Hacerlo era ceder ante la tentación y eso no podía ocurrir.

Si lo hacían no habría vuelta atrás.

Alejandro lo sabía.

Estaban absortos discutiendo sobre los colores, las proporciones de los azúcares naturales, la presión del gas y el envejecimiento, cuando el color vulgar del vestido de su prometida los hizo mirar a la puerta.

Había escogido bien, se dijo Alejandro. Berenice era la elección segura. Sofía, no.

Sofía era inteligente, con ella se podía hablar y eso no le convenía. Era mejor lo fácil, una mujer que se abriera de piernas, pero que no le abriera el corazón ni la mente. Sofía no tendría problemas en descubrirlo todo y él no podría llegar hasta el final, no podría enfrentar la decepción en sus ojos verdes.

—Nuestra madre te está buscado, Sofía, dice que has dejado a tu novio solo en la fiesta —espetó con reproche haciendo ingreso en la habitación con un contoneo sexy, y se dirigió a su prometido—: Y tú deberías estar conmigo, querido.

Alejandro la evaluó sin emoción en su rostro, se puso de pie con tanta elegancia que Sofía casi perdió el sentido mientras lo imitaba.

—Tienes razón, Berenice —moduló las palabras perfectamente y le ofreció el brazo con un derroche de caballerosidad, pero sin un rastro de agrado ante la interrupción—. ¿Nos vamos? —preguntó a las dos.

El salón estaba a rebosar de parejas que bailaban. Todo brillaba, había tanto brillo que Alejandro recordó a su madre y sus trajes de noche baratos. Rápidamente desechó el pensamiento y se concentró en el triunfo que tan cerca estaba. Saborearía el momento en que llegara.

Podía sacrificar su alma, pero nunca su venganza.

Varias horas habían pasado y la fiesta comenzaba a decaer. Marco estaba como una cuba por todo el licor que había consumido y Sofía no podía estar más abochornada.

—¿Por qué no vamos a un sitio más cómodo? —sugirió arrastrando las palabras con aire lascivo y con esa confianza ciega que solo los borrachos poseían.

—No, Marco, no sería correcto.

—Siempre tan correcta, Sofía. Actúas como una monja. —Marco intentó besarla, pero ella lo empujó con fuerza, por fortuna nadie los vio, lo contrario habría supuesto una humillación mayor.

—Basta —le rogó avergonzada, alejándose de él.

—¿A dónde vas?

—No sé.

—Tú no vas a ninguna parte, zorra —bramó Marco tomándola con fuerza de su brazo—. Es hora de que seas mía, Sofía.

—No. —La joven intentó liberarse, pero su prometido poseía muchísima más fuerza y la arrastró hacia una habitación oscura donde comenzó a besarla con tal dureza que la chica solo era capaz de llorar llena de impotencia, y revolverse contra él embargada de asco.

El endurecimiento de su erección le provocó náuseas y cuando las fuertes manos le apretaron los pechos dio un grito que Marco calló con un bofetón tan brutal que la cabeza de Sofía dio vueltas y no pudo enfocar los ojos durante varios segundos. Le arrancó el vestido de un tirón, dejando su piel al descubierto e implacablemente mordió la lozana piel de su pecho.

—No estás tan mal —masculló y continuó con la tortura. Sofía sabía que se enfrentaba a un hombre más poderoso físicamente que ella y que poco podía hacer más que soportar.

Era su primera vez; ni parecido a lo que había soñado durante sus años de adolescencia.

Marco le subió el vestido y se bajó los pantalones sacando su miembro de su prisión, y buscó a tientas la entrada a su cuerpo.

El pánico hizo que Sofía saliera de su letargo y golpeó con todas sus fuerzas a Marco en la cabeza con un puñetazo.

—¡Putas! —bramó él respondiendo al golpe con otro que la tiró al suelo. El dolor fue tan agudo que Sofía casi pierde la consciencia. Marco se arrodilló a su lado y le tomó el pelo para así obligarla a mirarlo—. No juegues conmigo, Sofía. Nadie vendrá a ayudarte. A nadie le importas, ¿sabes por qué? —Ante el mutismo de la chica Marco continuó—: Porque no has hecho nada por darte valor. —Le dolió escuchar eso, pero ella sabía que era cierto, por lo mismo no pudo hacer más que llorar cuando Marco volvió a besar sus pechos y buscó la unión de sus muslos.

«No así», suplicó en silencio. «Por favor, así no».

Alejandro quería un poco de intimidad, Berenice estaba comenzando a ponerse muy insistente y ya estaba agotado de rechazar sus avances.

¿Cómo sería capaz de acostarse con ella durante toda su vida si no la deseaba?

La sola idea le provocó un escalofrío.

Necesitaba un trago.

Con esa idea en mente pidió al garzón una copa y buscó una habitación vacía donde beber solo. La primera disponible estaba a unos pasos, pero apenas al abrir la puerta escuchó gemidos masculinos y el inconfundible sonido que hacían dos pieles desnudas al rozarse.

Con un bufido iba a darse la vuelta para buscar otro sitio cuando un sollozo lo detuvo.

—¿Te duele, Sofía? —La voz burlesca de Marco llegó a los oídos de Alejandro. No se detuvo a pensar en lo que estaba haciendo, solo actuó fuera de sí y entró a la habitación, encendió la luz para ver cómo Sofía yacía bajo el enorme cuerpo de su novio con el rostro bañado en lágrimas.

No supo qué lo movió, pero al segundo, tomó a Marco de la camisa para separarlo de Sofía, que continuaba en el suelo con el cuerpo magullado y herido sin moverse ni cubrirse.

Sus años como chico de arrabal salieron a la luz y atacó al abusador sin preguntar qué había sucedido o cómo habían llegado a esa instancia. Como esperaba, Marco solo atinaba a defenderse, pero Alejandro estaba ciego de furia y no se detuvo.

—Maldito bastardo —bramaba—. Infeliz hijo de puta. —Sin darle tregua, golpeó con saña cada centímetro de la piel de ese hombre que había dañado a su pequeña Sofía.

No podría ser exacto para definir cuánto duró, solo se conformó cuando Marco dejó de responderle. Se le había ido la mano y lo había dejado inconsciente.

—Alejandro —el tímido susurro de Sofía, le devolvió la cordura que había perdido. Intentó normalizar su respiración mientras se dirigía a ella.

La joven continuaba en el suelo, pero se había cubierto un poco con lo que quedaba de su vestido tan pudorosamente como fue capaz.

—Salgamos de aquí —dijo antes de terminar matando a Marco, si volvía a verlo lo haría. Sofía asintió e intentó ponerse de pie sin éxito. A Alejandro se le revolvió el estómago al ver el estado en que el energúmeno de su novio la había dejado—. Déjame ayudarte —pidió suavemente. La joven no tenía fuerza para negarse y se dejó hacer cuando él la cogió en brazos.

Tan ligera y frágil. Tan pequeña que le dolía verla reducida a eso.

Fue con ella a otra habitación, tuvieron suerte de que nadie se cruzara en su camino. No quería dar explicaciones.

La dejó sobre una amplia cama, la muchacha no lo miraba, moría de vergüenza ante lo que había visto. ¿Cómo podía mirarlo a la cara cuando había sido testigo de cómo Marco abusaba de ella?

—Lo siento —dijo la joven.

—No ha sido tu culpa.

—No deberías haberlo visto..., yo... —Apretó los puños sobre la tela del vestido que cubría su pecho y quebrada comenzó a llorar con fuerza.

—No llores, Sofía. —Alejandro se arrodilló en el suelo y le tomó las manos. Las tenía frías y reconfortaron las propias, cuyos nudillos estaban en carne viva—. No eres culpable de lo que ha pasado. —La joven iba a replicar—. No trates de negarlo, lo sé.

—Él quería que yo..., pero no he podido. No puede.

—Tranquila, pequeña.

—Me duele mucho —se quejó y Alejandro temió que hubiese llegado demasiado tarde.

—¿Lo ha hecho? —preguntó temiendo lo peor—. ¿Él te...? —Dios, qué duro era decirlo. No pudo hacerlo finalmente, pero ella entendió.

—No, no. —Sofía no podía decirle que había estado cerca. Tan cerca que había penetrado en su cuerpo, pero no totalmente. No podía decir eso. Era demasiado humillante.

—No permitiré que se acerque a ti otra vez. Primero lo mato, ¿entiendes? —Sofía pareció reaccionar al fin y, con la voz rota, le dijo:

—Tienes que olvidarlo. —Alejandro se tensó.

—¿Qué dices, Sofía?

—No puedes decírselo a nadie. —Alejandro, desconcertado, echó la cabeza hacia atrás como si lo hubiese golpeado—. Olvida esto, olvida lo que has visto.

—¿Que lo olvide, Sofía? ¡Estaba abusando de ti! ¿Cómo me pides que olvide que ese cerdo ha intentado violarte?

—No lo entenderías, Alejandro —balbuceó la joven mirándolo directamente—, pero debo casarme con él..., mi padre desea verme casada con él. No tengo alternativa.

Él no fue capaz de preguntar por qué. Solo sintió que algo entre ellos había cambiado irremediabilmente.

Él tenía que evitar a toda costa que Sofía se casara con Marco.

# CAPÍTULO 2

Había transcurrido un mes desde el triste episodio del que había sido testigo, pero Alejandro no era capaz de borrar de su mente la imagen de Sofía herida y magullada después del ataque a causa de ese miserable, al que, por cierto, no le había visto ni la nariz en ese tiempo. La familia de Marco había echado a correr un rumor sobre un desafortunado accidente.

Alejandro se alegraba de que el desgraciado de Marco hubiese quedado mal. Merecía morir por haber osado tocar a Sofía.

Sin embargo, ella tampoco había querido hablar más con él del tema cuando Alejandro lo había intentado, cosa que lo enfurecía y lo llenaba de impotencia.

Si hubiese estado en sus manos, él habría hablado con los padres de la chica para advertirles sobre lo que estaba ocurriendo con ella, pero sabía que la relación familiar de los Valencia no era propicia como para hacerlo.

Tendría que actuar él por sus propios medios y sacar a Sofía de esa espiral de destrucción.

—¿Estás listo, hijo? —Dane Forrester se materializó a su lado vestido tan elegantemente que a Alejandro le dio lástima pensar en que esa noche no terminaría como todos esperaban.

—Sí —respondió sin mirarlo a la cara fingiendo que arreglaba el puño de su camisa.

—Hijo —lo llamó Dane—, sabes que solo quiero que seas feliz, ¿verdad?

—Tu concepto de felicidad difiere del mío —contestó osco dándose la vuelta. «¿Es un niño feliz cuando le quitan a su madre?», no quiso decirlo, pero lo pensó como siempre lo hacía cuando Dane se acercaba—, será mejor que nos vayamos.

Sofía aún no estaba totalmente repuesta, pero ese día era especial para su hermana y para Alejandro: el día en que se comprometerían.

Le dolía muchísimo ser consciente de que no tenía ninguna posibilidad de estar con él, pero si él era feliz, ella también.

Ese día escogió un vestido de mangas largas para que nadie viera las heridas que tenía en los brazos. Había logrado ocultar sus magulladuras con maquillaje y ropa grande, pero no podía ir con chaleco al evento. No obstante, era la primera aparición en público desde el episodio y también la primera

vez en que vería a Alejandro.

—Apúrate, Sofía —gritaba Berenice desde el piso inferior.

Con un suspiro resignado se miró al espejo por última vez y se reunió con su familia.

—¿No has encontrado otra cosa que ponerte? —le preguntó su padre con condescendencia. Sofía escondió su rostro tras su flequillo.

—Lo siento, padre. —Aceptó sumisamente.

—Da igual, tu aspecto no mejoraría. —Evitando a su hija menor, se dirigió a la una despampanante Berenice que lucía un vestido negro muy corto—. Vamos, princesa, esta es tu gran noche.

Todas las noches eran para Berenice.

Fue lo primero que Alejandro vio esa noche, incluso antes de que su prometida se colgara de su brazo y reclamara su atención. Vio a Sofía tan callada como siempre, enviándole un mensaje con sus bellos ojos de hechicera.

«No lo digas, no lo digas».

¿No decirlo? Era lo más difícil que le habían pedido hacer jamás.

—¿Pasa algo, Alejandro? —Berenice lo miró intrigada y siguió el curso de sus ojos—. ¿Ocurre algo con Sofía?

«El novio de tu hermana la intentó violar, eso pasa».

—Nada. Voy por una copa.

Sofía tuvo que evitar toda la celebración a Alejandro, por fortuna, él parecía tener la misma idea porque no la buscó.

Cuando la fiesta comenzó a decaer estaba cansada y perturbada. El hombre que amaba se había comprometido con su hermana e intentaba soportarlo, pero verlos juntos era una agonía, un dolor lacerante que se extendía por cada fibra de su cuerpo.

—Si fueras mío, Alejandro... —susurró una vez fuera del salón. Había visto el patio de día, pero de noche ese lugar tenía encanto, era un sitio para reuniones ilícitas. Era un sitio para los amantes. La sola idea de que hubiese alguna pareja enamorada en las cercanías la inundaba de pena y de envidia.

Desde que Marco había intentado tomarla, Sofía sentía pánico al pensar lo que ocurriría una vez que se casaran, cuando no hubiese nadie que la salvara de él y ella estuviera a su merced absoluta.

De pronto escuchó un gemido femenino y se alarmó, ¿alguien estaría herido? Luego de ese vinieron otros más, a medida que se acercaba se hacían

más fuertes. Extrañada y solo apoyada por la luz de la luna como guía se internó en el invernadero.

Un grito amortiguado la hizo saltar y asomó la cabeza.

Espantada, vio a una pareja haciendo el amor rodeada por las flores. La mujer dejó caer la cabeza hacia atrás y la reconoció enseguida.

Berenice.

Aturdida y avergonzada pensó que su compañero era Alejandro y decidió no seguir mirando, aunque temía que la escena jamás saldría de su cabeza. Dio pasos a ciegas retrocediendo, chocó con un algo duro y unos brazos la rodearon por la espalda, iba a gritar, pero un susurro ronco la frenó:

—Muy educativo, ¿no crees? —Esa voz profunda..., no podía ser, si Alejandro estaba ahí entonces, ¿quién...?

—Alejandro... —susurró impactada.

—No hagas ruido. —La tomó de la mano y la sacó de ahí para no molestar a su prometida y a su amante.

La condujo a los pies de una fuente sin soltar su mano. Sofía no sabía qué decir, imaginaba que él estaría consternado como mínimo, ella incluso estaba asqueada por lo que había visto.

—Alejandro, lo siento mucho, yo... no sabía que mi hermana... Oh, Dios... —Él en respuesta solo apretó más su mano y enfrentó sus ojos.

—No tienes que decir nada —la tranquilizó despreocupado—. No tengo el corazón destrozado por la pena, porque esto no es nada para mí. Ni siquiera es algo imperdonable —hablaba con tono monocorde y frío, tan carente de emoción que Sofía se soltó de su mano para encararlo, la mano le ardía donde él había tocado.

—¿A qué te refieres con eso? —le preguntó sintiéndose estúpida por no entender ante su mirada aburrida—. Es tu novia.

—Ella es una más. Nada irremplazable. —Sofía quiso tomar distancia antes de sentirse decepcionada del hombre que amaba, ¿tan cínico era? No podía ser. Estaban hablando de su prometida, la mujer con quien pasaría todos los días de su vida, la futura madre de sus hijos.

Alejandro era un hombre simpático, inteligente y vital, pero no cínico. No, definitivamente estaba alterado por la situación.

—No digas eso —le rogó, y lágrimas de simpatía corrieron por sus mejillas. Lágrimas por él, por el dolor que no expresaba, también por ella al no poder ayudarlo. Sus delicadas manos se alzaron para acariciar sus mejillas



ásperas por la incipiente barba. La luz plateada de la luna bañaba su bello rostro, parecía más joven de los treinta años que tenía, pero exudaba masculinidad por cada poro.

—No creas que me duele. —«Más me duele verte triste y que no me dejes hablar», pensó sin apartarse. Era la primera vez en mucho tiempo que recibía una caricia inocente y no quería perder el contacto—. Ella no es importante por sí misma para mí. —Extrañado ante su confesión se apartó nervioso. Debía recuperar el control. Volver a ser el hombre calculador que su padre había formado.

—¿Qué quieres decir, Alejandro?

—Que me casaré con ella a pesar de todo.

—¿No te importa que se te sea infiel? —Ella no soportaría algo como eso de la persona que amaba. Claro que él estaba dejando patente que no amaba a Berenice al decir que ella no era especial.

—Necesito casarme y tener un hijo, pero ahora tú la has visto y eso complica las cosas un poco.

—¿Yo las complico? ¿Cómo podría hacerlo?

—Tú —le aseguró reteniéndola por la cintura cuando ella dejó caer las manos que lo habían acariciado—. Desde hace tiempo vienes complicando las cosas para mí.

—No entiendo lo que dices.

—Siempre ha sido así, Sofía, siempre he tenido miedo de ti. Tu inteligencia, tu belleza —siguió ignorándola— y después de lo que pasó con Marco...

—¡No hables de ello! —suplicó a voz de grito.

—¿No entiendes que ese tipo es un peligro para tu vida? Te estaba violando.

—Tengo que casarme con él.

—Y yo debo casarme con Berenice, pero tú no aceptarás saber que tu hermana me pone los cuernos y que yo lo consiento, para ti la fidelidad es importante. Las promesas, el compromiso... y yo no soportaré ver el reproche en tus ojos. Me temo que siempre tendría que rehuir tu mirada para no sentir que he cometido un error, aunque sepa que lo he hecho.

—Porque no me parece bien que te engañe. Porque no es correcto. Porque estaría traicionando sus votos —argumentó vehemente—. No, nunca estaré de acuerdo con ello.

—¿Y si te dijera que yo tampoco soportaría saber que Marco está contigo después de lo que vi? ¿Seguirías pensando lo mismo? —preguntó, ella no supo qué decir—. He tenido que contenerme para no ir y matarlo después de ver lo que te hizo, ¿te asusta saberlo? Y peor sería si te dijera ahora mismo que quiero llevarte a la cama y borrar de una vez tu expresión de niña herida y quitar de tu mente el recuerdo de ese cerdo sobre ti. —Sofía ahogó una exclamación de sorpresa, pero Alejandro no se detuvo—: Sí, cariño, te veo mirarme con anhelo y me excito pensando en qué cosas estarías dispuesta a hacer para complacerme. Me he excitado con tu presencia tantas veces que ya es una costumbre. Te deseo, Sofía.

—No juegues con eso, por favor —le suplicó entre lágrimas que ya no eran de simpatía, sino de impotencia. Lo sabía, él sabía que lo amaba, siempre lo había hecho. Y para completar su humillación había visto a Marco con ella.

—Me amas —acertó y Sofía no pudo negarlo—. Y yo te deseo, sé que te tendré algún día. Lo he imaginado muchas veces. Los dos en la cama haciéndonos el amor hasta el agotamiento, perdidos en el cuerpo del otro, rendidos después de experimentar un orgasmo avasallador, abrazados, intentando recuperar el aliento. Sé que lo deseas como lo hago yo.

—Si te casas con mi hermana, no —declaró turbada sin poder contradecirlo y se avergonzó por las imágenes eróticas que cruzaron por su mente, a pesar de que durante ese mes la idea de un hombre tocándola había bastado para estremecerla; con Alejandro no lo sentía así. Con él jamás se sentiría mal.

—¿Y tú me dejarás casarme? Lo dudo, por ti tendré que dejar a mi novia y la vacante estará libre para ti. Cumpliremos nuestras fantasías. Nuestros deseos más secretos.

—Pero... está Marco y yo... —Cuando él le dirigió una mirada feroz, ella supo que la excusa no valía de nada y Alejandro estalló.

—¡No lo nombres! ¡Lo único que me ha detenido en partirle el cuello es que a ti eso te molestaría! La sola idea de imaginarlo contigo me revuelve el estómago. Me amas. Me amas a mí —repitió implacable inclinándose hacia ella y depositó un beso de mariposa en la base de su cuello—. Ella era mi primera opción —agregó cruelmente y el escalofrío de placer en la piel de Sofía se extinguió y fue remplazado por dolor ante sus palabras—. Ella hacía lo que yo le pedía y cómo lo quería, pero contigo, Sofía, no sé a qué atenerme. —Con las manos ceñidas en su cintura no tenía forma de escapar de sus

caricias, aunque era lo que quería. Su contacto quemaba donde tocaba—. Si me casaba contigo tú me serías fiel, pero yo no te lo sería a ti..., creo, no lo sé, solo sé que yo nunca te haría feliz, pero estaría feliz de tenerte, ¿ves a lo que me refiero? Eres una adicción. Yo te haría daño porque no sé vivir de otro modo y tú te marchitarías en mis manos como una flor que yo contemplaría con orgullo por haber arrancado del jardín. No quería hacerlo y aposté a lo seguro, pero este mes ha sido un verdadero infierno.

—No te comprendo.

—No lo hagas, ni lo intentes. Ni yo lo he intentado.

—No puedes dejar a mi hermana por mí —retrucó la chica con voz rota y el rostro ceniciento. Su aspecto frágil estuvo a punto de provocar arrepentimiento en el hombre, pero finalmente él solo dio un suspiro.

—Tengo que casarme con una Valencia —confesó fríamente.

—Pero Berenice...

—Está descartada, le pedí discreción, pero no sabe lo que es eso. Ahora tendrás que casarte conmigo y no era lo que quería para ti.

—No juegues con eso. —Sofía dejó de mirarlo para no ceder ante lo que más deseaba y a lo que su corazón quería. «No así», se repetía. ¿Por qué no podía amarla por sí misma como ella lo hacía con él? ¿Por qué nadie era capaz de ver más allá de su nombre?—. Tú ya sabes que te amo —dijo confirmándole su secreto y desnudando su corazón, sin embargo, reunió valor para rechazar su propuesta—, pero no accederé a casarme contigo después de esto. —Alejandro no daba crédito inmediato a lo que oía y se puso a la defensiva.

—No te lo estoy pidiendo —zanjó, componiendo su semblante duro, por un minuto su disfraz había caído, pero él volvió a la máscara bajo la cual ocultaba sus emociones—, cástate conmigo y ambos tendremos lo que queremos.

Sofía negó lentamente antes de desasirse con el corazón destrozado. Su Alejandro, el hombre que amaba más que a nadie en el mundo, no era el caballero romántico que ella había imaginado, aquel que sonreía a su prometida y hablaba con soltura ante los demás, un hombre con una fachada encantadora que cubría su verdadero yo más oscuro y manipulador.

—¿Quién eres, Alejandro? —preguntó Sofía inconscientemente.

—Un bastardo que te desea más de lo humanamente posible.

Algo cruzó por su rostro ¿amargura, tal vez? Se preguntó ella, pero solo

fue un segundo antes de que se borrara completamente.

—¿Y necesitas casarte con una Valencia para heredar? ¿Es eso?

—No necesitas saber tanto, pero sí. Es algo netamente comercial. Una alianza.

—Pero mis sentimientos...

—Tú ganas de todos modos. Me tendrás a mí —ofreció acercándose hasta que estuvieron separados por unos centímetros, tomando aliento de golpe ante la invasión a su espacio personal Sofia lo vio inclinarse—. Tus sentimientos los puedes guardar para ti, yo no los necesito ni los quiero. No pido tu amor, solo los hijos que puedas darme y una imagen de familia feliz que todos vean y envidien.

—¡No! —gritó con decisión. ¿Familia? ¿Hijos? ¿Cómo podía hablar de niños? ¿Cómo podía pretender involucrar a criaturas inocentes en su juego? Ni siquiera ella era capaz de comprender lo que le proponía Alejandro. ¿Cómo podría explicárselo a un niño cuando este preguntara por qué sus padres no eran como otros padres?—. Jamás, ¿me has oído?

—Y por las noches tu cuerpo bajo el mío, dispuesto y anhelante. Tu rostro sofocado por el placer que pueda darte —continuó sin oír la vehemente negativa, ignorándola—. No te pido nada más, Sofia.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar sin ocultar el desgarrado tono de dolor—. ¿A quién amo en realidad?

—No lo sé, Sofia —le dijo sincero, él no tenía una explicación tampoco—. No sé cómo lo hice para ganarme tu amor.

—Ahora yo tampoco lo sé. —Ella apretó los puños y perdió el carácter que rara vez mostraba y que por primera vez él veía. Volvía a ser esa niña triste, pero ya no había en sus ojos el amor que le profesaba.

Era la única persona sincera y pura que había conocido y lo había amado con la inocencia del primer amor, pero esa llama se había apagado. Él la había apagado.

—No te casarás con Marco, Sofia, yo no lo permitiré. Puede que no me aceptes ahora mismo, pero serás mía, de lo contrario acabaré con él y todo el mundo sabrá lo que te hizo.

—¡No! —gritó con la garganta rota—. No, por favor, no.

—No tienes más opción. Tú serás mía, Sofia Valencia. Te lo juro. Cuando te cases conmigo yo podré cuidar de ti y de los hijos que tengamos. No tendrás que depender de tu padre nunca más.

—¿Por qué me haces esto? —increpó llorando amargamente.

—No tengo idea. —No le diría que lo había pensado mucho durante el pasado mes y que sabía que esa noche era su oportunidad. Que Berenice se hubiese reunido con un ex amante a recordar viejos tiempos había sido solo una agradable coincidencia, pero no había influido en su decisión—. Solo sé que ahora no te dejaré marchar. —Sin tocarla se inclinó hacia ella para recibir su maravilloso aroma—. Dejemos este juego, Sofía, y bajemos la guardia de una vez.

Ella no dijo nada, solo se dio media vuelta y se fue dejándolo solo y confundido. No podría precisar si fueron horas o solo minutos el tiempo que pasó mirando al vacío. Culpándose por su poco tacto.

Entendía que ella se sintiera desconcertada, pero no podía permitir que se casara con un maltratador que nunca podría hacerla feliz.

Por Dios, la sola idea de que se pudiera repetir lo ocurrido lo ponía enfermo.

Las manos le ardieron por las ganas que tenía de golpear a Marco hasta arrancarle todo hálito de vida, de pronto vio salir a Berenice de su refugio, sola y despeinada.

—Alejandro, cariño —saludó turbada. No esperaba que él estuviera esperándola. Alejandro tampoco esperaba toparse con ella, pero ya estaban ahí mirándose como si fueran dos desconocidos y no como dos personas que supuestamente se amaban.

—Deja la representación, Berenice. No hace falta, solo te pedí una cosa y no has sido capaz de cumplirla. Lo nuestro ha terminado. —No esperó réplica, ni quiso escuchar sus súplicas y su angustia antes de marcharse.

Simplemente no quería pensar en nada más que no fuese en cómo convencer a Sofía.

# CAPÍTULO 3

Los gritos histéricos de su hermana, unidos a un llanto desgarrador, sacudieron la casa. Berenice estaba sentada en el sofá del recibidor en brazos de su padre. Sofía y su madre estaban también ahí, pero ambas de pie a prudente distancia.

—¡Me ha dejado! —chillaba abrazada al hombre que la adoraba—. Alejandro me ha dejado definitivamente, papá.

—Debe haber algún error, chiquita —intentaba consolarla en vano—. Un berrinche de última hora, nervios de novio ¡qué sé yo! Entrará en razón en unos días y te llamará para decirte que está arrepentido.

—¡No, papá! Me ha dejado a semanas de casarnos. No puedes permitirlo ¡tienes que hacer algo!

Habían pasado tres días desde la celebración del compromiso y a Sofía las revelaciones de esa noche la tenían alterada.

No había sabido nada de Alejandro en ese tiempo, él no había intentado comunicarse con ella por lo que aceptó que la reacción y posterior propuesta había sido consecuencia del *shock*, sin embargo, enterarse de que él había dejado a su hermana no fue una sorpresa.

Berenice llevaba todo ese tiempo llorando e intentando comunicarse con él sin éxito hasta esa tarde y, por lo visto, no había solución al problema.

Pero no es que ella pensara que pudiese haberlo cuando había sido testigo de cómo su hermana retozaba con otro hombre que no era Alejandro.

Sin embargo, él tampoco era del todo inocente.

Desde esa noche la imagen del hombre afable e inteligente había cambiado por la de un hombre cínico y turbio con el que ella no se atrevía a tratar, sentía ira y desazón.

Estaba molesta y llevaba mucho tiempo reprimiéndose para que su familia no supiera lo que le había pasado y de lo que la había salvado, su entonces, futuro cuñado como para ser capaz de empatizar con Berenice.

—¿Segura que no has hecho nada para provocarlo? —le preguntó con tono neutro. «¿Algún desliz en el invernadero después de que todos celebraran tu compromiso quizás?».

—¡¿Cómo te atreves a decir una barbaridad semejante, mocosa ingrata?! —bramó su padre y Sofía se encogió de hombros indiferente. Ese hombre solo

tenía ojos para Berenice y hacía tiempo que ella había dejado de intentar ganarse su afecto, en lo único que había decidido darle el gusto era en su relación con Marco y había pagado un alto costo por hacerlo.

—Solo sabemos una versión. Él la ha dejado, entonces decimos que él ha sido cruel, pero todas las reacciones están provocadas por una acción. Es lo básico de la física.

Su madre lanzó una exclamación ahogada cuando su padre se puso de pie con clara intención, Sofía lo vio moverse ágilmente, pero no evitó la bofetada que recibió por lo que el hombre consideraba una insolencia.

—¿Cómo te atreves? —escupió—. Mi hija no podría provocar tal deshonra. Ella es perfecta. Jamás habría dado motivos para que Alejandro la dejara.

—No. —Sofía no tocó la parte de su rostro que ardía con el golpe recibido ni se acobardó, sino que irónicamente le dio la razón—: ¿Cómo podría esto tener relación con Berenice? No hay mácula en su cuerpo, ni secretos, ni tratos de ningún tipo.

Berenice la miró incrédula, lo sabía, entendió. Sofía sabía el porqué de su ruptura con Alejandro y no se callaría la verdad.

—Tanta falsedad —siguió Sofía para sí—. Tantas mentiras. No soporto estar en esta casa, no soporto verles la cara. El padre perfecto que tiene un hijo de veinticinco años con la que fue su secretaria al que le pagó los estudios solo para evitar el escándalo —increpó—. La hija perfecta que en su fiesta de compromiso se va con su amante al invernadero.

La mano del hombre mayor volvió a alzarse, pero esta vez ella fue más rápida y se apartó. Esperó la furia de su padre y aceptó con resignación los gritos que le profirió:

—¡Vete de mi casa, zorra malagradecida! ¡Y no te atrevas a volver!

Sofía rio sin ganas. No pensaba quedarse, ya no quería volver a ese ambiente viciado y tóxico que tanto dolor le había causado de niña.

Era un paso importante y lo daría con una sonrisa. No giró ni los miró por segunda vez y cuando hizo la maleta cogió un taxi hacia el centro de Santiago, tenía un departamento que ocupaba su hermanastro, Ricardo Castillo, el hijo no reconocido de su padre. Ambos tenían una relación muy cercana, compartían el hecho de ser los hijos no deseados del mismo hombre.

El edificio era de lujo y estaba ubicado en una de las zonas con mayor plusvalía de la capital, era muy caro por lo demás. Le había costado una

fortuna cuando Sofía lo compró dos años antes, pero con ayuda de su abuelo lo había conseguido, no era un secreto para nadie que en su casa no la apreciaban, a sus veintidós años necesitaba un lugar propio y Horacio Valencia adoraba a su nieta y, aunque su hijo no lo sabía, mantenía una relación estrecha con Ricardo.

Abrió con su propia llave y frunció las cejas cuando escuchó el ruido de la ducha. ¿Ricardo estaba en casa a esas horas?

—¡Hermano! —gritó acercándose—. ¿Estás solo?

El sonido de la ducha se detuvo al instante y al cabo de un par de minutos la puerta se abrió para dar paso a un hombre moreno, alto y guapo que la miraba con una media sonrisa cubierto solo por una toalla anudada a la cintura. Era un descarado, pensó su hermana y sonrió, pero al instante la piel magullada por la bofetada protestó.

—¡Sofía, nena! —exclamó antes de abrazarla exageradamente. Las gotas que aún perlaban su cuerpo mojaron a la chica que rezongó, pero no fue escuchada—. Qué honor me haces, pequeña.

—De honor nada —negó ella riendo—, tendrás que hacerte cargo de mí ahora. —Su hermano se apartó frunciendo sus cejas oscuras.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me he ido de casa. No te imaginas lo que ha pasado.

Hubo un cambio en el ambiente antes que él diera un paso hacia atrás y la observara sin entender.

—Espera un minuto, iré a cambiarme de ropa.

—O más bien a ponerte ropa, sinvergüenza —lo amonestó ella con una falsa sonrisa, el gesto solo sirvió para preocuparlo más, pero ella, al advertirlo, le restó importancia—. Ve a vestirte y yo prepararé algo de comer, te contaré todo después, ¿vale?

Ricardo asintió confundido, pero, preocupado, siguió cavilando lo que había sucedido para que su hermanita dejara la casa.

Pensó en lo obvio, una discusión con Marco, ese patán medía unos diez centímetros menos que él, pero se comportaba como el gallo alfa del gallinero. No era guapo y su hermana era mucho para él, claro que en su opinión no había hombre en el mundo que la mereciera .

También cabía la posibilidad de que se hubiese enfadado con su padre, eso era más probable, pero de ser así, debía haber sido algo grave, Sofía no había pensado nunca en dejar a su familia, sobre todo por María, la pobre mujer no



tenía ni un gramo de autoestima en el cuerpo y Ricardo sabía que gran parte de la culpa de que así fuera recaía en él.

María y Óscar llevaban un par de años casados cuando nació Berenice, pero al mismo tiempo su marido se acostaba con su secretaria, la madre de Ricardo. Cuando Berenice tenía tres meses, había nacido el hijo bastardo de Óscar Valencia.

A Ricardo no le importaba que su padre no lo hubiese reconocido nunca, no era que se hubiese perdido mucho, su madre lo quiso y su abuelo se encargó de que nunca le faltara nada, y por otro lado estaba Sofía.

Tenía solo tres años menos que él, pero se habían conocido cuando él ya contaba con doce años, en principio le costó verla como su hermana. Ella era muy diferente a Berenice y a él. Era rubia y tenía los ojos verdes de su madre. No había malicia en su ser, en un principio Ricardo se quedó desconcertado con ella por cómo le sonreía y lo miraba con adoración, sin reproches.

Temió tener algún enamoramiento con ella en aquel entonces, se carcajeó ante el recuerdo. Eran cosas de niños, sin embargo, para él su hermana había sido todo su mundo... hasta que otra chica llegó a su vida y le confesó que lo amaba para luego irse sabía Dios dónde. Sacudió la cabeza, hacía tiempo que no pensaba en Julieta.

Julieta, ojalá fuera feliz donde estuviera, pero no lamentaba si en ese lugar había tanto queso del que ella era alérgica como para que su linda carita terminara roja como un tomate maduro.

Desvió sus pensamientos hacia su hermana, ella era lo importante y no su amor frustrado por una chica que había decidido que el amor estaba sobrevalorado.

Nunca le había gustado la forma en que la humillaban en su casa y cuando se dio la oportunidad de adquirir un departamento para los dos les pareció que era perfecto. Juntos serían libres para hacer lo que quisieran.

Se vistió con un chándal marrón y una camiseta oscura, al salir de su dormitorio la vio en la cocina revisando la despensa.

—No encontrarás gran cosa —le advirtió sentándose en el taburete—. No es que sea un fanático de las compras precisamente y mi presupuesto está escaso.

—Ya lo he notado.

—Me faltabas tú, pequeñaja, con ese talento tan tuyo para que rinda el presupuesto del hogar.

—Y a mí me faltabas tú —dijo ella sonriendo con timidez, él endureció el rictus por la pena que no dejaba de brotar de sus ojos.

—¿Tan mal ha estado? —preguntó cauto. Ella se encogió de hombros.

—Depende cómo lo mires.

—¿Quién fue? —Ella le dedicó una sonrisa triste.

—He sido yo. Me he enamorado de Alejandro. —Ricardo abrió los ojos como platos y parpadeó luego tres veces sin saber qué decir, ¿qué podría decir en realidad? Si era quien él creía el amor de su hermanita no había nada que pudiera aliviar su pena.

—¿De Alejandro Forrester?

—El mismo.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Qué sacaba con hacerlo? —Ricardo bufó, odiaba cuando su hermana le respondía con otra pregunta—. No es algo que se diga así como así. ¿Cómo iba a decirlo?

—Así como me lo estás diciendo ahora —objetó—. ¿Él lo sabe? —Acertó en sus conjeturas, notó con un vistazo. Conque ese era el drama.

—Sí.

—¿Y Berenice?

—No que yo sepa.

—Imagino que verlos juntos ha acabado con tu resistencia. —Simpatizó con ella, debía ser terrible estar en su piel, amar a un hombre que se casaría con su hermana. No, no quería ni imaginarlo. Para él ya era bastante terrible que una mujer lo dejara para privilegiar sus estudios, la sola idea de pensar que hubiese un tercero involucrado le revolvía el estómago.

—Han terminado —informó—. Ella le ha sido infiel, lo vimos los dos en la fiesta de compromiso, estaba con su amante y la ha dejado definitivamente esta mañana. Han hablado y Alejandro no la ha perdonado.

—¡Cielos! El viejo debe estar echando chispas. —Se admiró, pero secretamente se regocijaba. Hasta ahí había llegado la boda del año. Los tres hermanos infelices, vaya de la cepa que estaban hechos.

—Sí, justamente. El asunto es que no habrá boda.

—Podrías entrar tú. —Él esperaba alguna réplica sobre lo imposible que era, pero para su desconcierto ella asintió.

—Alejandro me propuso matrimonio en el mismo momento.

—¡Oh, vamos, pequeña, no me digas que lo has aceptado y por eso has

venido! —Iba a comenzar a reprenderla por no valorarse lo suficiente, sin embargo, ella se adelantó:

—No, lo rechacé, pero estoy confundida. Lo amo, pero él... —¿Cómo podía decirlo sin sonar resentida? ¿Cómo podía decir que Alejandro no era como ella lo había imaginado?—. Él no me ama.

—Entonces has hecho bien en venir. Amor por amor, nunca menos —la animó con su sonrisa. Eran tan diferentes y la vez tan iguales. Los rechazados.

Dejaron el tema por el momento, ya no querían seguir hablando de lo ocurrido, más aún porque Ricardo estaba echando chispas por los ojos.

Su hermana no era consuelo para ese imbécil y menos un reemplazo de la mimada de Berenice.

Tendría que llamar a su abuelo y contarle lo que estaba pasando, él siempre tenía la respuesta a todas las preguntas. Era un viejo zorro.

Considerando además que no conocía a Alejandro, su abuelo le podría orientar más o menos a lo que se enfrentaba, no era bueno juzgar sin conocer. Existía la posibilidad de que Alejandro estuviese confundido y despechado.

Y el despecho era bastante malo por sí solo. Ya lo sabía bien él que había quemado todos los recuerdos de Julieta en un acto de ira y ella solo se había ido de su lado, no le había puesto los cuernos.

# CAPÍTULO 4

Terminar su relación con Berenice había sido bastante más difícil de lo que Alejandro había esperado y en ese momento, mirando hacia la calle desde su oficina, no podía quitarse de la cabeza la reacción histérica de la mujer.

¡Como si él le hubiese hecho promesas de amor eterno!

Tendría que soportar los comentarios de la prensa, el acoso periodístico era muy ingrato y solo podía ir a peor si conseguía que Sofía accediera a casarse con él.

Corrección, cuando accediera a casarse con él, sabía que terminaría cediendo.

La sola idea de que Sofía aceptara ser su esposa le provocaba una ansiedad a la que prefería no darle importancia, pero que no podía negar.

Durante días se había reprimido y no la había llamado. Era el momento de hacerlo, por fortuna tenía su número privado, dudaba que en casa de los Valencia quisieran oír de él. Sacarían sus propias conclusiones cuando él se comprometiera con Sofía.

Un bramido furioso lo hizo salir de sus ensoñaciones y cerró los ojos agotado, no quería recibir a su padre en ese momento.

—¡Alejandro! —llamó como si tuviera algún poder sobre él mientras entraba a la oficina—. ¿Se puede saber por qué tu suegro me ha llamado para reprocharme que has plantado a su hija? —Dane Forrester se veía enfurecido y totalmente fuera de sí, vaya cosa, años atrás, intentó hacerle perder la paciencia y en ese momento por fin lo lograba, si hubiese sabido que con tan poco su padre perdía los estribos, lo hubiese hecho antes.

—Se puede, en efecto —Alejandro tomó asiento en su sillón de cuero con toda la calma de la que fue capaz—, me he dado cuenta de que Berenice no era para mí y mi intención se ha desviado a su hermana.

—¡Qué demonios! ¿Has perdido la razón? ¿Te estás viendo con esa otra chica?

—Digamos que sí —no pensaba confesar la verdad. No ganaba nada diciéndolo, además, sería muy humillante aclarar cómo había llegado él a esa situación—, pero alégrate, de cualquier modo estarás vinculado con los Valencia y yo estaré con la mujer a la que deseo.

—No entiendo cómo puedes ser tan despiadado, hijo —se lamentó el

hombre—. Has destrozado a esa familia.

—Oh, vamos, padre. ¿Desde cuándo te importa separar familias? No eres un dechado de virtudes en ese campo precisamente —atacó implacable y se regocijó por la vergüenza que vio en los ojos del hombre mayor—. Si seré yo quien deba irse a la cama con la misma mujer cada noche lo mínimo es que sea quien la escoja y por mucho que se esforzaba Berenice para mantener mi atención, me aburría horrores con ella, escuchando de su ropa de diseño o sobre qué chica pescó a tal empresario..., soporífero, la verdad. ¿Imaginas hacer el amor con alguien a quien le importa más no despeinarse que llegar al orgasmo? —Al exteriorizar esa realidad se rio entre dientes. Era un desgraciado y no se avergonzaba de serlo.

—¡No todo puede resumirse en sexo! —bramó el mayor, colérico—. Su padre está indignado con lo que has hecho.

—Me importa muy poco, siendo honesto. Tú quieres nietos y yo quiero una mujer que me guste en la cama. No veo el problema.

—Eres un canalla.

—Así es y más vale que lo recuerdes. —Se midieron como contendores durante más tiempo del que ninguno quisiera contar, pero fue el padre quien apartó la vista primero—. No es mi intención cambiar de opinión. ¿Solo has venido por eso? ¿Intentas convencerme de que he cometido un error y que debo postrarme a los pies de Berenice para que acepte, una vez más, ser mi esposa? Pierdes tu tiempo entonces.

—Soluciona ese asunto, Alejandro. De lo contrario estarás en la ruina. — Con amenazas, Alejandro, no funcionaba, no le gustaba sentirse entre la espada y la pared, además era una amenaza vana, él no quedaría en la ruina por cancelar su compromiso, tenía dinero suficiente como para fundar su propia empresa. Era un hombre pragmático y antes de que se presentara el problema, él ya tenía la solución.

En cuanto su padre se fue, Alejandro marcó el número de Sofía, sabía que era arrogante creer que ella caería en sus brazos tan rápidamente después de lo ocurrido, pero eso lejos de desalentarlo, lo excitaba mucho más.

Al tercer timbrazo escuchó una respiración al otro lado.

—Diga. —Extrañado, procesó que no era la voz tímida la que se filtraba por el auricular, sino la de un hombre.

—Supongo que me he equivocado —aventuró, pero hubo algo que lo hizo insistir—, estaba intentando comunicarme con la señorita Sofía Valencia.

—¡Oh! Entonces, como sospechaba ya, no se ha equivocado, Sofía está en la ducha ahora, ¿quiere dejarle algún recado? O si gusta le diré que ha llamado. —Una furia ciega cegó a Alejandro. Ella estaba en la ducha y su teléfono lo había contestado un hombre que no era Marco. ¡Y se espantaba por ver a su hermana haciendo el amor con otro! Se sintió decepcionado y engañado.

—Lo segundo.

—Le digo que la ha llamado...

—Alejandro —le dijo cargando de doble intención su nombre para que el hombre al otro lado entendiera que él era un rival de cuidado—. Alejandro Forrester.

—Maldita sea, ¿cómo que no cambiará de opinión?

Estar frente a su exfuturo consuegro y dar la cara por las acciones de su hijo no era en absoluto agradable para Dane, pero tenía que hacerlo, ya que Alejandro no mostraba signos de querer ir a hablar con Óscar Valencia.

—Está empeñado en no ceder y, sinceramente, no estoy por la labor de obligarlo. Alejandro no es de actuar impulsivamente y si tomó una decisión nada lo hará cambiar de opinión.

—¡Solo faltan unas cuantas semanas para la boda! —Óscar gritó colérico meciéndose el cabello con frustración—. Mi hija está desecha. Tu hijo le debe una compensación.

—Lo imagino y lo lamento. Nunca pensé que llegáramos a esto, pero tendremos que anular el traspaso de acciones. —Era la ruina para los Valencia y una pérdida importante para los Forrester, la unificación de sus viñedos era algo que ambos ambicionaban para entrar a competir en el extranjero, sin embargo, las circunstancias actuales impedían que dicha transacción pudiera llevarse a cabo.

—¡No! Eso está fuera de discusión, Alejandro tiene que entrar en razón. — Aunque Dane temía formular la pregunta que estaba en la punta de su lengua, no pudo reprimirla, sabía que se arriesgaba a que Óscar estallara, pero no había otra opción:

—¿Y qué hay de tu otra hija? Alejandro podría casarse con ella, tengo entendido que a mi hijo no le desagrada la idea, por lo visto, le parece una muchacha aceptable.

—¿Insinúas que Sofía es mejor que Berenice? —escupió como su fuera un insulto siquiera pensarlo—. No te atrevas a sugerir una tontería semejante.

Jamás las compares.

—Tus sensibilidades —ignoró Forrester—, no tienen relevancia en este asunto. Además, la decisión es de ellos, si se gustan y están decididos a hacerlo, ¿cómo impedirlo? Lo poco que he tratado con Sofía me ha causado una buena impresión. Es una chica muy dulce y guapa, sería una buena madre para nuestros nietos.

—¡Ella se casará con Marco! ¡Debes evitar que tu hijo la convenza de cometer una locura!

—He intentado durante años que mi hijo me vea como una figura de autoridad y no lo he logrado. ¿Cómo quieres que ahora, que ya es un hombre, me escuche en una decisión que lo atañe directamente? —le preguntó sabiendo que no obtendría respuesta. Alejandro nunca lo había perdonado por haberlo apartado de su madre—. Por mi parte lo he dado todo para cerrar la brecha y no lo he logrado, pensé que había conseguido un acuerdo cuando accedió a casarse con tu hija mayor, pero, por lo visto, esta vez no ha querido molestarme a propósito. Si quiere casarse con Sofía porque tiene sentimientos por ella, yo no me opondré.

Incluso Óscar sabía cuándo era mejor callarse, no seguir molestando al estadounidense, sin embargo, tenía claro lo que no ocurriría jamás.

Sofía no se casaría con Alejandro, tal deshonra estaba fuera de cuestionamiento.

Cuando Sofía terminó de prepararse salió en busca de Ricardo, quien se encontraba frente al televisor viendo un partido de fútbol sin pestañar.

—Cuarenta minutos, pequeñaja —le dijo nada más sentirla sin voltearse a mirarla.

—Necesitaba esa ducha —le retrucó sentándose en el sofá de cuero rojo a su lado—. Detesto estos partidos —comentó aburrida.

—Es la Premier League.

—Sí, lo sé, pero ¿qué gracia tiene? No son tus ciudades las que defienden, dudo incluso que las reconozcas en un mapa. ¿A dónde fuiste de intercambio estudiantil? ¿Ámsterdam, no? —Él asintió distraído. Un gran viaje, recordó—. Y que yo sepa no has viajado más.

—Serás ilusa, mocosa, muchos de estos jugadores no son ni siquiera ingleses. ¡Más quisieran ellos! —Riendo, la miró—. Ellos juegan por dinero, son mercenarios y yo lo veo por... verlo.

—Si antes no tenía sentido, ahora menos.

—Los hombres somos simples.

—Basta de tópicos, guapo —le pidió riendo—. Es la excusa para todo.

—¡Es que es verdad! Mira, te comes el cerebro intentado entender por qué veo fútbol, ¿no? —Ella alzó la ceja intentando concebir su punto sin lograrlo—. Luego por qué veo fútbol internacional y finalmente por qué los jugadores no defienden sus ciudades, pero yo ni lo había pensado, son noventa minutos en que solo miro a veinte hombres correr tras el balón y dos que defienden la portería. ¡Es simple! No necesita análisis.

—Me das miedo a veces, hermano.

—Te daré un consejo.

—¿Por cuánto? —le preguntó con sorna, con su hermano nada era a cambio de nada.

—Este corre por mi cuenta. —De pronto su semblante ya no era relajado—. Un hombre no necesita mucho para ser feliz y, por lo general, no queremos complicarnos, ni nos gustan los dramas. Si queremos algo o lo pedimos o vamos a por ello. Sin preguntas, sin remordimientos, pero eso implica que no tengamos conciencia, esa es otra parte y es común para hombres y mujeres. Solo te pido que no te detengas a analizar el porqué con un hombre.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque mientras estabas en la ducha, Alejandro llamó y no le hizo gracia que le contestara por ti, estoy agradecido de que fuera el teléfono y no el timbre porque estoy seguro de que ahora tendría la mandíbula desencajada.

La carita de ángel de su hermana era un poema, Ricardo sonrió y se encogió de hombros. El amor no era una tontería, pero volvía idiota a la gente. Él se había enamorado una vez tan profundamente que estuvo al borde de cometer una locura en nombre de ese amor, y se habría arrepentido, lo intuía.

—Yo en tu lugar lo llamaría ahora. Ese hombre ya escogió y no va a cambiar de opinión.

Sorprendida y con el corazón dando brincos, ella recibió su móvil de manos de su hermano. No sabía qué esperar, pero no podía evitar sentirse feliz ante la idea de que él la hubiese buscado.

—Voy a...

—Sí, sí, como digas. A tu habitación, pequeña.

Sofía no necesitó que se lo repitiera y corrió, se encerró en su dormitorio y marcó el número que la había llamado.

—¿Hola? —Alejandro contestaba con un «¿Hola?», jamás lo hubiese



pensado.

—Alejandro..., me has llamado antes —comenzó sin saber qué más decir.

—¿Sofía? —La furia que había sentido cuando le contestó ese hombre minutos antes se evaporó con solo escuchar la voz de la joven. Una reacción visceral lo sacudió con el poder de su voz, ¿qué le hacía esa mujer para lograr que la deseara tanto?

—Sí. —Un incómodo silencio se instaló entre los dos. ¿Qué podían decir?

—He sabido que terminaste con Berenice.

—Lo hice.

—¿Por qué?

—Porque era lo que tú esperabas. —Una respuesta muy mal escogida, la verdad, pensó Sofía. La dejaba ver como la culpable de su ruptura.

—Supongo que tengo que sentirme bien por eso. —Le tembló la voz de lo nerviosa que estaba, sin lograr inyectar el sarcasmo que habría querido.

—No, yo creo que no. —Él hizo una pausa—. ¿Quién era...? —No pudo pronunciarlo y quiso abofetearse por ello, parecía un crío. No, no podía seguir por esa vía de inseguridad. Se dijo que tendría que aplicar lo aprendido durante tantos años—. ¿Es tu amante? ¿Engañas a Marco y te espantas cuando ves a tu hermana teniendo sexo con el suyo? —La exclamación ahogada fue una respuesta más que suficiente, pero Sofía no se contuvo:

—¿Qué insinúas...? ¿Cómo puedes? —Ofendida y con justa razón, Sofía estuvo por cortar la comunicación. Lo podía esperar de cualquiera, pero no de él. No de él. Alejandro había visto su dolor cuando Marco intentó forzarla y, aun así, se atrevía a insinuar una barbaridad semejante.

—Debes dejarlo —zanjó él, inmisericorde—. Cuando nos casemos...

—¿Quién dice que me casaré contigo? —retrucó ofendida, ¿qué le pasaba a ese arrogante? Primero insinuaba que Ricardo era su amante y, por tanto, ella no tenía la altura moral de molestarse por la aventura de su hermana y luego daba por hecho que se casarían.

—No hay discusión al respecto, Sofía.

—Dame un motivo. —«Dime que sientes algo por mí», y ella sabía que toda su convicción desaparecería si él lo hacía.

—Te daré uno. —El corazón de Sofía latió con fuerza, ¿sería posible que él la amara?—. Mañana, reúnete conmigo.

—Está bien.

—¿Te parece si almorzamos juntos?

—Me parece bien. —Era un riesgo que no debería correr, pero era imposible decirle que no. Él le prometía un motivo y se aferraría a eso.

—Perfecto. —Más animada, Sofía se despidió con el corazón henchido, tal vez Alejandro el día del compromiso estaba alterado y por ello había dicho todo eso.

Ella no podía haberse equivocado tanto sobre él.

Con esa pequeña esperanza se dio valor para enfrentarlo.

# CAPÍTULO 5

Era el momento, se dijo Sofía, por última vez se miró el vestido grueso que llevaba analizando su apariencia, le pareció que se veía elegante y sobria.

Era abril y el otoño hacía acto de presencia.

Cuando entró no pudo evitar sonreír por el ambiente rústico del restaurante. Un *maître* la guio a su mesa donde ya estaba Alejandro tan distinguido como siempre.

Él se puso de pie en cuanto la vio para saludarla con un beso en la frente que la puso nerviosa. La sonrisa orgullosa que él le dirigió le dijo que lo había advertido.

—¿Qué quieres comer? —le preguntó una vez sentados frente a frente y con el *maître* esperando.

—Pastel de choclo —dijo ella y él ordenó lo mismo con un bueno vino blanco.

—No esperaba esa elección —reconoció Alejandro con una media sonrisa. Ella negó rápidamente para que no viera el color que habían adquirido sus mejillas. Un silencio pesado cayó sobre los dos.

Sin saber qué decir Sofía retorció sus manos sin mirarlo.

—¿Te ha costado salir? Por la prensa, quiero decir —dijo finalmente ella.

—Me han estado molestando un poco desde que dimos el comunicado oficial, pero nada que no pueda controlar.

—Han querido entrevistarme —declaró la joven esquivando su mirada.

—Cuando sepan que nos casaremos no te dejarán en paz, lo mejor es que nos vayamos a Chicureo. Tengo una parcela ahí. —Era millonario, no debería sorprenderle. Sofía rodó los ojos ante su seguridad con respecto al matrimonio, cansada de discutir, decidió dejarlo pasar, pero ya se las arreglaría para bajarle los humos.

—Tienes una parcela, no lo sabía.

—Es un refugio, nada muy ostentoso.

—Imagino —aceptó con ironía—, bueno, tú dirás por qué me has citado. —«Di lo que quiero oír».

—Seré directo, Sofía, tu padre está en la ruina. —Sofía quedó lívida. No podía ser. El estilo de vida de su familia no era mesurado si estuvieran con problemas disminuirían los gastos, ni siquiera su padre era tan inconsciente.

—¿Cómo dices? Eso no es posible.

—Está a punto de declararse en banca rota. No tiene nada más que los viñedos y las máquinas. Los trabajadores están presionando para que les pague lo que les debe en remuneraciones atrasadas, y no es poco.

—¡Eso es imposible! Una partida de vinos salió hace un mes.

—No vendió nada, fueron rechazados —le informó sin emoción en la voz—. Está por perderlo todo: tiene la casa hipotecada porque pidió un préstamo para los gastos de esa partida. —Sofía comenzó a temblar, si bien no se llevaban de lo mejor, no le deseaba a su padre tal desgracia. Más aún porque su madre también sufriría las consecuencias.

—¿Tú y Berenice lo sabíais? ¿Por eso os ibais a casar? ¿Por dinero? —Alejandro respiró profundamente, esa niña era una fierecilla cuando quería serlo, no deseaba decepcionarla cuando le dijera que su hermana no sabía de la situación de su padre y desbaratará su idea de que el compromiso había sido falso. En sus ojos brillaba esa esperanza de que le confirmara su hipótesis—. ¡Explícamelo! —exigió temblando de emoción.

—Tú hermana no sabe nada —confesó sabiendo que le rompería su ilusión—, cree que es una forma de unir nuestras familias o alguna tontería semejante.

—Meses mintiéndole y mintiéndonos a todos —susurró en medio de su conmoción—. ¡Meses, Alejandro!

—Mi padre quiere las tierras que tu familia tiene en la quinta región y tu padre me las ofreció como regalo de bodas, ni siquiera se las pedí, pero es que tampoco puede mantenerlas. Es más, el estado de esos viñedos es lamentable a estas alturas.

—¿Entonces somos intercambiables? ¿Es eso?

—No lo veas así, Sofía, tú me amas, me llevas amando desde hace tiempo. No sería un gran sacrificio casarte conmigo, piénsalo bien.

—¿Pero y tú?

—No. —Los sueños de Sofía se derrumbaron como un castillo de naipes. Él no la amaba. Él la veía como un medio para conseguir un fin.

—Por dinero. —Se mordió el labio inferior, lo que atrajo la mirada azul del hombre.

—No solo por dinero, Sofía. Te deseo, para ti puede no ser suficiente, pero para mí lo es.

—No creo que entiendas lo que implica tu propuesta.

—Tengo muy claro lo que significa esta alianza —enfaticó para restarle

importancia al vínculo emocional que ella sugería—, es una asociación muy ventajosa, fusionaremos dos ilustres familias —el tono cínico con el que lo dijo desmentía la intención de sus palabras—, y en cuanto a nosotros —bajando el volumen una octava le dio un cariz íntimo a la conversación—, no tiene por qué ser desagradable, es más, podría llegar a ser muy agradable. Yo no sería como Marco —se apresuró a afirmar cuando el rostro de Sofía se tiñó de miedo.

—Sé que no lo serías. —La joven escondió las lágrimas que luchaban por salir tras su flequillo, se frotó los ojos rápidamente para que no la viera—. Pero no quiero hablar de eso.

—Tenemos que hablarlo, Sofía. —Lentamente las manos de Alejandro tomaron las de la chica por encima de la mesa—. Sé que me dijiste que había llegado a tiempo, pero... si no es así... —Sofía sollozó y Alejandro se maldijo a sí mismo—. Por favor, Sofía, no llores.

—No quiero hablar de esto, Alejandro, por favor.

—¡Entonces dime por qué no puedes casarte conmigo! —exigió—. Si ese miserable llegó más allá..., te juro que no me importa.

—No lo entiendes. —Si Sofía no se había dado cuenta de que sus ojos se habían empañado nuevamente, él sí lo hizo y temió que se quebrara frente a él. Le desagradaban las lágrimas, algunas mujeres las habían usado para intentar manipularlo, sin embargo, lo de Sofía no era teatro. Ella había vivido un hecho muy traumático y nadie salvo él lo sabía. Era normal y entendible su reacción.

—Lo entiendo.

—Pero no me amas, ¿cómo podría casarme contigo?

—Tus obligaciones acabarán cuando me des un hijo. —Se dio cuenta de que se había equivocado al decirlo cuando ella lo fulminó con la mirada.

—¿Me dirás que quieres un varón también? Un pensamiento muy retrógrado.

—En absoluto. —Sintió que era necesario aclararlo—: Eso es lo que menos importa. La ley hace iguales a todos los hijos sean legítimos o no, sean niños o niñas. Lo único que me importa, y que nuestros padres anhelan, es que nazca una criatura que comparta nuestro ADN en partes iguales.

—Quieres tener un hijo conmigo —repitió asombrada. Un bebé. Le parecía imposible y a la vez un sueño. Un bebé de los dos. Se habría sentido tan feliz si se lo hubiese pedido unos meses antes, pero así no podía tener un hijo que llevara la marca de ser una condición para que sus abuelos se asociaran.

—Una vez que tengamos un niño cada uno podrá continuar con su vida. Me encargaré de que puedas seguir con tu carrera de Arte, costearé los gastos y te daré una pensión vitalicia lo suficientemente holgada para que no tengas que pedirle dinero a tu padre nunca más.

—¿Qué pasará con el niño? —se atrevió a preguntar solo por curiosidad.

—Eso dependerá de ti. Si quieres quedarte con él, yo pagaré una pensión alimenticia más que generosa y me encargaré de su educación al completo, el mejor colegio, las relaciones más beneficiosas, tendremos un régimen de visitas para forjar un lazo entre los dos, no pretendo ser un padre ausente —pausó como si el discurso fuera algo ensayado y probablemente lo era—, pero si, por el contrario, no quieres quedarle con él, yo ejerceré mi deber de padre y vivirá conmigo, lo cual no me suscitaría ningún problema. Para mí mi hijo sería no solo mi heredero.

—Tu idea de la paternidad es muy básica. —¿Era decepción lo que destilaba su voz?

—Quizás, pero quiero ser padre, Sofía. Con tu hermana habíamos hablado ya de tener un hijo antes de cumplir los dos años de casados. —Mal jugado. Alejandro quiso morderse la lengua. Comparar a Sofía con Berenice era lo mismo que comparar una rosa con un clavel.

—¡Yo no soy mi hermana! —explotó ella—. Si piensas que yo sería capaz de abandonar a un niño con un ser sin escrúpulos como tú, más vale que pienses otra vez, porque jamás lo haría.

Ser sin escrúpulos. Alejandro se sintió excitado nada más oírla. Era una sensación familiar y en ese momento correcta. Ella ya no representaba lo prohibido ni tendría que reprimir el deseo enfermizo que lo consumía.

Había fuego y pasión ardiendo en ella como lava a punto de salir de un volcán. Era una criatura tan delicada y hechicera como un hada, no era despampanante, pero sí bella de la manera más pecaminosa posible.

Su figura había dejado apenas la adolescencia cuando la vio por primera vez y desde entonces había intentado verla como a una niña y no como la mujer en la que se estaba convirtiendo.

—Entiendo, entonces no querrás entregarme la custodia.

—Jamás.

—¿Aceptas entonces?

—Debo pensarlo —accedió, eso era mejor que nada. Por lo menos ya no estaba cerrada al asunto. Más emocionado de lo que estaba dispuesto a

reconocer Alejandro se puso de pie para acercarse a ella y levantarla de la silla. La joven entreabrió los labios a punto de soltar un grito cuando las manos del hombre se cerraron en torno a su cintura.

—Y yo te daré algo en qué pensar —murmuró antes de bajar la cabeza para besarla. El contacto fue al inicio solo un roce delicado, los labios carnosos de Sofía sabían a cerezas y, aunque no era su intención, Alejandro se sorprendió a sí mismo buscando abrirle la boca con su lengua para profundizarlo, una vez que lo consiguió perdió la noción del tiempo y el espacio, la apretó más fuerte contra él, obligando a que Sofía ladeara la cabeza para seguirle el ritmo.

Su deseo tan largamente reprimido se desbordó y la plenitud del acto lo cegó. Acarició con los labios los contrarios, con reverencia como si de un objeto sagrado se tratara. Era ridículo, pero sintió que si moría después de eso no le importaría.

Ella gimió con abandono cuando las manos de Alejandro fueron tanteando por su vientre liso y él cayó en la cuenta del lugar en el que estaban y que no se encontraban solos. La apartó con celeridad, tanto que ella estuvo a punto de perder el equilibrio y de no ser por sus reflejos habría terminado en el suelo.

—Piénsalo, pero no tardes demasiado, Sofía. —Simulando una calma que estaba muy lejos de sentir, él dejó dinero sobre la mesa, sin haber terminado de comer y salió sin volver la vista.

Cuando Sofía llegó a su departamento la esperaba su hermano que al parecer no tenía intención de salir a buscar trabajo.

—¿Estás otra vez viendo fútbol? —preguntó quitándose la bufanda que tenía puesta y dejándola en el perchero.

—No, es tenis esta vez, ¿cómo te ha ido?

—Supongo que no mejor que a ti.

—He dejado mi *curriculum vitae* en tres empresas y una de ellas se ha mostrado particularmente interesada por mí, el asunto es que están despidiendo personal y no contratándolo. Me imagino que has escuchado lo de la recesión, ¿no? Pues la cosa no está fácil allí afuera. —El joven suspiró desganado.

—Espero que encuentres trabajo pronto.

—No sabes cuánto lo deseo también, pero lamentablemente las cosas no andan tan bien, la subida de impuestos que se prevé para las grandes empresas desembocará en una baja considerable de personal, naturalmente no serán los

obreros los que lo paguen porque sin ellos no hay quien trabaje, sino los sueldos más altos, como el de los ingenieros en mi caso.

—¿No has pensado pedirle a nuestro padre que te dé un puesto o referencias en último caso? —La cabeza morena se agitó para negar rápidamente y Sofía recordó que la situación de su padre era delicada por lo que agradeció que su hermano negara. Un despiste por su parte.

—Lo he pensado, pero para él ya es mucho mantener a mi madre y haber pagado mi educación. En realidad no quiero deberle más.

Sofía pensó en que ella podía darle la solución al problema de su hermano por medio de Alejandro, pero significaba ceder. «¿Y no es eso lo que más deseo?», se preguntó.

—Pero así son las cosas, lastimosamente. —Ricardo cambió su expresión y le dirigió a su hermana una sonrisa pícar—. Ahora es cuando me hablas de ti y de tu cita con Alejandro.

—Ha estado bien. —No sabía cómo hablarle sobre las revelaciones del día, todas las cosas se arremolinaban en su cabeza y necesitaba digerir lo que había ocurrido y lo que haría.

—¿Pero...? —Maldito fuera, él la conocía demasiado bien para mentirle.

—Creo que me casaré con él finalmente... —No le diría nada más para no dar espacio a que hiciera preguntas. Así estaba mejor.

—Tienes que decírselo a Marco. No me agrada el hombre, pero está seguro de que se casará contigo.

Sofía se estremeció ante la mención de su exprometido. No quería saber nada más de él. Nunca más, pero tampoco correspondía no decírselo, sin embargo, no lo haría personalmente. La sola idea de estar frente a frente a él la alteraba y le traía los horribles recuerdos.

—Lo llamaré para decírselo.

—Podrías hacerlo ahora, son apenas las cinco de la tarde.

—No me siento con valor —dijo, temió que hubiese hablado de más y que su hermano la preguntara el porqué de su tono, sin embargo, no lo hizo y continuó con la vista clavada en la pantalla.

—Como quieras.

María estaba sentada en el estudio junto a su marido, no sabía por qué la había llamado y él no daba señales de querer sacarla de su ignorancia.

Óscar tenía un puro entre los dedos y daba algunas caladas sin mirarla. María retorció las manos en un gesto que había heredado la menor de sus



hijas.

Sofía, su pequeña, se había ido y temía que la furia de su marido fuera por causa de ella.

—¿Sabes lo que me ha dicho Forrester? —le habló el hombre por primera vez, era una pregunta que obviamente ella no podía responder, no tenía cómo saberlo si él no se lo decía.

—No.

—¡Quiere casar a Sofía con Alejandro! Por lo visto la muy promiscua ha estado seduciéndolo frente a nuestros ojos y ninguno se ha dado cuenta. — María apretó los puños hasta sentir las uñas clavadas en su carne y los nudillos se le quedaron blancos. Ella no creía que Sofía fuera capaz de hacer algo tan ruin como traicionar a Berenice, era probable que fuese al revés, su hija mayor no tenía escrúpulos, pero Sofía no era así, ella no tenía una gota de maldad en su corazón.

—No, Óscar, eso no es posible.

—Te lo estoy diciendo, mujer. Tu hija se ha encargado de embelesarlo y ahora Dane dice que su hijo quiere que sea Sofía quien se case con él y no Berenice.

—No puede ser. —Se negaba a creerlo. Ella había visto el anhelo en los ojos de Sofía cada vez que Alejandro estaba presente. Era verdad que ella tenía sentimientos por ese muchacho, pero él jamás había dado signos de tener intenciones de corresponderle.

—Tú debes impedir que Sofía nos deshonre a todos. Ella debe casarse con Marco, por lo menos ese mequetrefe le bajará los humos.

Era una orden que María no estaba dispuesta a cumplir. Sofía había pagado por sus pecados demasiado tiempo como para que su felicidad le fuera arrebatada de manera tan injusta.

# CAPÍTULO 6

El día parecía perfecto para no salir de la cama y Sofía no tenía intención de levantarse después de lo acontecido el día anterior con Alejandro.

Vio la hora y el reloj marcaba las siete, agradeció que solo tuviera una clase a las tres de la tarde. Era delicioso estar en el último año de su carrera y tener un horario tan flexible.

Su hermano estaba vistiéndose y se preparaba para ir a buscar trabajo como cada día sin éxito, esperaba por fin encontrar algo, se veía muy abatido por su desempleo.

—Sofía, ¿quieres tomar café conmigo? —gritó el muy bestia, seguramente pensaba que ella estaba durmiendo y solo lo hacía para fastidiar.

—No —le contestó y dio otra vuelta en la cama, tras la puerta se escuchó la risa de su hermano.

Unos minutos más, se dijo, era tan placentero, y no era algo que hiciera de forma regular. Sus padres se lo impedían por lo que le daba un gusto a prohibido.

Mientras giraba boca abajo, pensó en Alejandro y su propuesta, no era romántica ni muy esperanzadora, pero no podía evitar ilusionarse.

—Un hijo. —Recordó sonriendo—. Un niño de los dos.

Era egoísta pensarlo, pero si tenían un hijo, estarían unidos para siempre y ella tendría alguien a quien amar y que la amaría incondicionalmente, no obstante, no era justo para su futuro hijo estar en medio de dos familias tan complicadas.

Y en medio de dos padres que no se amaban.

Necesitaba hablar con alguien, alguien que no la juzgara por amar a quien había sido el prometido de su hermana.

—¡Sofía! —Su hermano irrumpió en la habitación como un torbellino. Ofuscada, se sentó en la cama con la intención de reprenderlo, pero la cara de él se lo impidió.

—¿Qué pasa? Estás pálido.

—Hermana, estás en la sección de cotilleos del periódico.

—¿Yo? ¿Por qué? —le preguntó sorprendida, pero él solo atinó a mostrar el artículo y ella palideció.

—Una excelente toma en mi opinión —se mofaba Alexa Hubbs con una

descarada sonrisa, si no fuera por su eficiencia probablemente Alejandro la habría despedido, sin embargo, la mujer sabía lo que valía y era la mejor en relaciones públicas de la capital. Nicolás Shaw, el segundo mejor relaciones públicas de Santiago, la apoyó con un asentimiento.

—Aunque bastante poco sensato. Apenas ayer se dio a conocer la cancelación de tu matrimonio con Berenice...

—Considerando además que la fiesta de compromiso fue el sábado. Si hacemos un recuento de daños tenemos más escándalos en cuatro días que en los cinco años que llevamos trabajando para ti, Alejandro. —El aludido la fulminó con la mirada, pero como era de esperar la mujer siguió como si nada —: Tenemos que solucionarlo de la manera más diplomática posible, no obstante.

—¿Se os ocurre algo? —Ambos se miraron como si esperaran traspasarse ideas telepáticamente y era probable que así fuera, Alejandro nunca entenderían la conexión que esos dos tenían.

—Una conferencia de prensa siempre es la salida más fácil —propuso Nicolás—. Lees un comunicado que, si gustas, nosotros podemos redactar y no aceptas preguntas.

—No me interesa mi reputación, es Sofía la que importa, el acoso será imposible de sobrellevar para ella.

—Eso, Alejandro, debiste pensarlo antes. —Alexa se reclinó en su asiento y lo miró implacable con esa arrogante ceja alzada que él detestaba.

—No estás en posición de regatear —apuntó Nicolás con ese tono profesional que lo exasperaba también. Por eso eran los mejores, reconoció el hombre. Sabían lo que hacían y cómo lo hacían.

—Lo que sí necesitamos saber, y tómatelo como parte de nuestro trabajo y no como cotilleo, es qué piensas hacer con Sofía.

—Le he pedido que se case conmigo —les confió—, me gustaría que esa información fuera la primera en conocerse. Le he pedido matrimonio y planeo casarme con ella en la fecha en que debía haberme casado con su hermana.

—¿No te parece que es muy sórdido? Dañaría más tu imagen que la de ella —dijo Nicolás como si eso fuera algo importante para Alejandro.

—No me importa lo que ocurra conmigo, ya lo he dicho. —Los observó alternadamente—. Y también quiero demandar al que vendió esa foto, no me importa si fue un cliente o parte del personal del restaurante.

—Olvídalo. —Alexa desestimó la idea con un movimiento de sus manos

—. Otro escándalo más sería demasiado incluso para ti. ¿Crees que demandar a un cliente o a un empleado sería buena publicidad cuando prácticamente se están devorando en público? Eso tenías que haberlo pensado antes de besarla como si la vida se te fuera en ello.

—Estoy de acuerdo con Alexa, naturalmente. Fue un acto irresponsable, pero solo tuyo.

No sacaría más de esa conversación, para Alejandro ya estaba todo claro.

Sus ojos volvieron a la fotografía que ocupaba casi toda la plana. En ella, él la sostenía por la cintura clavándole los dedos en la tela del vestido, a Sofía no se le veía el rostro, pero se distinguía perfectamente por sus rizos rubios que le caían por la espalda. Frunciendo el ceño, Alejandro se observó críticamente y admitió que su expresión era de puro éxtasis.

No se podía decir que fuera un beso de despedida entre dos amigos.

Había otras dos fotos más pequeñas donde salía Sofía sola una vez que él la había dejado y la otra era suya de espaldas.

Pero lo peor era el contenido de la noticia y temía que eso sí diera qué hablar.

—¡No me interesa de quién sea la culpa! —explotó colérico—. La única perjudicada será Sofía y no es justo para ella. Quiero una demanda contra este diario y la persona que filtró las fotografías.

—Estás siendo irracional, podemos conseguir que el diario suavice la noticia en próximas ediciones con detalles románticos y melosos que a la gente le gusta, pero si te pones a demandar a lo que se mueva entonces estaremos con un problema mayor al que ya tenemos.

Alexa tenía razón y Alejandro lo sabía, pero no quería reconocerlo.

El teléfono llevaba horas sonando y Sofía estaba al borde de un ataque de nervios. Ricardo había preferido quedarse a su lado y no salir a buscar trabajo, ella estaba muy nerviosa y él temía que le pasara algo.

Ricardo optó por desconectar el teléfono.

—Es un desastre —murmuró por enésima vez.

—Sí. —Era mejor darle la razón que contradecirla..., una de las lecciones más valiosas que había aprendido de su convivencia con ella.

El periódico seguía abierto en la página de la discordia.

«El oculto motivo de la cancelación de la boda del año»

Hace apenas un día el país entero se sorprendía con el comunicado entregado por el heredero de la familia Forrester donde daba por finalizada su relación con quien fuera hasta

ese momento su prometida, la *socialité* Berenice Valencia, hija del empresario del vino Óscar Valencia, tras celebrar su fiesta de compromiso el recién pasado sábado.

Mucho se ha especulado sobre el final del romance de más de un año, sin embargo, la escueta nota entregada a los medios de comunicación versaba sobre diferencias irreconciliables las cuales habían desembocado en el quiebre por mutuo acuerdo, y se aclaraba que no había resentimientos.

Pero al parecer el verdadero motivo de la ruptura es Sofía, la hermana de la novia, con quien Alejandro se reunió la tarde de ayer en un conocido local de la comuna de Las Condes. Según testigos hablaron alrededor de una hora hasta que Forrester sorprendió a todos los presentes besando en público a quien hubiera sido su cuñada.

¿Será que estamos en presencia de un turbulento triángulo amoroso? Tendremos que esperar el curso de los acontecimientos, pero los actos hablan por sí mismos.

No era un artículo ácido, pero sí insidioso, al menos a Ricardo se lo parecía porque dejaba entrever que había sido Sofía la artífice de que el matrimonio se cancelara.

—Tendré que hablar con Berenice —le dijo a su hermano cuando este dejó de mirarme el periódico—, debo aclararle que las cosas no son como se han dicho. Tiene que saber que ni Alejandro ni yo la traicionamos. —Se calló y miró hacia otro lado, no podía confesar que Alejandro había dicho sin tapujos que no le interesaba su hermana y que lo de ellos era un mero pacto comercial, porque esa idea le dolía más a ella misma que lo que nunca le podría doler a Berenice, además, si confiaba en las palabras de Alejandro, era el orgullo de su hermana el que se vería más afectado con lo aparecido en la prensa no su corazón.

—No creo que la princesa de papá quiera escucharte, debe estar pensando en cómo sacar provecho de la situación.

—No digas eso. —Si bien Berenice no era un modelo de virtud no se merecía la humillación de la que era objeto por la relación de su hermana con su exnovio.

—No deberías preocuparte más por ello, será quien te busque primero, pero solo para darle más dramatismo al asunto. A veces me cuesta entender cómo podemos ser hermanos siendo tan distintos a la vez.

—No somos tan distintos, Ricardo.

—¿No? Pues claro que sí. Mira a Berenice, siempre la hija consentida y sin escrúpulos, ¿crees que ama a Alejandro? —preguntó, y no contestó—. Y mírame a mí. Soy el hijo bastardo, que en el fondo no es capaz de odiar, si nuestro padre me hubiese aceptado, yo lo habría querido, incluso cuando no

recibía cariño, estudié para que estuviera orgulloso de mí. —Suspiró cansado.

—Tu madre es una buena mujer.

—Sí, lo es. No quería que yo odiara a la familia de mi padre y siempre me habló bien de María, creo que en fondo se sentía culpable de lo que había pasado.

—Pero tu madre era inocente.

—No lo sé, con el paso de los años he llegado a pensar que amaba a papá y por eso se cegó tanto con él.

—Por amor una mujer desafía al sentido común.

—Tú lo sabes bien, ¿no? —La miró con intensidad—. No quiero que termines como mi madre —se mordió la lengua antes de contarle su propia experiencia y le sonrió—, por eso si quieres a Alejandro lucha por él, y lo más importante, deja que Berenice haga lo que quiera, a ella nunca le has importado..., en realidad, solo le importa ella misma.

Era duro reconocer que su hermano tenía razón, de hecho, si no hubiese sido por su influencia en su vida, Sofia nunca hubiese podido desarrollarse libremente.

Berenice era quien acaparaba la atención en su casa y la que, con sus comentarios mordaces, mermaba su autoestima, de joven ella no se había dado cuenta, pero era evidente que Berenice la detestaba.

—Siempre has sido más hermosa que ella —aportó Ricardo cuando ella empezó a cavilar—, solo hay que veros juntas. Tú, con ese cabello rubio y rostro de ángel. De niña eras muy mona, pequeñaja. Hasta yo quedé deslumbrado cuando te vi. Nuestro padre es descendiente de españoles e italianos, y Berenice y yo tenemos sus rasgos, pero tú pareces...

—Una forastera en esa casa —acotó ella desganada—, sin embargo, eso no es un atenuante.

—¿Y crees que eso importa ahora? Las cartas están en tu mano, tú debes ver cómo las juegas, pero la partida ya ha empezado. No sacas nada con lamentarte, por mi parte, yo creo que deberías ir y enfrentar a Berenice, pero con Alejandro. Los dos.

Aunque Sofia asintió sabía que no lo haría, había cosas que hablar, pero sería a solas con su hermana.

# CAPÍTULO 7

Encender el televisor a las seis de la tarde fue la peor idea que Ricardo pudo tener, sobre todo cuando su hermana mayor estaba dando una conferencia de prensa.

—Perra para todo, hermanita —masculló.

Prestó atención a lo que decía, pero solo lloraba como si la vida hubiese perdido todo sentido.

—Y arrastrada has salido también —continuó con la seguidilla de insultos —, pero esto no es necesario, nada sacarás humillándote así. Él ya no va a volver contigo.

Esa mujer no se quedaría tranquila hasta destrozarle la vida a Sofía. ¿Por qué la odiaba tanto? ¿Qué podía haber hecho su tierna hermana?

La pobre Sofía siempre recibía sus insultos y desdén con estoica paciencia. Era admirable, verdaderamente. Parecía la heroína de una historia trágica, siempre sonriendo, aunque tuviera el corazón roto.

No albergaba odio por nadie y eso lograba desesperar a Ricardo a veces. Cuando todo se ponía mal ella se las ingeniaba para ver lo bueno de las cosas.

Más le valía a Alejandro valorar la hermosa chica que tenía a su lado.

Alejandro iba a dejar de lado sus modales de caballero que llevaba tantos años ensayando y poniendo en práctica, lo sabía. Si hubiese sido un hombre quien lo afrentara de ese modo le daría una paliza en cuanto lo tuviera delante.

Apenas había podido salir de su oficina con toda la prensa agolpada afuera, pero valdría la pena si podía retorcerle el cuello a Berenice.

En ese momento conducía al borde de perder los nervios.

¡Cómo se le había ocurrido a esa mujer salir en televisión llorando por una traición de la que no había sido objeto!

Sin embargo, debía considerar que Berenice no sabía los motivos por los que él la había dejado. Lo cual podría ser engañoso. Era mejor aclararlo de una vez y extenderle un cheque por el tiempo que había perdido estando comprometida con él.

Frenó ante un semáforo en rojo y pensó mejor lo que iba a hacer. No tenía sentido ir a verla personalmente, además, existía la posibilidad de que la prensa estuviera también fuera de su casa.

Por lo demás no tenía importancia lo que ella decía, sino cómo afectaría a

Sofía. Lo mejor sería ir a verla, ella lo necesitaba mucho más que la histérica de su hermana mayor.

¿Pero dónde estaba?

Y él no había querido preguntárselo. Una falta imperdonable.

Rogó en silencio que le contestara al teléfono y buscó un lugar donde estacionar.

La voz llorosa del otro lado lo alertó.

—¿Alejandro? —preguntó Sofía innecesariamente—. Supuse que llamarías. —No tuvo que precisar el motivo de su llamada, ella se lo confirmó con la pregunta que le hizo—: ¿Qué vamos a hacer?

—Por el momento, nada. —Se pasó la mano por la cara—. ¿Dónde estás? Necesitamos hablar.

—En mi casa —respondió sin dar más detalles.

—Bien, dame la dirección, tengo una idea y necesito decírtela personalmente. —Apuntó mentalmente lo que ella le decía, sorprendiéndose porque fuese una zona tan exclusiva.

—No es difícil llegar. —Malinterpretó su silencio.

—No, creo que no. Te llamo cuando llegue.

—Está bien.

—Quédate tranquila —dijo y colgó.

Y tan rápido como se lo permitía su vehículo cruzó la ciudad para verla.

Mientras conducía intentaba entender de dónde salían esas ganas de protegerla, quiso pensar que era debido al deseo que siempre le había inspirado con su apocada personalidad.

Había deseado a otras mujeres antes que a ella y ninguna había logrado alterarlo hasta ese punto.

Una vez casados quizás el fuego se apagaría y podría desprenderse de esa sensación tan incómoda que sentía cuando ella estaba cerca.

La sola idea de que así fuese no lo animaba porque sabía que un deseo, que había estado latente durante años, no se extinguiría tan fácilmente.

No acostumbraba a adelantarse a los hechos, pero el matrimonio entre ellos ya era inevitable, Sofía ya no contaba con el apoyo de su familia y, aunque perverso, él sacaría provecho de ello.

No habría mayores complicaciones. Una boda discreta que reportara beneficios a la familia, y su padre olvidaría el desaire de su hija mayor.

Finalmente todo quedaría como una anécdota familiar que recordarían



jocosamente en Navidad.

—¿A quién quiero engañar con eso? —Se carcajeó. Jamás lo verían con buenos ojos y no podía importarle menos.

Cuando aparcó se bajó rápidamente por miedo a ser visto por algún transeúnte que avisara a los medios.

Le llamó para avisar que estaba fuera y no tuvo que esperar mucho para tenerla frente a él.

Verla llorosa y triste le revolvió las entrañas por la culpa.

—Alejandro —saludó con la voz enronquecida. Su cabello largo y rubio caía en desordenadas ondas por su espalda. A pesar de las circunstancias se veía muy sexy y extremadamente tentadora—. No han parado de llamar, incluso mis tías han intentado hablar conmigo. —¿Sus tías? Se refería a las hermanas de su padre, dos arpías que tenían hijas iguales que ellas, no olvidaba que una de esas mujeres había coqueteado con él descaradamente.

Desde ese momento impediría que Sofía se relacionara con esa gente, se prometió.

La joven lo miraba con notable dolor y desconcierto, él acarició su rostro sin decir nada aún junto a la puerta que había cerrado con un pie.

—No hagas caso a lo que digan.

—No puedo evitarlo. —Nerviosa, ella escondió sus encantadores ojos verdes bajo los párpados y apretó las manos.

—No es tu culpa —refutó buscando sus manos para que liberara la presión que estaba ejerciendo sobre ellas y las tomó entre las suyas.

—Mi hermana debe odiarme.

—La que se obró mal primero fue ella —la calmó despreocupadamente—. Además, es mejor que monte un escándalo ahora a que lo haga después.

—Sentémonos —ofreció para no recordar el error de su hermana porque la escena se volvía a recrear en su mente.

—Necesito que entiendas una cosa —le dijo una vez sentados—, no me importa lo que digan de mí, por lo demás, mucho han dicho ya y casi todo es cierto.

—¿Una mujer por noche en tus años de universitario? —Él frunció las cejas y luego se encogió de hombros.

—Tal vez eso sí sea una exageración, en mi juventud me dediqué a estudiar y luego... —Meditó un momento—. No, definitivamente una por noche no.

—¿Y en que eres implacable también se equivocan?

—No —reconoció seriamente—. En eso no, pero... —se acercó lo suficiente para que ella pudiera sentir su aroma—, eso es algo que tú no verás. —Ella prefirió no preguntar el motivo de su convicción y por qué su rostro de pronto parecía esculpido en granito.

Cambió de tema rápidamente.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Un viaje —declaró simplemente y ella lo miró desconcertada, ¿se iría?

—. Juntos —soltó con un bufido—. Nos casamos por lo civil y nos vamos.

—Eso es solo una tapadera.

—Claro que no, podrías llegar embarazada del viaje y la atención se desviaría a ello.

¿Embarazarse? La sola idea de intimar con un hombre le provocaba pánico. Recordaba a Marco tocándola sin delicadeza y haciéndole daño.

Pero con Alejandro no era repulsión lo que sentía.

Sus ojos debieron reflejar su anhelo, porque de pronto él la estaba besando, hambriento. Una lucha de lenguas que la desarmó completamente. Estaba extasiada, con sus manos apoyadas en su pecho musculoso, no sabía dónde ponerlas, por lo que solo se deleitó con el calor que él transmitía, sin embargo, él sí sabía dónde colocarlas y estas se colocaron por debajo de su vestido para acariciar sus piernas. Era delicioso y placentero. Un sueño. Él era su sueño más anhelado.

—No te voy a engañar con historias románticas. ¿Lo sabes, no? —preguntó en medio del beso, pero no dejaba de contradecir sus palabras con la magia de su tacto.

—Lo sé. —«Pero no lo creo».

—Mejor así..., no quiero que...

—No importa. —«Si te he amado tanto tiempo sola, ¿por qué no podría hacerlo un poco más?».

—Si te confundes..., si llegas a...

—Te quiero —susurró para callarlo y siguió permitiendo que la besara y la tocara arrastrándola en una vorágine de sensaciones nuevas y placenteras.

Sin advertirlo terminó sentada a horcajadas sobre él, en una posición perfecta para sentirlo plenamente.

En sus brazos olvidaba los años de soledad junto a su familia, olvidaba lo que había ocurrido con su hermana, olvidaba a Marco. Incluso olvidaba que Ricardo estaba en su habitación en ese preciso momento.

—Espera —rogó con espanto al caer en la cuenta de eso y lo apartó de un empujón.

—¿Qué? —Aturdido, Alejandro dejó caer la cabeza en el respaldó de sofá e interpuso una mano para cubrirse la cara—. No te hagas la ofendida —dijo con un deje de burla, medio suplicante—, has sido tú la que se ha montado sobre mí. —Más furiosa de lo que pudiera recordar, Sofía se levantó con ganas de golpear su rostro de ángel caído.

—¡No me estoy haciendo la ofendida!

—¿Entonces por qué pareces tan mortificada?

—Porque... —¿Qué le decía? Alejandro no sabía de la existencia de Ricardo, nadie lo sabía. Era un secreto familiar que había jurado no revelar. Era absurdo, claro, pero era una promesa—. Simplemente no es correcto.

—Como digas. —Alejandro le restó importancia y volvió a ser el hombre frío que de un tiempo a esa parte estaba mostrando que lo dominaba—. Nos casaremos en cuanto consiga una hora en el Registro Civil, para ello moveré algunos contactos.

Sin decir nada, Sofía se limitó a mirarlo con cautela. Era un hombre poderoso, no debía olvidar ese hecho. Por más que lo hubiese amado en silencio durante años.

Aún recordaba la primera vez que lo vio. Ella tenía dieciocho años y él, veintiséis. Su padre lo había presentado como el hijo de un directo competidor y desde entonces lo había idealizado.

No obstante, no fue sino hasta tres años después que dejó de verlo, solo por las revistas, tanto de negocios como de cotilleo, cuando él comenzó a frecuentar su casa para cortejar a Berenice. Era un hombre correcto y culto con quien hablar, era una delicia, sabía de literatura y de historia tanto como de números y de finanzas.

Sofía había sufrido con el hecho de ver a su hermana como objeto de su atención, pero había disfrutado de los momentos en su compañía.

Absorta en sus recuerdos no advirtió que lo miraba fijamente, con dulzura, pero Alejandro preso de su mirada se permitió creer que el amor inocente que ella le profesaba seguía latente.

¿Cómo hacerle ver que lo que ella amaba no existía?

—Eres muy transparente —espetó sin burla—. La idea de casarnos te encanta, lo veo en tus ojos.

—Lo que es una barbaridad dada las circunstancias.

—Ciertamente habrá quienes así lo piensen, pero no lo es en realidad.

—Sé que no vale de mucho que te lo diga ahora, pero antes de aceptar...

—Él alzó una ceja y a punto estuvo de soltar un resoplido.

—Creía que eso ya no estaba en discusión.

—Y no lo está —aceptó ella—, pero debo hacer las cosas bien y lo primero es hablar con Marco para terminar lo que teníamos —ante la mención de ese nombre Alejandro pareció crecer varios centímetros.

—No —bramó logrando sobresaltarla—. ¿Acaso estás loca, Sofía? ¿Quieres reunirte con ese desgraciado después de lo que te hizo?

—Alejandro, por favor, entiéndelo.

—¡No! ¿Cómo demonios me pides que lo entienda? ¿Cómo? —Sofía intentó aplacarlo, no quería que Ricardo escuchara si Alejandro hablaba de más.

—Tengo que hacerlo, tengo que hablar con él.

—Pensé que lo vuestro estaba terminado.

—En lo que a mí respecta lo está, pero no se lo he dicho.

—¡Pues entonces se lo diré yo! —zanjó.

—Debo hacerlo yo —terció ella.

—Lo haremos juntos—aunque la idea de enfrentarse a él lo ponía enfermo no dejaría a Sofía sola con su exnovio—, le será difícil echarse otra novia con ese aspecto de matón de secundaria.

—Prefiero hacerlo sola —rechazó, pero le sonrió para que no sonara duro—. Te agradezco el ofrecimiento, no iré a verlo, lo llamaré..., tampoco quiero verlo. —Alejandro pareció quedarse conforme y no retrucó—. Sin embargo, hay algo que quiero pedirte.

—¿Una condición?

—No, es un favor o un regalo de bodas si así quieres llamarlo.

—Te escucho.

—Quiero que le des trabajo en tu empresa a una persona —se apresuró a aclarar su petición al advertir que la cara se había vuelto una máscara de dureza—. Es un chico muy capaz, terminó sus estudios de ingeniero civil hace un año y tiene un poco de experiencia. Será de gran ayuda.

—¿Quién es? —preguntó con calma. Demasiada calma en su opinión.

—Es un amigo, un amigo muy querido —le mintió. La forma en que retorció las manos y evitaba mirarlo directamente decía mucho, ¿sería el hombre que le había contestado? ¿Su amante?

—Dime quién es, Sofía. Te lo advierto sé cuándo me están dando esquinazos. Dime su nombre.

—Se llama Ricardo Castillo.

—¿Y de dónde lo conoces?

—De... —sin saber qué decir buscó una forma de contarle una verdad a medias—, de casa de mi abuelo, lo conocí hace años y somos muy amigos.

—¿Por qué no lo conozco?

—¡Oh! Ya lo conocerás y te agradará. Es un chico muy simpático y alegre, además, es muy trabajador.

—No —zanjó con vehemencia, no sabía el motivo, pero escucharla hablar con tanta calidez de otro hombre no le gustaba en absoluto—. Pide lo que quieras menos que le dé trabajo a tu amiguito. Si quieres una casa nueva, un guardarropa completo con ropa de diseñador o viajes a donde quieras te los daré, pero no me pidas que emplee a un noviecito tuyo porque no pienso hacerlo.

—¡No es ningún noviecito mío! —gritó colérica poniéndose de pie, acción que Alejandro imitó. Dios, era pequeña, pero buscaba imponerse.

—¡No me interesa si lo fue o lo es! No voy a cambiar de opinión, y más te vale que no lo olvides. No voy a darle trabajo a un ex amante tuyo.

—¡Necesita trabajo! —Elevó la voz, pero fue consciente de que su hermano estaba también en el departamento y que era probable que estuviera escuchando todo.

—Y a mí me importa una mierda.

¿Estaba celoso? No podía reaccionar así de mal solo porque creyera que Ricardo era un exnovio, era ilógico.

Prefirió callar por el momento, ya llegaría una ocasión mejor para plantear el asunto. Cambiaron de tema, aunque el ambiente estaba lejos de ser cordial, para planificar el viaje de novios y detalles de la boda.

Sofía solo acató, no dio opiniones ni le contradijo. Ese hombre era tan obstinado que haría lo que quisiera de todos modos.

# CAPÍTULO 8

Finalmente, Sofía se había decidido a llamar a Marco, era una cobardía comunicarle su decisión por teléfono, pero la idea de verlo la asustaba.

—¡Eres una maldita, zorra! —le gritó él totalmente fuera de sí, Sofía se estremeció al otro lado de la línea—. ¿Crees que esto se quedará así? ¿Crees que puedes burlarte de mí como si nada? ¡Te voy a destruir, puta! ¿Crees que me quedaré tranquilo mientras todo Chile se ríe del novio cornudo que soy? Te arrepentirás.

—Marco, por favor, escúchame...

—¿Escuchar? ¿Qué me dirás? ¿Desde cuándo te tiras al exnovio de tu hermana? Eres una maldita puta. ¡Putas! Y no creas que me voy a casar contigo después de esto.

—Me voy a casar con Alejandro —se defendió ella con la voz rota.

—¡Zorra estúpida! Pagarás por esta humillación. Caerás, perra. Lo mejor es que no tendré que hacerlo yo. Será el mismo Alejandro quien te aterrice.

—Perdóname, por favor...

—Te hará pedazos el corazón, perra. Sufrirás y te arrepentirás todos los días de tu vida —vaticinó con furia.

Sofía lloró amargamente después de que él cortara la comunicación, por fortuna, lo había llamado y no lo había buscado personalmente porque Marco estaba furioso con justa razón y si la hubiese tenido frente a él seguramente no habría podido controlarse.

Se sentía desecha y sucia.

Llegada la noche se encontraba débil y cansada. Necesitaba un baño para reponerse, iba a darse uno cuando recibió una llamada. Pensó que sería Alejandro y, aunque no se encontraba con ánimo de hablar con él, contestó:

—Hola —saludó arrastrando la voz, más ronca de lo habitual.

—Hija, mi vida, ¿has estado llorando? —La voz tierna y preocupada de su madre la hizo dar un brinco.

—Mamá —los ojos verdes de la joven soltaron dos gruesas lágrimas más —, ha sido horrible, mamá.

—Mi niña, no sufras más. Has pasado toda tu vida sufriendo por mi culpa... —María hablaba bajito y con la voz quebrada—, no mereces seguir pagando mis errores.

—No digas eso, mamá, no es tu culpa. Esta vez he sido yo.

—Tienes que ser feliz, mi niña, tienes que irte con Alejandro durante un tiempo. Debes luchar por su amor.

—Tengo miedo..., te necesito —reconoció Sofia. La necesitaba, quería que su madre la abrazara y la orientara.

—Sé fuerte, pequeña, no te rindas. Sé feliz.

—Gracias, mamá.

—Me tengo que ir, escucho a Óscar —dijo de pronto—. Te amo, hija, nunca lo dudes. Estaré contigo siempre.

Cuando le colgó, Sofia no sabía cómo sentirse al respecto.

Fue extraño, su madre no era precisamente muy cercana a ella, parecía siempre triste y nunca había ejercido autoridad sobre sus hijas, pero su apoyo era muy bienvenido. Ella amaba a su madre de todos modos.

La ducha aclaró sus ideas y ordenó sus sentimientos. Tenía que luchar por ser feliz. Debía arriesgarse porque era la única forma de alcanzar la paz de su corazón. Ese fue el pensamiento que la movió durante el resto de la semana.

Por otro lado, la prensa seguía acosándola y ante ello prefería no salir para evitarse encuentros desagradables.

Tampoco se había visto con Alejandro y su única comunicación era por medio telefónico.

—Deberías estar nerviosa, ¿no? —preguntó una tarde su hermano—. No tienes nada listo y la boda es en tres días.

—Alejandro dice que no es necesario que prepare nada —contestó ella—. Será una ceremonia rápida y sin invitados, luego partiremos a Miami.

—¿Debe ser una broma!

—No, cree que es un destino ideal porque allí es primavera y...

—¡No me refiero a eso y lo sabes! ¡Es tu boda, hermana!... Boda rápida, sin amigos, sin familia. Te mereces más que lo que estás aceptando.

—Por el momento es lo mejor y la verdad yo lo prefiero así.

—Creo que no es un buen inicio.

—Ayúdame a conformarme —le rogó desesperada, no quería recordar sus sueños infantiles donde se casaba de blanco con un hombre que la amaba y era su padre quien la entregaba. Ricardo le tomó la mano y la apretó para transmitirle calor.

—Hermana, tú eres lo más valioso para mí, y para mí es importante... No, es más que importante, es trascendental que me digas que eres feliz, que con

Alejandro serás feliz.

—Lo seré, lo intentaré con todo mi corazón.

—Si él te lastima, yo mismo lo mataré, ¿me oyes? —le prometió, y Sofía sabía que cumpliría. Esperaba que no llegara el día en que Alejandro lo hiciese y que su hermano tuviera que cumplir su palabra.

Era el día. Estaba todo preparado, tenía los billetes de avión comprados y las reservas del hotel, pero le acababan de avisar de que había prensa apostada fuera del Registro Civil.

—¿Pero cómo lo han sabido? —Alexa se encogió de hombros y Nicolás tomó la palabra.

—El comunicado que leyó tu representante —había un deje de reproche por el hecho de que Alejandro hubiese mandado a otro en su lugar, era algo que ninguno de los dos le perdonaba—, dejaba clara constancia de tu intención de celebrar nupcias con la señorita Sofía Valencia. —Cuánta formalidad, Alejandro rodó los ojos aburrido por la obvia intención de fastidiarlo—. Ante ello seguramente habrán conseguido información de algún empleado o este la habrá dado voluntariamente.

—No debería sorprenderte, ¿verdad? —siguió Alexa—. Después de todo montaste un gran escándalo con todos los elementos necesarios para hacerlo irresistible para cualquiera. —Con los nervios propios de una ceremonia que cambiaría su futuro, porque no era idiota y sabía que su vida daría un giro radical, más los hechos que se le presentaban en ese momento, Alejandro estaba decididamente alterado.

Más incómodo estaba, dado que ambas relaciones públicas lucían sus mejores galas para ser sus padrinos de boda.

Sus padrinos de boda eran sus empleados. No podía pensar en nada más patético..., o tal vez sí, si se hubiese casado con Berenice su padrino sería su padre y la madrina, una compañera de colegio de la novia.

Hasta en esos detalles Berenice demostraba desprecio por su hermana al relegarla como dama de honor.

—Iré a buscar a tu prometida —anunció Nicolás sin darle tiempo de replicar y con una última mirada lo dejó con Alexa que rápidamente volvió a la carga:

—Me honra ser tu madrina, Alejandro, un placer inesperado, pero es mi deber advertirte que...

—Digas lo que digas no voy a cambiar de opinión.



—No pensaba hacerlo —desestimó ella para su desconcierto—, solo quería..., mira Alejandro, tú me agradas, sin embargo, sé que no soy quién para decirte esto, pero en vista de que nadie más te lo dirá, tendré que hacerlo yo. Conocí a Sofía en una cena hace unos meses, ella es diferente a las mujeres con las que acostumbras a tratar. Berenice era..., ya sabes cómo era. Sofía es diferente, es ingenua e inocente.

—Si dejas de dar rodeos...

—Puede que te moleste lo que te voy a decir, pero tú no eres un hombre delicado y probablemente te cueste empezar bien tu vida de casado. Tendrás que renunciar a tu libertad. —Alexa no se intimidó ante la mirada gélida que él le dedicó—. Sé cuánto la valoras, pero dudo que Sofía acepte callar ante un desliz.

—Te estás tomando una libertad que no te corresponde, Alexa.

—Alejandro, aunque creas que Nicolás y yo solo obedecemos, nosotros no somos idiotas y sabemos que no hay pieza que muevas sin un motivo, y tú quieres conseguir algo con tu enlace con los Valencia, pero trata de que no salpique a Sofía, ella es la que menos se lo merece. —Alejandro intentó que su sorpresa no se reflejara en su cara, ¿era tan evidente lo que significaba esa alianza para él?—. La vi sola en medio de un mar de gente que la saludaba, pero no la veía, estaba junto a su novio, él nunca la miró con cariño. Parecía tan triste y tú estabas ahí y te miraba como si fueses su esperanza... Soy una mujer fuerte ahora, pero fui una inocente cría una vez, sé lo que quiere decir esa mirada. Es un grito silencioso para que la veas y la rescates. Es la mirada de una chica, no de una mujer.

—¿Qué quieres decir? —Temiendo lo que ella diría, Alejandro tomó una bocanada de aire.

—Ella ama amarte, ama la idea de que tú seas su amor, pero es probable que una vez que te tenga ya no sienta lo mismo y que con el tiempo madure y cambie su idea del amor. Entonces serás tú quien deba velar por lo que sea mejor para los dos.

—¿De verdad crees que necesito que me digas algo que ya sé?

—No, sé que no, pero si te lo digo es porque llevas tiempo enamorado de esa mujer, Alejandro.

—¡Eso es mentira! —negó tajante. «No, no, no. Imposible»—. ¿De dónde has sacado esa tontería? ¿Enamorado de Sofía? ¿Yo?

—Negarlo no lo hace menos real —dijo sin tomar en cuenta su vehemente

negativa—. Mírate, estás a punto de casarte con la mujer que iba a ser tu cuñada —espetó para reafirmar su teoría—. Es evidente que no es un simple capricho cuando estás exponiendo tu reputación y tu negocio por ella, te costó años que tu padre confiara lo suficiente en ti como para dejarte su lugar en la dirección y mucho trabajo llegar hasta donde estás, y lo has arriesgando todo por una mujer.

—No sabes lo que dices —volvió a negar—. Ella es un medio para conseguir más de lo que tengo.

—Tú no necesitas nada más de lo que tienes, podrías conseguir eso que quieres con solo un movimiento —las pupilas de Alejandro se dilataron ante el reconocimiento de sus planes. ¿Lo sabría Alexa? ¿Sabía lo que llevaba años planeando?—, pero no soy yo quien debe abrirte los ojos..., solo te lo digo porque he llegado a apreciarte y a entender en parte cómo piensas.

Cuando ella le sonrió, él supo que era sincera, pero Alejandro se dijo que en realidad no sabía nada.

Sofía era el objeto de su deseo, su obsesión, pero no su amor. Nunca su amor.

«Jamás».

Sentada, esperando que fuera el padrino escogido por Alejandro a buscarla, y ya lista, se encontraba Sofía.

—Tu cara parece de cera, pequeñaja. —«Qué manera más mala de dar aliento», pensó ella ante la mofa de su hermano.

—Gracias, supongo que tendré que poner algo de rubor en mis mejillas.

—Supones mal, nena. Aunque mi misión como hermano mayor es complicarte la vida... —Sofía soltó un bufido muy poco femenino—. ¡Oye, cuida esos modales!

—Entonces no seas tan pesado.

—Mira, pequeñaja, puedo ser todo lo pesado que quiera porque soy tu hermano mayor —puntualizó—, pero, aun así, debo reconocer que eres la novia más guapa que he visto.

Sofía luchó por reprimir las lágrimas que estaban picando en sus ojos verdes, Ricardo pensó que un hombre podría morir por esos ojos y más le valía a Alejandro que la cuidara con su vida porque de lo contrario él se encargaría de despellejarlo vivo.

Se abrazaron con todo el amor que se tenían justo momentos antes de que golpearan la puerta.

—Debes ir tú —le dijo él con la voz enronquecida por la emoción—. Cuídate, hermanita. Sé feliz... y llámame.

—Cuando vuelva tendrás trabajo, te lo juro.

—No pienses en eso hoy, solo ve y cástate con ese hombre. —La liberó mirando cómo se dirigía a la puerta y él a encerrarse en su habitación.

Sofía lucía hermosa con ese vestido color crema que le llegaba hasta las rodillas, tenía bordados en tono rosa pálido. Le quedaba perfecto, marcaba su figura de hada.

Alejandro no podría resistirse a esa mujer.

¿Qué hombre podría? Se preguntó con orgullo fraternal.

Resignado a perder a su adorada hermana en manos de otro hombre iba a recostarse cuando escuchó los gritos.

—¡Maldita zorra! —Era la desagradable voz de Berenice gritando. «Dios mío, ¿por qué ahora la dejas venir? ¿No podía haberse averiado su coche? ¿No? ¿O romperse una uña en último caso?».

Salió con pocas ganas de verla, pero sin tener más opción si no quería que a su hermanita se le estropeará el peinado.

—El ladrón cree que todos son de su misma condición. ¿Eh, lagarta? —le preguntó apareciendo en escena. En cuanto lo vio, Berenice experimentó un cambio notable en su expresión. Perdió el color y lo miró como si fuera una alucinación.

—Ricardo.

—El mismo. —Hizo una reverencia burlesca y exagerada—. Veo que sabes mi nombre, cuánto honor me haces, hermana. —La última palabra estaba totalmente carente de afecto.

—¡Tú estás de su parte! —espetó con desprecio—. Tú, precisamente tú, el bastardo que nos debe todo, eres un desagradecido.

—Cuidadito con lo que dices. —Se acercó él hasta hacerla retroceder.

—Ricardo, por favor... —intentó suplicar Sofía para mediar entre ellos, pero no hubo acogida en su intervención.

—Tú preocúpate de no despeinarte, pequeñaja —dijo sin mirarla—. Debes irte, que de esta... señorita —masculló la palabra con ira— me encargo yo.

—No te metas en esto, Ricardo —habló Berenice fríamente—. Esta zorra me ha quitado a mi prometido y es con ella con quien quiero ajustar cuentas.

—La llamas «zorra» cuando la única zorra aquí eres tú y lo sabes.

—¡Basta! —intervino Sofía otra vez al borde de las lágrimas—. ¡Yo lo amo, Berenice! ¡Lo amo! No te lo he quitado porque nunca ha sido tuyo — declaró, reconocer su amor a gritos, sabiendo que Alejandro no la amaba era humillante, pero debía defender su posición.

—¿Que no ha sido mío, dices? ¡Cuán poco conoces a Alejandro! —dijo con burla—. Ha sido mío tantas veces que he perdido la cuenta.

—¡No! —Sofía sentía que las fuerzas la abandonaban, sabía que Alejandro no era un santo y que probablemente había hecho el amor con su hermana, pero oírlo era otra cosa.

—Oh, sí —picó con inquina—. Alejandro y yo lo hicimos muchas veces. ¿Sabías que tiene una cicatriz en su muslo izquierdo? Yo acaricié y besé esa marca.

—Para, Berenice —exigió Ricardo, pálido—, estás yendo demasiado lejos.

—Alejandro se cansará de ti —siguió ella sin prestar atención a su hermano—, y buscará otras que le calienten la cama y tengan más experiencia que tú, tal vez yo misma lo acepte otra vez. Él no es un hombre que se conforme con solo una, eso yo lo sabía y lo aceptaba, pero tú eres débil, no lo soportarás. Lo terminarás aburriendo y jamás te será fiel, Sofía. Una mujer tan simple y sosa como tú no podrá mantener su atención mucho tiempo.

—¡Suficiente, Berenice! —Ricardo la sujetó del brazo para conducirla a la puerta. Sofía estaba mortalmente pálida, sus hermosos ojos verdes estaban inundados de lágrimas—. No te cansas de hacer daño porque tu vida es una miseria por sí sola. Alejandro ya escogió y lo lamento por ti, pero no eres tú a quien espera para convertir en su esposa.

—¡Me había escogido!

—Pero cambió de opinión y muy sabiamente.

—Él volverá a mi cama, Sofía. ¡Volverá!

—Deja de humillarte de una maldita vez —exigió Ricardo.

Con todo el escándalo nadie vio que la cabeza de un hombre se asomaba por la puerta para mirar con asombro la escena.

Fue Ricardo quien primero lo advirtió y agradeció al cielo que llegaran para llevarse a su hermana.

—Al fin, hombre, qué alegría —saludó al recién llegado con una sonrisa mientras forcejeaba con su hermana mayor—. Llévatela ahora, yo me encargo de la dama aquí presente —finalizó con una sonrisa radiante que solo se borró

por unos segundos cuando Berenice le dio una patada en las canillas—. Hombre, hazlo, rápido —masculló con dolor por la agresión y con una palabra malsonante en la punta de la lengua. Nicolás pareció salir de la sorpresa y tomó a la nerviosa Sofia del brazo.

—¡No lo olvides, Sofia! —advertía por última vez Berenice.

—Señorita, acompáñeme, por favor.

—Sí, claro —aceptó temblando y con la voz quebrada.

Nicolás la condujo por el pasillo que daba al ascensor, rogando que la chica no se desmayara, pero por el color que tenía era probable que así fuera.

—Lamento que haya visto esto —susurró la joven con azoro cuando el ascensor se detuvo y les permitió pasar.

—No tanto como lamento yo lo que le ha pasado.

—Es mi culpa, por favor, no se lo diga a Alejandro —suplicó al borde de las lágrimas—. Se lo ruego, no es necesario que se entere de esto.

—No puedo prometerle eso. Usted será su esposa y él merece saber que ha sido agredida por su exnovia.

—¡No! —exclamó con voz de ruego—. No lo haga, se lo suplico, es mejor dejarlo estar. Pasará se lo aseguro y Alejandro no echará en falta saber de este incidente. —Hubo un cambio en la expresión de Nicolás y Sofia se aferró a su duda como si fuese un clavo ardiendo—. Yo misma se lo contaré de ser necesario, pero, por favor, júreme que no dirá nada sobre lo que acaba de ver ni que ha visto a un hombre en mi casa.

—Si él se entera que lo he visto y no se lo he dicho probablemente me leerá la cartilla.

—Yo intercederé por usted. Se lo ruego.

Sabiendo que lo que prometía no era correcto, Nicolás asintió, aunque le pesara era el padrino de matrimonio.

—Está bien —ella le dio las gracias, pero él no la dejó emocionarse demasiado—, pero si considero que es prudente, romperé esta promesa, señorita.

—De todos modos, muchas gracias.

—Será mejor que vayamos. Su novio la espera.

Ambos salieron del edificio en silencio y fueron hasta el Registro Civil en el vehículo en el que Nicolás había llegado.

—Debo advertirle de que hay periodistas en el perímetro, pero no debe preocuparse por ello, no la importunarán mayormente. Agentes de seguridad

estarán resguardando su privacidad, señorita, ignórelas.

Sabiendo que era lo único que podía hacer. Sofía se resignó a que el día de su boda no hubiese fotógrafos contratados, ni un banquete, ni un sacerdote que bendijera su unión.

Una vez que el coche aparcó, tomó aire y aceptó la mano que Nicolás le tendió. Él la miró y le sonrió para darle valor.

Caminó y al entrar lo vio. Su novio no sonreía, no había luz en su mirada. No había amor.

Ella no tenía su amor.

Fue como si la tierra se abriera a sus pies y supo que no podía hacerlo.

# CAPÍTULO 9

—Lléveme al coche, por favor —le dijo a un desconcertado Nicolás.

—¿Disculpe?

—Que me lleve al coche, no puedo... —se dio la vuelta, pero él la retuvo tomando su brazo.

—¿Señorita, qué...?

—¡No puedo! No puedo casarme, no puedo, por favor...

—¿No puedes? —interrumpió la voz autoritaria de Alejandro y Nicolás tuvo la prudencia de apartarse—. ¿Por qué no puedes, dulce Sofía?

Si ella ya estaba alterada por lo acontecido con su hermana, verlo vestido tan elegante la desarmó completamente. Definitivamente no podía casarse con él.

Él no la amaba y después de lo que había dicho Berenice, estaba claro que nunca lo haría. Ella no poseía su experiencia ni su sofisticación, sería una decepción para él.

Y no podía pensar en estar íntimamente con él.

—Alejandro, perdóname, por favor, pero no puedo.

—Que te perdone —rugió—. ¡Que te perdone! —«Debe ser una broma», se dijo. ¡Lo estaba plantando! Ciego de ira la tomó del brazo y la arrastró hacia un rincón.

—Alejandro, el juez de paz...

—¡Que espere! —le gritó a Nicolás—. Estoy pagando una pequeña fortuna y si le digo que espere. ¡Espera!

Indignado y más furioso de lo que podía recordar haber estado alguna vez, antes del episodio de Marco, centró su atención en la figura asustada de su novia.

No quiso pensar en lo hermosa que se veía con su vestido que había escogido o lo bien que le sentaba el peinado. No. Eso no importaba porque ella lo estaba dejando.

—Dime por qué —exigió más afectado de lo que planeó mostrarse—. ¿Por qué no puedes casarte conmigo, maldita sea?

—Simplemente no puedo —articuló a duras penas.

—Simplemente no puedes —repitió como si no entendiera sus palabras—. Simplemente no puedes. ¿Qué clase de respuesta es esa? —bramó colérico.

—Es la única que puedo darte.

—Me estás haciendo perder la paciencia. —«¿Dónde estaba el hombre que amaba?», se preguntó la joven. Ese hombre simpático, encantador e imperturbable se había ido y en su lugar estaba un hombre furioso que exigía respuestas que no podía darle.

¿Qué le diría? Naturalmente no la verdad. No podía decirle que temía no ser suficiente para él. Temía que él se cansara y la dejara. Temía que su corazón nunca sanase entonces.

Había habido muchos rechazos en su vida como para sumarle otro más.

—Siento todo esto, Alejandro, te lo compensaré de algún modo, pero no puedo casarme contigo.

—Puedes y lo harás. Te casarás conmigo ahora mismo y nos iremos de luna de miel esta misma tarde. No juegues conmigo, Sofía, te lo advierto, porque si lo haces no solo haré de tu vida un infierno, también para tu familia, incluso a tu madre. ¿Quieres eso? ¿Eso buscas? Pues eso tendrás.

—¡No! —Lloró, histérica—. No, por favor, mi madre no.

—Oh, sí, tu madre será la más perjudicada —canturreó implacable, había dado con su punto débil y lo usaría—. ¿Y qué me dices de Ricardo Castillo? ¿Eh? —Ella sollozó ante la mención de Ricardo—. Me encargaré de que nunca lo contraten en ninguna parte, ángel mío.

—Por favor, Alejandro, no sigas.

—Suplicas, ángel —la había llamado así en su mente desde hacía tiempo, la comparaba con uno tal y como lo había llamado su madre cuando era niño, pero nunca se había detenido a pensar por qué, y en ese momento lo veía. Pura, inocente, sin mácula y en ese instante herida y desecha, era la imagen misma de una mártir—. Suplicas por ellos, pero no te importa humillarme. ¿Por qué? ¿Por qué te importan más que la persona que dices amar? ¿Qué tan fuerte y sincero es tu amor, mi ángel? —Asustada, ella abrió la boca sin poder articular palabra. Alejandro estaba muy cerca, su cuerpo aprisionaba el de ella sin darle espacio para moverse—. Contéstame. ¿Me mentiste cuando me dijiste que me amabas? ¿He matado tu amor con mis despiadadas acciones?

—Tú solo eres tú y estás siendo tú —contestó finalmente—. Fue mi culpa idealizarte tanto y amarte de ese modo..., en realidad, qué sé yo del amor —se burló de sí misma y las palabras de Berenice taladraron su mente—. Yo solo te veía como un caballero atento y encantador, pero en realidad no eres mejor que mi padre y que el tuyo —lo había insultado, había logrado que su rostro se



volviera pétreo y su mandíbula se apretara.

—Retráctate ahora mismo.

—¡No!

—Retráctate porque estoy a punto de perder el control. —Era cierto, Alejandro estaba al límite, sentía la necesidad de... ¿de qué? No quería hacerle daño físico, pero sí de castigarla y él conocía una forma en que ella podría agonizar hasta el punto de sentir que moría, no debería excitarse con la idea, pero eso no era algo que pudiera evitar, al menos había una parte de su cuerpo que se rebelaba.

—Alejandro... —Acorralada entre su cuerpo y la pared, Sofía no tenía margen de movimiento, pensaba que había ido demasiado lejos, pero cuando los labios de Alejandro comenzaron a devorarla no supo cómo interpretarlo.

—No me compares con él —dijo suplicante besándola más profundamente—. Nunca.

Sofía no pudo contestar porque sus sentidos estaban puestos en el beso, no había nada más. De pronto todo se concentró en ellos y todo lo demás dejó de importar.

Se entregó a su beso sin interesarle nada más.

Alejandro mordisqueaba su labio inferior absorto también en el perfecto momento que estaban teniendo.

—No puedes dejarme ahora que he probado lo que es tenerte entre mis brazos —susurró contra sus labios—. No me dejarás.

Y no pudo negarlo, él tenía el control no solo de su corazón, sino del futuro de su familia, debía pensar en su madre y en Ricardo.

Su aceptación fue tácita y antes de darse cuenta se dejaba guiar frente al juez de paz que ofició la ceremonia, ocultando muy bien su sorpresa por la larga pausa que había precedido a la boda.

Alejandro la mantuvo a su lado con las manos enlazadas, seguro temía que ella se diera la vuelta en cualquier momento y lo dejara.

Los padrinos, Nicolás y Alexa, permanecía estoicos junto a ellos.

Así trascurrió todo, tan mecánico que Sofía no pudo conectar con su propio matrimonio, todo lo dijo como si solo tuviera que hacerlo, pero sin sentir nada.

—Por el poder que me confiere la ley y el estado de Chile los declaro marido y mujer.

Estaba hecho, ya era la esposa de Alejandro Forrester.

Al salir había fotógrafos, pero ambos los ignoraron y fueron al vehículo que los llevaría al aeropuerto.

—Deberías sonreír, esposa —le dijo Alejandro reclinándose cómodamente y aflojando su corbata.

—Lo haría si esto fuera real, seguramente no podría dejar de sonreír.

—¿Quién dice que no lo será?

—¿Crees que soy tonta? No intentes ilusionarme.

—Estoy llegando a pensar que tienes dos personalidades. Me amas, pero si yo doy un paso hacia ti corres en dirección contraria. No olvides que el mundo es esférico y en algún punto nos encontraremos.

—Déjame en paz —lo frenó y le dio la espalda—. No quiero seguir con el tema. Has ganado, se hará lo que querías. Estamos casados y tendremos un hijo, luego todo acabará.

—Si es eso lo que quieres. —Le restó importancia, comenzaba a pensar que era lo mejor para él también, estaba comenzando a involucrarse. Eso no era bueno.

El resto del viaje lo hicieron en silencio, ninguno sabía qué decir ni quería hablar.

Alejandro incluso agradecía que ella no le pidiera más. Había estado a punto de pensar que lo que decía Alexa podía ser verdad y que en el fondo él estuviera empezando a tener sentimientos por Sofía, pero si Sofía seguía viéndolo todo como un deber y dejaba de mirarlo como si él fuese todo para ella, entonces podría volver a su plan original.

El viaje en avión siguió la misma tónica que el viaje en coche. No hablaron.

Alejandro, que no se acostumbraba a no ser el centro de atención, se dio el lujo de coquetear con otra mujer a la que no le importaba que su esposa estuviera a unos metros y le respondió con entusiasmo cada frase cargada de doble sentido que él le dedicó, pero cuando vio que Sofía parecía no advertirlo o en último caso no le importaba, lo dejó y fingió dormir.

No entendía por qué lo había hecho, era una niñería intentar ponerla celosa.

Las mujeres parecían encantadas con que él les prestara atención y en el pasado eso lo divertía, pero en ese momento quería que Sofía saliera de su letargo y le reclamara para tomar su lugar.

Tal vez no era celosa.

¡No podía ser cierto!

Sofía se veía triste, hubo un momento en que el avión se movió por unas turbulencias y Alejandro la miró esperando que ella lo buscara para que la confortara, sin embargo, no lo hizo.

Una vez en suelo estadounidense, Alejandro quiso darle la mano para ayudarla a bajarse, pero ella rehuyó el contacto.

—¿No piensas hablarme en toda la luna de miel? —le preguntó él cuando llegaron al hotel.

—Estoy cansada, Alejandro.

—Cansada —repitió—. Perfecto. Será como quieras.

—No, será como tú quieras. ¿He tenido opción? ¿Me has preguntado si me quería casar así? ¿Si quería venir de luna de miel a Miami?

—No me salgas con eso ahora —espetó furioso—. No te has quejado antes. ¿Qué demonios te traes?

—¡No quiero estar contigo ahora, eso es todo!

—Pues bien, me voy, tampoco es que quiera estar con una mujer histérica como tú, seguramente habrá gente más agradable allí afuera.

Alejandro se fue dando un portazo con la idea de buscar una distracción.

Vaya forma de empezar un matrimonio.

# CAPÍTULO 10

Sofía no pudo contener las lágrimas y en cuanto la puerta se cerró se dejó caer en la cama para descargar su pena.

¿Qué había hecho?

Por primera vez en su vida estaba completamente sola.

Su padre, que nunca la había querido, en ese momento la odiaba; su hermana, con quien nunca había congeniado, pero a la que amaba, estaba furiosa y herida por ella y su madre, siempre indiferente, la prefería lejos.

Pero incluso en esos momentos tenía a Ricardo, su mejor amigo, su hermano mayor que siempre estaba dispuesto a escucharla y justo cuando más quería un abrazo de su parte no estaba.

Una novia no debería sentirse así. Una novia debería estar en los brazos del hombre que amaba el día de su boda.

Siendo amada y no ignorada.

Frustrada lloró hasta que no pudo más y se durmió con la ropa puesta sobre la cama.

Alejandro pasó esas horas en la piscina cavilando sobre su reacción irracional, quiso culpar a la tensión sexual que siempre había existido entre ellos.

Sabía que la solución a ello era que se acostaran juntos. Todo volvería a la normalidad entonces. Todo.

Resuelto a hacer el amor con su mujer, lo que por lo demás era su deber y derecho, pasó por afuera de la farmacia del hotel y se detuvo.

¿Sería apropiado comprar preservativos?

Lo pensó un segundo y entró, pidió una caja sin vacilar, la dependienta lo miró con picardía y recibió solo indiferencia de su parte a cambio.

Una vez en el ascensor intentó serenarse, se sentía como un crío, le sudaban las manos por temor a que Sofía lo rechazara.

Sin embargo, al entrar no fue con una Sofía combativa lo que se encontró.

Ella dormía cruzada en la cama con la luz del atardecer cayendo sobre su rostro y su cabello dorado, un halo de brillo que la hacía parecer un ángel. Ella lo era indudablemente. ¿Quería arrastrarla a su propia oscuridad? ¿Ella merecía ser parte de su venganza?

La respuesta fue una negativa tan rotunda que salió de la habitación

dejando la caja de preservativos caer en el suelo. Sin saber qué hacer concluyó que lo mejor era anular el matrimonio, Sofía le importaba y saberlo fue como si recibiera un mazazo en la cabeza. Pero, aunque ella se lo negara, él sabía que lo amaba o, como había dicho Alexa, amaba la idea de amarlo. Debía conseguir que ella lo dejara, así no lo buscaría y no tendría tentación de volver. ¡Quién lo habría imaginado! Él pensó en lo que era mejor de alguien más.

Sin embargo, ¿qué haría que Sofía quisiera anular la boda? O en último caso permanecer casados solo de nombre, sí, eso era más inteligente. No tendrían un hijo, pero podría justificar el traspaso de acciones sin especulaciones.

El punto era que el corazón de Sofía era demasiado bondadoso como para guardar rencor, si incluso quería a Berenice a pesar de todas las humillaciones que su pernicioso hermano la había hecho víctima.

En el bar, la solución se le presentó sola y no supo si agradecerla o maldecir.

—¿Estás solo?

Sofía despertó a las dos de la mañana. Había dormido toda la tarde y no había rastro de Alejandro. Su marido no estaba a su lado, pero no le sorprendió. Ella misma le había pedido que se fuera a buscar otra compañía, no tenía ganas de empezar su vida marital. No quería hacer el amor con él si no había afecto. Él podía hacer lo que quisiera entonces. También tenía miedo, muchísimo miedo a la hora de que él reclamara sus derechos maritales. Así que si se buscaba otra mujer era más un alivio que una traición.

Extrañamente, sintió indiferencia. ¿Qué le pasaba? La idea de imaginarlo con otra mujer la dejó fría. ¿Sería del tipo de persona que una vez que obtenía lo que quería se desencantaba? Era verdad que cada vez que él la besaba sentía el cuerpo arder, sin embargo, se imaginaba que eso pasaría entre personas que se atraían. No quiso seguir dándole vueltas al asunto, con eso solo conseguiría darse cuenta de que no era diferente a su hermano o su padre. En Chile también eran las dos de la mañana y llamar a su hermano no sería muy inteligente, además, él pensaba que ella estaba en su noche de bodas.

Cuánta farsa.

Decidió salir a caminar un rato, encendió la luz y la encandiló, apretó los párpados para fruncirlos después, era el gran problema de tener los ojos claros, se dijo. Una vez que se acostumbró a la claridad vio la caja que estaba

en el suelo abierta con su contenido desparramado. De pronto sintió ganas de vomitar y ya no quiso salir, tampoco es que hubiese podido, sus piernas eran gelatina.

Alejandro estaba dejándose besar por una desconocida en su noche de bodas. La mujer, entusiasta, no había necesitado muchos estímulos para ofrecerle su dormitorio para pasar la noche y él había visto una oportunidad perfecta, pero no se sentía excitado con su figura tan delgada. Llevaba varios minutos buscando algo que le gustara y solo encontraba cosas que dejaban su libido muerta.

Era demasiado alta, sus pechos eran muy pequeños, sus piernas esqueléticas y formaban un arco entre ellas que le impedía cerrarlas, pero lo peor era su aroma.

Y Alejandro no se caracterizaba por ser delicado en absoluto, sin embargo, era algo que comenzaba a marearlo. Era perfume caro, sin duda, demasiado en su opinión. Fuerte y vulgar.

No era como la fragancia suave que usaba Sofía, un aroma a vainilla que no necesitaba nada más. Su propio olor natural era una mezcla lo bastante erótica para resultar embriagadora por sí misma.

«Sofía».

Visualizó a su esposa tal y como la había visto por última vez, acostada en la cama con un halo dorado bañando su piel suave como el terciopelo. Tan cálida y suave que la mujer entre sus brazos tomó su forma, tenía sus ojos, su sonrisa inocente, su tacto gentil y su amor infantil por él.

«Sofía».

Besó entonces los labios de la mujer que soltó un gemido, él lo escuchó asustado y nervioso, pero estaba muy lejos de serlo, porque la mujer gimió en claro reconocimiento. Tuvo un instante de lucidez cuando se tendió en la cama y se abrió para él.

«No».

Negó sin entender el motivo, solo lo hizo como una acción mecánica.

—No puedo hacer esto.

Retrocedió aturdido y vacilante. No podía, no debía, no quería.

—¿Qué sucede? —le preguntó la mujer sorprendida, momentos antes él se había mostrado entusiasta y de pronto parecía asustado.

—Debo irme.

—¿Pero por qué?

—No importa por qué, simplemente no puedo..., yo..., lo siento, creo que... —sin poder soportarlo más se dio la vuelta asqueado consigo mismo.

Salió confuso, era la primera vez que le pasaba algo así, se intentó convencer de que todo se debía al hecho de estar recién casado. Sus pasos lo llevaron a la piscina vacía y se dejó caer sobre una tumbona con la cabeza entre las manos. Acababa de cometer un error, sí, era cierto, pero había otro error que no lo dejaría en paz. Había dejado que su afán por vengarse de su padre tomara el control de su vida y había arrastrado a una inocente.

Era muy tarde para echarse atrás. Pero no para hacer las cosas bien.

Determinado a cambiar su táctica con Sofía, decidió que la chica merecía un hombre que la hiciera feliz y ya que abandonarla no era opción, lo mejor sería que él fuera ese hombre. Podría siempre que ella no descubriera sus planes.

Con esa firme convicción se dirigió al cuarto que compartía con su esposa, iba a mirar la hora para calcular si estaría despierta, pero no tenía su reloj, qué extraño, recordaba habérselo puesto antes del matrimonio, aunque era probable que no lo hubiese hecho, era un acto mecánico y podía habérselo saltado con la ansiedad que había tenido durante la mañana al tener presente que ese día se casaba.

Al entrar pisó la caja de preservativos por no querer encender la luz, maldijo por lo bajo por el ruido que había provocado y avanzó hasta la cama esperando ver algún signo de movimiento de su esposa. Sofía estaba acostada con la cara oculta en la almohada y por lo visto no lo había sentido aún.

Alejandro se quitó la ropa rápidamente para reunirse con ella, se desnudó completamente, pero antes de acostarse olisqueó la camisa y en su cuerpo percibió el olor del perfume de la mujer con la que había estado.

Bufando fue a la ducha para que Sofía no lo oliera en él y porque a él mismo le desagradaba.

Sofía lo escuchó llegar y también lo sintió cuando se quitó la ropa a los pies de la cama, pero en cuanto él se dirigió a la ducha la esperanza de que los preservativos en el suelo tuvieran una justificación, se esfumó.

¿Por qué un hombre llegaría a las dos con cuarenta y cinco minutos de la madrugada directamente a la ducha? El motivo era tan obvio que sintió asco.

Ella le había dado carta blanca para que él lo hiciera, pero que volviera junto a ella y pretendiera acostarse a su lado como si nada la puso enferma, sin embargo, pensó en su madre y su hermano. Alejandro tenía control sobre ellos

y ella no debía provocarlo.

No fueron más de cinco minutos que tardó antes de volver y acostarse, la cama cedió a su peso. Oía a jabón, Sofía apretó los párpados y evitó moverse, pero Alejandro no quería que ella lo ignorara, estaba muy excitado con la idea de romper las defensas de su esposa y comenzar su matrimonio como correspondía.

Se giró para quedar de lado, ella le daba la espalda por lo que con su mano retiró su larga cabellera dorada y besó las hebras deleitándose con su aroma a vainilla. Como ella seguía sin reaccionar besó la curva de su cuello y por fin logró que ella diera un respingo.

—Despierta, ángel. —La tentó con otro beso y un pequeño mordisco. Sus manos empezaron a recorrer su cuerpo cubierto por la colcha.

Alejandro sonrió cuando la respiración de su esposa se agitó. Era un triunfo.

—Siento lo de esta tarde, Sofía, no era mi intención hacerte sentir mal.

—No hay problema, no tienes que pedirme perdón —contestó finalmente para su total placer—. También reaccioné mal.

—¿Entonces estoy perdonado?

—Te he dicho que no tengo nada que perdonar. —Intentó zafarse de él, pero solo consiguió que Alejandro la buscara con desesperación.

—Quiero sentir que tu perdón es sincero, ángel.

—Te juro que...

Alejandro la interrumpió volteándola para dejarla de espaldas y él aprovechó para colocarse encima de su cuerpo.

Estaba completamente desnudo.

Y excitado.

Sofía se encontraba a su merced, pero Alejandro no parecía triunfante, se veía más nervioso que seguro ante su posición de ventaja.

Cuando la besó, ella supo que estaba perdida.



# CAPÍTULO 11

Fue un beso tan delicado que en cuanto comenzó Sofía no pudo negar lo mucho que lo deseaba.

Solo a él.

Era una locura que no podía frenar.

El beso dio paso a caricias tan necesarias que le pareció natural cuando las manos de Alejandro recorrieron sus piernas, y le dio acceso a ellas abriéndose para él. Su esposo dejó de besarla en la boca y se incorporó en la cama arrodillándose sobre ella.

—Ven —exigió y le tendió la mano. Sofía se arrodilló a su vez junto a él. Alejandro la besó de nuevo deslizando el vestido. Acarició sus hombros con las manos primero, pero luego le pareció insuficiente y recorrió con la boca la piel que iba descubriendo.

Suspirando de placer Sofía temió desmayarse. Era intenso y a la vez tan dulce que no podía detenerse una vez que había empezado. Abrumada se dejó desnudar como si no poseyera voluntad, aunque era probable que no la tuviera cuando se trataba de ese hombre.

Hábilmente él quitó la prenda y la arrojó al suelo sin cuidado alguno para observar en plenitud su cuerpo sin nada que lo cubriera salvo una braguitas diminutas. El aire se le estancó en los pulmones al contemplar sus pechos plenos y perfectos. Su mano tembló ligeramente antes de cerrarse sobre su henchido pecho para descubrir lo suave y tersa que era esa parte de su mujer.

—Son perfectos —susurró sin ser consciente de ello—. Eres hermosa, ángel.

Sofía tenía la entrepierna húmeda de deseo, con cada roce el fuego se intensificaba, no había vuelta atrás. Era su noche de bodas.

«Y él compró preservativos para acostarse con otra, quiere un hijo conmigo, pero compró preservativos».

La idea se instaló en su cabeza y aunque lo intentó, no pudo sacarla de ella. Se dejó recostar sobre la colcha mientras la besaba, pero su mente no estaba en el acto. Cuando Alejandro besaba su vientre e introducía los dedos en el elástico de las bragas no pudo soportarlo más.

«Él ha estado con otra mujer y la ha tocado como me está tocando ahora».

—Alejandro —llamó, pero su voz se escuchó lejana.

—Dime, mi amor. —Él se levantó ligeramente, cortando la caricia de su lengua sobre su piel—. Pídeme lo que desees que haga y lo haré.

—Detente. —La palabra cayó como una sentencia a un condenado para el hombre que, desconcertado, se separó como si su tacto quemara.

—¿Por qué, Sofía? —le preguntó perdido y de malhumor. La erección le latía, nunca se había sentido tan frustrado en toda su vida.

—Es que no quiero que me toques. ¿Es tan difícil de entender? —espetó duramente, tan herida como él. Despechada, se sentía asqueada consigo por ceder a la tentación—. No lo soporto.

—¿Cómo puedes ser tan cambiante? Hace unos minutos estabas deseando que te hiciera el amor.

—Me he dejado llevar. —Sofía se cubrió precariamente con la sábana, pero no era muy efectivo. Él ya la había visto.

—Oh, vamos, estabas tan caliente como yo. Deseabas tenerme enterrado entre tus muslos.

—Pero ya no... —la voz amenazó con quebrársele y fue perdiendo fuerza. Si Alejandro no hubiese estado desnudo, excitado y sin otro lugar a donde ir, probablemente la habría dejado sola, pero al no poder hacerlo fue testigo de la lucha interna que ella libraba. Su propio corazón era un lío.

—Mi amor, no llores, ángel, por favor, no llores, lo entiendo. No quieres hacer el amor conmigo ahora y está bien, Sofía. —Él la abrazó y acunó como si fuera una niña. Así se sentía ella. Totalmente indefensa y sola—. Lo entiendo, lo haremos cuando estés lista. No hay prisa. Yo no soy como Marco. ¿Me crees, verdad?

Rendida con todas las emociones del día ella no pudo negarlo. No podía decirle que lo que no quería era ser una más y que como sabía que para Alejandro ella nunca sería especial estaba empeñada en olvidarlo.

Cuando él besó su coronilla, Sofía no pudo contener sus lágrimas. Y lloró tanto que se durmió entre los brazos de su primer amor, del hombre con el que había soñado años atrás y que, aunque era su marido, jamás sería suyo.

Despertó cuando sintió una cosquilla en su oreja y se negó a moverse en primera instancia.

—Despierta, ángel, he pedido el desayuno y no tardará en llegar.

La joven levantó la cabeza y se encontró con su marido bajo ella que acariciaba distraídamente su cara.

—Alejandro...

—Esposa —la saludó—. ¿Has descansado bien? Has dormido mucho, por cierto, pero no he querido molestarte.

—Sí, he dormido bien. —Como hacía días no dormía, recordó el motivo de su falta de horas de sueño e intentó apartarse, pero él la sujetó con más fuerza—. Pero no has debido dejarme dormir tanto.

—Desayuno en la cama —dijo ignorándola—, hoy no deseo levantarme y espero que a ti tampoco te apetezca.

—Lamento romper la fantasía romántica que quieres crear, pero no estoy de ánimo y dudo estarlo alguna vez.

—Mi amor...

—No me llames así —lo interrumpió bufando. Una dama molesta. Digna y bella, pero molesta.

—Sofía, no vale la pena luchar más. Me he equivocado, lo asumo, ambos hemos subestimado el poder que cada uno ejerce sobre el otro. —La obligó a recostarse a su lado tocándola solo lo necesario para forzarla a mirarlo—. Ya no quiero luchar más contra esto.

—¿Qué es esto? —recalcó su última palabra.

—No lo sé, solo sé que me hace feliz estar contigo, me siento cómodo, comprendido. No sabría explicarlo, pero sí sé que si nos das una oportunidad podría funcionar. —¿Podría funcionar? ¿Él podría cambiar? ¿Por ella?

—¿Cómo sé que no te cansarás en unos años?

—¿Cómo sabes cuánto viviremos? —preguntó a su vez—. No te estoy prometiendo eternidad, pero podemos intentarlo. —Buscó su boca con la suya y mordisqueó sus labios suavemente—. Ir lento y ver cómo se nos da.

—No sé...

Él continuó con la caricia sin escucharla. Estaba solo besándola, pero se sentía tan bien que Sofía se lo permitió.

Despacio, Alejandro fue profundizando el beso, introduciendo su lengua dentro de la cavidad húmeda de su boca. Sofía se lo permitió con un gemido de abandono que dejó en claro su total rendición.

El hombre aprovechó el estado de letargo en que ella estaba sumida para ponerla bajo su cuerpo y recorrer con sus manos la piel desnuda de su esposa. Nunca había tocado una figura tan suave y nada en la vida había sabido tan bien. Iba a comenzar el descenso por su cuello cuando llamaron a la puerta.

—Maldición —se quejó—. No debí pedir el desayuno tan temprano. —Sofía agitó su cabeza negando ante su evidente frustración.

—Iré yo. —Quiso ponerse de pie, pero Alejandro la empujó sobre la cama delicadamente, ella se apoyó contra las almohadas y lo miró sin entender.

—No, voy yo. Tienes un aspecto exquisito por la mañana y no quiero que nadie te vea así salvo yo.

La besó por última vez antes de ponerse un albornoz y abrir la puerta. Sofia escuchó a un joven intercambiar palabras con él. No quería pensar en lo que acababa de consentir. Alejandro tenía el control de su vida y también de su corazón, se arrepentiría en un futuro, cuando él se diera cuenta de que ella no era una mujer mundana que sabía qué hacer para complacerlo. Para entonces ella estaría totalmente enamorada. Sufriría mucho, pero un instante siendo amada por él quizás lo mereciera. Una vez que volvió y en su rostro se dibujó una sonrisa pensó que bien lo valía.

—Le he pagado a ese chico una cantidad más que generosa en propina — comunicó quitándose el albornoz sin pudor después de dejar el carrito en el costado de la cama.

Estaba gloriosamente desnudo y Sofia apartó la vista.

—Deberías cubrirte.

—¿Por qué? Eres mi mujer y tendrás que verme desnudo para hacer el amor. ¿O eres de esas que prefieren las luces apagadas? O peor aún. ¿Eres de las que no se desnudan? —bromeó y Sofia se encendió como un farol.

—No sé —susurró tan bajito que Alejandro no supo con seguridad si había hablado o no, por lo que se acostó a su lado en la cama para besar el lóbulo de su oreja. Hasta su oreja era perfecta se dijo mientras la mordisqueaba—. No sé de qué tipo de mujer soy porque nunca..., ya sabes.

—Lo sé, mi amor. —Sofia se estremeció cuando el aliento cálido de Alejandro acarició su piel.

Era tan difícil negarse, sin embargo, esa faceta de Alejandro ¿era la definitiva? Quería creer que sí, pero nada le aseguraba que así fuera. Era un hombre lleno de matices y contrastes que, a pesar de su naturaleza apasionada, era indomable.

Mientras comían él le hablaba de la firma de un contrato muy importante para su empresa vitivinícola, le explicó cada negociación con detalle y le habló de las reuniones que había sostenido con sus nuevos socios en Portugal.

—La barrera del idioma fue el escollo más grande —dijo—, pero, por fortuna, Nicolás es un experto en relaciones públicas y un políglota inmejorable.

—¿Nicolás Shaw, tu padrino?

—El mismo.

—No sabía que era amigo tuyo hasta ayer —espetó ella recordando la desagradable escena que el hombre había tenido que presenciar.

—No somos amigos. Yo no tengo amigos.

—¿Nadie? —inquirió asombrada.

—Sí, una... tú. —Movi6 el carro dejando sus tazas de caf6 sobre ellas para capturar sus labios—. Tú eres mi amiga. No necesito a nadie m6s.

—Pero..., Alejandro... —6l no la escuchaba, estaba absorto besando su tentadora boca.

—D6jame llegar hasta el final, Sof6a.

Ella estaba tentada y el roce de la piel desnuda de su marido era un afrodisiaco muy potente. Necesitaba quitarse las braguitas. Era escandaloso, no obstante, no se lo parec6a en ese momento. Solo exist6an ellos en el mundo, todas las experiencias pasadas se borraron de la mente de la joven. No hab6a angustia ni miedo, solo 6l.

Estaba segura.

—No pares, Alejandro.

—No... no, mi amor, no podr6a.

6l bes6 la curva de su cuello y ella separ6 los muslos instintivamente. Sab6a algunas cosas te6ricas, pero nada la podr6a haber preparado para la inmensidad de lo que estaba sintiendo. El tacto de su piel, la respiraci6n agitada, los besos ansiosos y el aroma de sus cuerpos juntos era superior a sus fantas6as. A pesar de la confianza que ella depositaba en 6l, Sof6a se sent6a torpe y Alejandro llevaba la voz cantante todo el tiempo. Iba besando su piel hasta llegar a sus pechos sin vacilaci6n. Era un maestro y sab6a qu6 piezas tocar para que ella no tuviera capacidad de retractarse.

—Me encanta tu cuerpo —confes6 separ6ndose antes de inclinarse sobre su pecho derecho—. He fantaseado con esto demasiadas veces.

Tom6 el pez6n con la boca arranc6ndole un gemido profundo a la joven bajo su cuerpo. Alejandro gozaba del placer de someterla y someterse. No val6a la pena seguir negando sus sentimientos por ella. Estaba descubriendo lo que era querer a otra persona y velar por su bienestar.

Si ella gozaba, 6l tambi6n.

No hab6a m6s que a6adir.

La caricia de las manos de su esposa en su pelo lo enterneci6 por la

inocencia del acto. No era lujurioso, era dulce. Ella era dulce y virgen.

Bebía de su pecho como un niño con las mejillas sonrojadas y dio gracias a que ella no pudiese verlo. Estaba nervioso. Patético dada su amplia experiencia, sin embargo, era diferente con ella. Alzó la vista para contemplarla y se encontró con sus ojos mirándolo fijamente. Él se perdió en su mirada.

—¿Cómo no me di cuenta antes? —preguntó sobre sus labios a sabiendas que ella no podría responderle—. ¿Cómo te dejé pasar?

—Tú estabas con mi hermana —murmuró en respuesta.

—Fue un error. Un error del que me habría arrepentido después... —Su expresión cambió para parecer incluso vulnerable—. Dime si quieres parar.

Se besaron otra vez empapados de otro sentimiento. Sofía podía declarar que era amor. Que nunca dejaría de sentir amor por él. En medio del beso, Alejandro recorría sus piernas con las manos, pero el obstáculo de las bragas lo hizo blasfemar.

—¿Te molestaría si te las rompo? —Ella rio ante su urgencia y asintió.

—Me molestaría, sí.

—Bruja.

La risa se atascó en su garganta cuando él la despojó de su ropa interior de un tirón. Sofocó un grito cuando la osada mano de su marido hurgueteó entre sus piernas y se introdujo en su humedad.

—Estás muy mojada, mi amor, y yo estoy muy duro.

—Alejandro. —Jadeó agónica.

—Relájate. Disfruta esto. —Continuó con sus caricias presionando primero la mojada cavidad y penetrando con un dedo la vulva húmeda, para luego trazar círculos sobre el botón de nervios que Sofía desconocía que tuviera tanto poder sobre ella.

—Oh, cielos. —Gemía descontrolada con las manos aferradas a la sábana. Él sonreía y parecía controlar sus emociones, pero la gota de sudor que corría por su espalda y se perdía en sus nalgas delataba lo cerca que estaba de claudicar.

Sofía instintivamente movía las caderas para que estas se encontraran con su mano.

—Acaba, mi amor, acaba para mí —le rogó y ella se dejó ir con su súplica que lo hizo apretar los dientes para no eyacular.

—Oh, Dios. —Aturdida, pero no saciada completamente, la mujer abrió

los ojos para verlo sobre ella.

—Tú... si quieres parar solo debes decirlo.

—No quiero parar. He sido tuya desde hace tanto tiempo que... —se interrumpió para tomar aire con una bocanada—, solo sigue.

—Intentaré ser delicado.

Ella asintió confiada. Él no la lastimaría.

Con esa confianza dejó que se acomodara sin perder el contacto visual para darle valor. Sofía pudo sentir cuándo la punta roma de su sexo tanteó su entrada y comenzó a penetrar lentamente. Era una tortura deliciosa. Su miembro era grueso y la dilataba a medida que entraba, pero resultaba incómodo. Iba a gritar porque había dejado atrás el placer y solo sentía agujonazos de dolor.

Era consciente de la expresión de sufrimiento de su cara, pero Alejandro, que estaba atento a cada gesto, no pudo ignorarlo y se retiró antes de dar con la barrera de su inocencia.

—¡No! No pares, Alejandro.

—Estás incómoda. No importa.

—Pero yo...

—No pasa nada —la intentó tranquilizar—. Iré a darme una ducha. Tranquilízate, es común que ocurra esto.

Era mentira. Él no tenía idea si era algo común o no, ella lo vio en su expresión contrariada.

# CAPÍTULO 12

Humillada y herida, Sofía lo vio partir en dirección a la ducha. Ella también necesitaba un baño, su última ducha había sido antes de acostarse, la requería con urgencia.

¿Qué había pasado?

No había podido hacer el amor con su marido, nunca había escuchado algo semejante. Se imaginaba que la primera vez dolía, pero el dolor había sido mucho peor de lo que pensaba y estaba desconcertada. ¿Tendría algún problema? ¿Por qué?

Cuando por fin estaba llegando al corazón de su esposo ocurría eso. Habría deseado poder llamar a alguna amiga para hablar del tema, pero la humillación era superior a cualquiera que hubiese experimentado y no se creía capaz de hacerlo sin morir de vergüenza. Alejandro tardó quince minutos en volver, lo cubría una toalla y la piel le brillaba de humedad.

—Necesito un baño —dijo Sofía ocultando el rostro de su escrutinio, pasó por su lado sin levantar la cabeza. Él luchó contra las ganas de estirar la mano y hacerla voltear.

—Está bien, yo... esperaré a que salgas y...

—Bien.

Incómodos, se dieron la espalda y Alejandro se dejó caer de cualquier forma en la cama que momentos antes había sido testigo de su lujuria y su fracaso. Nunca se había enfrentado a una situación ni remotamente parecida, de seguro de habersele presentado habría dado media vuelta y se habría ido, pero con Sofía no.

Sofía era su esposa.

Esperó a que saliera de la ducha para hablar con ella sobre lo que había ocurrido. Sabía de parejas que tenían problemas a la hora de hacer el amor. No era algo anormal, además, claramente no era frígida porque había alcanzado el orgasmo.

Se acostó con la vista clavada en la puerta.

No podía seguir dilatando más la confrontación con su marido. Era el fin de su sueño romántico. Por un momento se aferró a la esperanza que él estuviera durmiendo o que hubiese salido, pero descartó la idea por absurda. Se dio ánimos y salió a su encuentro. Su marido estaba sentado en la cama con



la espalda apoyada en la almohada.

—Acuéstate. —Ella lo hizo como una autómata—. No tienes que tener miedo.

—No lo tengo..., si he de sentir algo no es precisamente miedo.

—¿Te había pasado antes? —Por la mirada aireada que ella le dirigió supo que la pregunta había estado pésimamente formulada, no necesitaba preguntar para saber que lo más cerca que había estado de intimar con un hombre había sido con Marco y no había sido algo digno de lo cual hacer mención—. Me refiero a..., bueno.

—Sé lo que quieres decir y no, nunca.

—Quizá ha sido porque estabas nerviosa.

—No creo.

—No soy monstruosamente grande —confesó—, no supero la media.

—Entiendo.

—¿Te...? —No sabía cómo formular la siguiente pregunta, ya que con la anterior se había desubicado. Tomó aire—. ¿Te ha desagradado mucho?

—He sentido que me partía en dos —confesó ella.

Sin tocarse ambos se miraron. Alejandro realizó un movimiento tan brusco para buscar sus ojos que el cuello crujió, sin embargo, pareció no advertirlo.

—Lo siento —susurró avergonzado—. Si lo hubiese sabido jamás lo habría intentado.

—No es tu culpa. —Nuevas lágrimas se acumularon en sus ojos, parecían dos piedras jade tan puras que Alejandro no se resistió a la tentación de consolarla—. He sido yo.

—No, no eres tú. No pasa nada. Lo arreglaremos. —La acunó entre sus brazos como si fuese una niña pequeña.

—¿No estás molesto?

—No, ángel, no lo estoy.

Entre temblores ella se dejó reconfortar sumisa. Lloró hasta cansarse y volver a dormirse, pero fuera de eso no dijo nada más. Tendrían que enfrentar el incidente, juntos.

Cuando Sofía despertó Alejandro ya no estaba a su lado, supuso que estaría en el baño, pero no escuchó ruidos que así se lo confirmaran.

La escena de la mañana no dejaba de aparecer en su mente. No entendía el motivo, pero no solo había dolido la invasión, sino también el tacto de Alejandro. Fue más que dolor, había experimentado verdadero pánico al

sentirlo sobre ella. Y lo peor es que durante todo el acto estuvo consciente de quién le hacía el amor.

Era Alejandro, pero se había sentido como si fuese...

«Marco».

El nombre le taladró la cabeza y un dolor punzante se instaló allí.

—Oh, Dios. —Gimió y la bilis se le subió a la garganta—. No puedo estar comparándolos. No puedo.

Pero lo hacía. Había algo en la posesión de Alejandro que le había recordado a esa fatídica noche. Corrió hacia el baño donde vomitó lo que había ingerido en el desayuno, su cuerpo se sacudía por las arcadas hasta que su estómago se vació. Entre lágrimas se quedó arrodillada varios minutos frente al inodoro con el ácido gusto en la boca.

«¿Cómo se tomará Alejandro esto?», se preguntó, tal vez lo mejor era callarlo. Seguramente se ofendería y ella no sería capaz de mirarlo a los ojos mientras se lo confesaba.

Temblando y con la firme convicción de no mencionar tan vergonzoso asunto, tiró de la cadena y se lavó los dientes. Recordó que debía llamar a Ricardo y consideró que era lo mejor para distraerse. Su aspecto era espantoso por lo que vio en el espejo, claro que no importaba porque su hermano no podría verla.

Ricardo acababa de salir de la ducha cuando llamaron por teléfono. Había tenido una noche muy movida después de dejar a Berenice en su casa, habló con María que le pidió que se cuidara y que la llamara.

¡Esa mujer era tan buena que le tenía aprecio aun siendo el bastardo de su esposo!

Después se fue a un bar con unos amigos, le había gustado una chica que lo había mandado a paseo después de que él le pagara una copa de gin-tonic. La única mujer que valía la pena estaba al otro lado de la línea. Lástima que fuera su hermanita.

—¡Hola! —la saludó—. ¿Cómo estás, hermosa?

—Cansada.

—No quiero detalles sucios.

—No es eso... —la voz se le quebró y Ricardo masculló una maldición. Si Alejandro le hacía algo, se lo haría pagar muy caro.

—¿Estás bien, pequeñaja?

—No.

—¿Qué te ha hecho ese imbécil? Cuando lo tenga enfrente lo voy a partir en dos con una motosierra.

—No ha hecho nada malo. Soy yo.

—Si me pagaran por cada vez que dices eso sería rico. —Suspiró—. ¿Qué ha pasado?

—No he podido... hacerlo. No he podido consumir el matrimonio. —Ricardo apostaba que su hermana estaba deprimida por eso, pero él se encendió como un farol ante la información.

—¿Q... qué? —tartamudeó aturdido.

—No pudo hacerlo..., me... me dolía y paramos. Me siento fatal.

—Oh, hermana.

—Me siento un fracaso.

—¡No te atrevas a culparte! Mira, yo de esas cosas no sé mucho, pero podría llamar a mi mamá y preguntarle... ¡maldición! María debería saberlo también, ella siempre sabe qué hacer.

—Pero mi madre no puede comunicarse conmigo.

—¿Y eso?

—Es mejor que no lo sepa, ella es tan transparente que terminaría contándoselo a Berenice.

En eso tenía razón, Ricardo se sentó en la cama sin saber qué más decir. Estaba sorprendido con lo que se había enterado. Se imaginaba que Alejandro no se lo habría tomado muy bien.

—Pero no te he llamado por eso. —Se recompuso la chica. Era mejor así. No quería que su hermano se preocupara de más y él tampoco podía darle una solución—. ¿Qué pasó con Berenice?

—La dejé en el vertedero... en pedacitos... muy pequeños. —Sofía resopló—. La dejé en su casa, claro, tonta.

—Pero ¿cómo estaba?

—Histérica, llorando por su hombre perdido. Dijo muchas tonterías. —Y una en particular que lo había asustado, pero confió en que fuese una idea nacida del despecho—. No es nada nuevo, en todo caso.

—Me da tanta pena.

—Tienes cosas más importantes en las que pensar que en esa loca de patio. Por cierto, llamó el abuelo, dice que te vio en televisión y que te estabas hermosa, yo quise hacerle ver la realidad, pero estaba baboso por su nieta favorita —en la voz de su hermano se notaba el cariño que le tenía a ese viejo

cascarrabias que lo había querido cuando su padre le dio la espalda tan cruelmente.

—Lo echo de menos. Llevo mucho sin verlo.

—Desde que compró esa parcela en Buín es cada vez más difícil verlo. Viejo egoísta.

Su abuelo era el hombre que Ricardo más quería en el mundo. Siempre recurría a él. Y era el momento de hacerle una visita.

Alejandro se había levantado temprano dado que había encontrado la solución al problema de su matrimonio, después de hablar con la farmacéutica.

La mujer primero lo miró sospechosamente, pero cuando le aclaró que estaba de luna de miel y que su esposa y él no habían tenido intimidad antes del matrimonio, la mujer lo miró con otros ojos. Ella le dio el nombre de una reputada ginecóloga.

La doctora Catherine Rutledge.

No le había preguntado nada, solo había llamado para pedir una hora y tenían una para ese mismo día por la tarde. Si todo salía bien podrían superar el problema rápidamente, y él estaba seguro de que así sería.

Camino a su habitación una mujer lo interceptó, puso la mano sobre su brazo y lo detuvo. Alejandro apostaba que la había visto antes, hasta que la recordó.

La mujer del bar. La que había dejado en la cama la noche anterior de manera muy poco caballerosa. Avergonzado y maldiciendo a su orgullo que lo había llevado hasta esa mujer, la encaró dispuesto a pedirle disculpas, pero ella se le adelantó:

—¿Estás apurado? Anoche te fuiste muy rápido.

—Lo estoy, sí —contestó quitando la mano con perfecta manicura de su brazo—. Debo volver con mi esposa. —El rostro de la mujer se descompuso y él quedó con la disculpa en la garganta.

—¿Estás casado? —preguntó con asco—. Bastardo infiel —escupió.

—Sí, estoy casado y lo de anoche no debió pasar y en lo que a mí respecta no pasó —amenazó haciendo que ella retrocediera, intentó serenarse para que ella no pensara que podría infringirle un daño físico, pero no retrocedió para que no se sintiera del todo segura.

—Perfecto. —Despectivamente se dio la vuelta. Odiaba a los hombres infieles. Los depreciaba. Metió la mano en su bolso y palpó el caro reloj del idiota que, teniendo esposa, buscaba aventuras y pensó en su exmarido. Cuánto

habría dado ella por saber de antemano cómo era. Tal vez la esposa de ese tipo estaba a tiempo aún, con esa convicción se marchó hasta su habitación. Tenía cinco días para hablar con la engañada mujer.

—¿Sofía? —Escuchó la joven que su marido la llamaba y se dio la vuelta para verlo aún con el teléfono en la mano.

—Te llamaré luego —dijo al teléfono y lo indicó para que Alejandro lo viera—, sí, claro que te llamaré. Adiós y cuídate. —Pausó para oír lo que le decían al otro lado—. Gracias. Yo también.

Y colgó.

Sofía se entretuvo guardando el teléfono en el cajón y de ese modo dilatar el enfrentamiento. Fue Alejandro el primero en romper el hielo y, carraspeando para aclarar la voz, preguntó:

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias... —incómoda, se mordió el labio para no sacar el tema de su comportamiento en la cama... o su nulo comportamiento más bien.

El hombre se acercó hasta ella para rodearla con los brazos. Ella no advirtió su intención hasta que ya se encontraba entre ellos. No le devolvió el gesto, pero tampoco lo rechazó. Sus hombros se sacudieron con llanto contenido, a Sofía le sorprendió que aún le quedaran lágrimas por derramar. Se sentía patética por ello. Se estaba convirtiendo en una llorica.

—He llamado a un médico. Una mujer. Es una muy buena ginecóloga —le dijo suavemente—, quería asegurar la cita primero, pero si no quieres ir a verla es tu decisión.

Sofía le devolvió el abrazo aceptando la ayuda y Alejandro, que hasta ese momento no se había dado cuenta de lo tenso que estaba mientras esperaba la respuesta, en cuanto ella no lo rechazó, liberó el aire que estaba conteniendo en los pulmones.

La doctora Catherine Rutledge no estaba teniendo uno de sus mejores días. Acababa de confirmarle el embarazo a una joven de quince años, hija de un político bastante popular y la chica había preguntado por un aborto. Había salido con la firme convicción de que no tendría al bebé.

Era muy joven, había dicho, y ella estaba cansada de escuchar el mismo argumento, aunque reconocía que se debía tener coraje para tomar una decisión tan cruda y tener un corazón de hielo para ejecutarla.

La profesión más bella del mundo no era ser médico como muchos decían. No, eso radicaba en la vocación y la pasión que se le pusiera a cada cosa.

Lástima que en la suya nunca se dejaba de aprender y cada paciente era un mundo, además.

Esperó que el siguiente caso no la dejara tan mentalmente agotada como el anterior. Estaba cansada de lidiar con su propia moralidad. Despejó la mente y apretó el comunicador.

—Lita —dijo a su secretaria—, haz pasar a la próxima paciente.

—Sí, doctora.

Al segundo entró una pareja. Parpadeó encandilada. Parecían dos ángeles dorados.

—Buenas tardes —saludó la mujer tímidamente y con la mirada congestionada, con el hombre tras ella que masculló un saludo cortés.

—Buenas tardes —inmediatamente supo el país de procedencia. Ese tono sin acento era único en el mundo—, tomen asiento, por favor —indicó sonriente, adoraba hablar con extranjeros. Eran tan coloridos.

Ambos lo hicieron, pero él caballerosamente retiró la silla de su mujer. Cuánto romanticismo en un solo gesto.

—Gracias.

—Díganme qué les trae por aquí. —La mujer, azorada, balbuceó algo, pero no dijo nada. Su pareja tosió incómodo y comenzó:

—Bueno, veré —con voz profunda y ronca, pero no al extremo capturó su atención—, mi esposa y yo tenemos problemas para tener relaciones sexuales.

—La médica frunció las cejas.

—¿Cuándo comenzó?

—Desde anoche. Nosotros no hemos tenido sexo. —¡Cielos! La sonrisa que afloró en sus labios era de genuina dulzura—. Mi esposa es virgen. —La mujer asintió comprendiendo, había tenido casos similares.

—Entiendo perfectamente que usted no lo es, señor...

—Forrester —aclaró rápidamente—, y no, yo no lo soy.

—Yo... no sé qué pasó, pero me dolía y Alejandro tuvo que parar —siguió la mujer. Era muy joven, tendría algo más de veinte años, para comprobarlo miró la ficha disimuladamente. Veintidós. Una niña.

—¿Has tenido alguna relación traumática con el sexo opuesto? —Era una pregunta muy personal, más aún estando su marido presente, pero muy necesaria.

—Yo... —La muchacha buscó la mirada de su marido antes de negar lentamente, tal reacción alertó a la doctora.

—Entiendo. —No lo hacía en realidad, pero no lo diría. Tenía ya una sospecha sobre lo que estaba pasando con ella—. Vamos, acompáñame. Te examinaré.

La mujer la siguió, y ambas dejaron al marido solo. Le indicó que se quitara la ropa y se pusiera la bata para realizar el procedimiento.

—¿Lista? —La muchacha cabeceó afirmativamente mientras salía—. Acuéstate en la camilla. —Palpó y examinó, incluso tomó ecografías, cuando iba a aplicar la transvaginal, ella se quejó.

Y la facultativa confirmó su diagnóstico. La parte desagradable era decirlo. Muchas mujeres se sentían apabulladas con ello, indicándole a Sofía que se sentara en la camilla, la galena procedió a explicar su patología.

—¿Has escuchado hablar del vaginismo? —La joven negó sorprendida.

—No, pero suena horrible.

—Suena peor de lo que es —la tranquilizó serenamente—, los músculos de la vagina en su tercio inferior sufren de contracciones involuntarias que impiden la penetración. No es muy común y a las mujeres poco se les habla del tema, pero es reversible si se trata.

—¿Cómo? —genuinamente interesada ella la interrogó con sus luminosos ojos verdes claro.

—Lo primero, y es bueno que tu marido no esté cerca, es saber por qué tienes miedo. ¿Alguna mujer de tu familia tuvo problemas en algún parto?

—No, nadie que yo sepa. Mi madre tuvo dos hijas de forma natural, sin cesárea quiero decir.

—Entonces tu miedo no va por ese lado. ¿O no quieres tener hijos?

—Sí, claro que sí.

—¿Tienes alguna idea?

—La verdad, sí..., yo creo saber por qué.

—No sientas vergüenza. ¿Tiene algo que ver con un hombre? —cuestionó con todo el tacto que pudo.

—Sí, mi exnovio intentó forzarme. —Consternada, la galena observó cómo la barbilla de la muchacha temblaba—. Alejandro impidió que terminara, pero me da muchísima vergüenza. Muchísima.

—Alejandro es tu marido, ¿verdad?

—Sí, es mi esposo, doctora. —Catherine le sonrió suavemente. Así que el esposo había sido testigo y su héroe.

—¿Qué fue exactamente lo que pasó, Sofía?

—Marco era mi novio... o algo así. —Catherine alzó la ceja.

—¿Sería muy invasivo de mi parte si pregunto a qué te refieres? —Sofía lo meditó un segundo para luego negar.

—No, no. Está bien. Mi padre quería que me casara con Marco, pero yo no sentía nada por él..., yo no quería intimar, pero un día... —La joven comenzó a temblar ante el recuerdo.

—Tranquila, ya entiendo. Entonces comenzaste una relación con tu actual esposo, ¿verdad?

—Sí, pero él no me pidió tener intimidad.

—¿Cómo es la relación con tu marido? ¿Cómo era durante el periodo de noviazgo? Ya que son recién casados dudo que tu problema sea provocado por la convivencia.

—Fue un romance poco convencional..., él era hasta hace poco..., quiero decir, él estaba de novio con mi hermana mayor. —Por respeto la mujer no dio un silbido, pero casi se le escapó. Intentó disimular la sorpresa.

—Y la relación con tu hermana, ¿cómo está?

—Mal, tampoco es que estuviéramos particularmente muy unidas antes de esto, pero..., bueno, es difícil.

—¿Eso te ha provocado inseguridad? —Los ojos de la joven recién casada brillaron sospechosamente, asintió, pero ella lo sabía. Ese no era el problema, tenía relación, pero el meollo del asunto era que no estaba segura del amor de su esposo y tenía miedo a decepcionarlo en la cama.

Tendría que hablarlo con él.

Le dijo que se vistiera y que se reuniera con ellos afuera, mientras aprovecharía para hablar con el esposo para aclarar con él el asunto.

Alejandro no era una persona paciente y en más de una ocasión durante los minutos transcurridos quiso entrar y saber lo que tenía Sofía. Incluso se arrepentía de haberla llevado. Al aparecer la doctora luchó contra la urgencia de ahogarla con las preguntas que se arremolinaban en su mente y se atascaban en su garganta y solo porque ella se le adelantó a hablarle:

—Lo primero que debo decirle es que es usted un buen marido.

—¿Disculpe? —Totalmente sorprendido sus ojos azules brillaron con sospecha.

—Muchos hombres en su situación habrían culpado a la mujer por su problema o intentado forzar la penetración de todos modos. Usted, sin embargo, pidió ayuda profesional.



—No la sigo.

—No soy psicóloga, pero en la escuela de medicina se nos prepara para atender personas, no cuerpos y por ello me tomo la libertad de hacer uso de la facultad que me da el título. —Tanta palabrería debía ser necesaria, pero por el momento él seguía sin entenderla—. El problema de su esposa es más psicológico que físico. Sufre de vaginismo. —A grandes rasgos le explicó lo mismo que ya había explicado a Sofía momentos antes.

—¿Y qué debemos hacer? —Qué dulzura de marido, no preguntaba por lo que debía hacer ella, sino lo que debían hacer juntos. Era extraño que ella estuviera insegura con un hombre tan atento como ese.

—De momento ir poco a poco y usar dilatadores.

—Explíqueme.

—Son de goma y ligeros, los hay de diferentes grosores. A su esposa le convendría empezar con uno delgado, no más ancho que un dedo. —El hombre se veía concentrado en lo que ella decía y eso le agradó más todavía. No veía el lado morboso del asunto.

—Mi esposa y yo estamos de luna de miel, tenemos varias semanas. ¿Ese tiempo será suficiente?

—Si lo que le preocupa es la estadística de casos que llevan años resolver, no se preocupe, señor Forrester, la estadística solo es una asignatura en la universidad para justificar lo que vale una carrera. No la ocupamos. Yo no creo en ella. Cada caso es diferente, su esposa lo tiene a usted y ella es una mujer joven y sana. —Sonriéndole cándidamente la doctora cambió el tono de su voz para susurrar—: Lo único que debe hacer, señor Forrester, es darle seguridad, tiempo y escuchar lo que ella tenga que decir.

Él aceptó eso con un suspiro, pero no pudo decir más porque su mujer apareció. Hubo un intercambio de miradas que la profesional no supo interpretar y que tampoco le correspondía hacer.

Explicó lo que debían hacer como pareja, a partir de entonces ambos estuvieron muy atentos y luego se fueron. Él con una sonrisa determinada y ella más tranquila.

Catherine no tenía la certeza, pero apostaba que no les duraría mucho el problema. No volvió a pensar en la hija del político y su aborto, ahora tenía otro tema en que pensar, se dijo.

Camino al hotel, Alejandro se detuvo en uno de los establecimientos donde la doctora les había recomendado comprar los dilatadores. Compró cuatro de

diferentes grosores, pero no quiso probar con más cosas, aunque el vendedor se empeñó en convencerlo.

Él podía perfectamente excitar a su mujer, no necesitaba nada más que sus manos y su boca. Sofía había esperado fuera a que él volviera y cuando lo vio aparecer evitó mirarlo a los ojos.

—Lo siento tanto —se disculpó otra vez. Estaba comenzado a resultar pesado, pero él solo asintió y no quiso decir algo referente al asunto que resultara hiriente, la médico había dicho que debía ser paciente y él lo sería.

—¿Quieres ir a la piscina o prefieres que recorramos la playa?

—Un paseo me vendría bien —reconoció sin miramientos.

Sin hablarse, Alejandro le dio la mano y para su sorpresa Sofía no lo rechazó.

# CAPÍTULO 13

No había habido suerte esa mañana para Ricardo. No querían contratar ingenieros sin años de experiencia. ¿Cómo podría tener experiencia si no encontraba trabajo? Estaba desesperado.

Cuando dieron las cuatro de la tarde decidió tomar el tren que lo llevaría a casa de su abuelo con un pequeño bolso donde llevaba ropa para quedarse con él. No le había dicho nada, pero su abuelo si bien fingiría que le fastidiaba su presencia estaría encantado con tenerlo en su casa para jugar al ajedrez. Podían pasar horas haciéndolo.

Cada vez que viajaba en tren tendía a olvidarse del mundo, si bien adoraba el bullicio de la capital y lo hacía sentir vivo, desconectarse por un poco de tiempo le venía perfecto para ese momento.

El vagón se fue vaciando paulatinamente a medida que aparecían las estaciones, pero él se bajó antes de que llegara al zoológico donde se bajarían los ruidosos niños con sus padres. La primera vez que él fue lo hizo con su abuelo y su hermana y le gustaron mucho los leones. Claro que Sofía quedó encantada con las aves como no podía ser de otro modo para alguien que amaba los colores y la libertad.

La casa de su abuelo era una hacienda en toda regla. Podía parecer muy grande para un anciano viudo, pero cumplía con las expectativas que el hombre se había impuesto.

Ricardo poco sabía de la vida de su abuelo antes de conocerlo, solo que llevaba varios años viudo y que la relación con su hijo mayor era mala, por otro lado, tenía dos hijas más de las que Ricardo se alegraba conocer solo superficialmente.

El abuelo merecía más que los hijos que le habían tocado.

Vio a lo lejos la casa y apuró el paso.

Sofía se arrodilló para alcanzarle la pelota a un niño con una hermosa sonrisa que, hasta ese momento, Alejandro no sabía que extrañaba ver en su rostro. ¿Cómo podía llegar hasta ella sin involucrarse más de lo que ya estaba?

Comenzaba a temer de Sofía. La inocente Sofía.

¿Sería muy desconsiderado de su parte si le proponía volver a la habitación? Probablemente.

Antes tenía que hablar con ella sobre cómo se sentía, ella lo había evitado groseramente, pero la comprendía. ¿Cómo podría no hacerlo? Estaba viviendo cambios importantes en su vida sin una amiga, madre o hermana que la acompañara.

Solo él. Su marido.

Cuando volvió a mirarlo, él no pudo resistir la tentación de besarla frente a los niños que jugaban en la playa, bajo la vigilancia atenta de sus padres. Ella en un principio no le correspondió, pero finalmente fue rindiéndose a medida que el besaba cariñosamente sus labios bebiendo de ellos. No era un beso pasional, porque estaban rodeados de curiosos, pero igualmente emocionante.

La joven tenía las manos hechas puños en su camisa sin decidirse a tocarlo más. Cuando tuvo valor, las movió dudando y recorrió el contorno de su rostro con sus suaves manos sintiéndolo áspero bajo su tacto. Le hacía falta afeitarse.

—Vamos al hotel, mi amor.

Y Sofía no encontró modo de negarse, se dejó llevar por él hacia el lujoso hotel donde estaban pasando su luna de miel. No había espacio para dudar, aunque Sofía no sabía qué podía resultar de su incursión. Alejandro llevaba un paso decidido y confiado, pero internamente estaba nervioso.

Llevaba años perfeccionando una fachada de seguridad que hasta ese momento le había resultado sencilla y casi automática, para contar buenas mentiras era trascendental ser convincente y la clave de la convicción era una buena caracterización. Pero siendo sincero estaba por estallar.

No había garantías sobre cómo se daría ese contacto sexual, probablemente no pudiera penetrarla, claro que eso no impedía que fuera placentero. Él se encargaría de que lo fuera estimulándola, complaciéndola hasta que se sintiera cómoda, además, ya había tenido un orgasmo con él. Eso debía contar algo, ¿no?

En la habitación reinaba el silencio mientras se miraban evaluativamente, Alejandro dejó la bolsa sobre la cama sin perder la conexión visual, se acercó hasta Sofía y la rodeó con sus brazos, descansando la mejilla sobre su cabeza, ella ahogó un gemido.

—Prometo ir despacio para no hacerte daño, ¿me crees, verdad?

—Confío en ti, Alejandro.

—Confiar en mí puede ser un error —le dijo besando sus mejillas.

—¿A qué te refieres?

—A que tú mereces mucho más de lo que yo puedo darte, pero soy egoísta

y te quiero para mí.

Sofía vio dolor en sus ojos y se preguntó el motivo. Alejandro no quiso darle tiempo para pensar más en ello y la distrajo estrechándola contra sí.

—Alejandro. —Gimió con abandono.

Él expertamente fue quitándole prenda por prenda hasta dejarla totalmente desnuda y a su merced, había algo morboso en que solo ella estuviera desnuda y él completamente vestido.

—Tu cuerpo es perfecto —susurró absorto—. Me encanta.

—No es perfecto.

—Es perfecto para mí. —Tomando su rostro entre sus manos declaró—. Tú eres perfecta para mí, mi amor.

—Tengo miedo.

—No lo no tengas. —Sin dejar de besarla fue recorriendo su cara a medida que hablaba—: No tengas miedo de mí, porque a ti jamás podría hacerte daño.

Ella le creyó, Alejandro lo supo cuando se recostó en la cama junto a él. Ofreciéndose.

Tocarla era llegar al mismo cielo, pensó colocándose encima de ella. Buscó su cuello para besarlo logrando arrancarle gemidos guturales y roncós que aumentaron su nivel de excitación hasta hacerla dolorosa.

—Eres deliciosa.

—Oh, Dios..., Alejandro.

Su nombre parecía una plegaria en esos labios y estimulado él recorrió con su boca el resto de su cuerpo evitando sus pechos deliberadamente, se entretuvo jugueteando con su lengua sobre la delicada piel de su esposa.

Sofía solo podía estremecerse con cada contacto febril que él le prodigaba y sus manos le acariciaban el pelo, aunque a veces daba ligeros tirones cuando el placer era muy intenso. Alejandro la instó a separar más las piernas para que él pudiera situar su cabeza entre ella.

—¿Me vas a hacer... eso? —le preguntó incorporándose asustada.

—¿Hacer qué, mi amor? —rebotó la pregunta con tono de burla. Ella no podía verlo porque él aprovechó el momento para sacar de su empaque el dilatador más delgado.

—Tú... tú sabes qué. —Hipnotizada, veía cómo ágilmente quitaba la envoltura del extraño aparato.

—No, no lo sé. Podrías decirlo para que me enterara. —Sofía escondió su

rostro volteando la cabeza azorada, las mejillas le ardían de zozobra, Alejandro nunca la había visto así. Tan vulnerable—. Mi amor, dilo, muero de ganas de oírlo. —Alcanzó el nivel de sus labios para mordisquearlos a medida que hablaba—. Estoy esperando.

—Cállate —refunfuñó para su deleite—, y sigue, por favor, sigue.

—Será un placer. Un enorme placer.

Le dio un último beso húmedo y pleno. Era un acto salvaje, casi sucio, pero era hacer algo sucio con una dama, lo que lo hacía más excitante. De cara al mundo serían una pareja encantadora, pero bajo las sábanas serían dos seres hambrientos de sexo. Ese aspecto de su matrimonio solo les correspondía a ellos.

—Oh, sí. —Jadeó Sofía cuando Alejandro se situó entre sus muslos tocando su humedad con esos dedos prodigiosos que tenía.

Él excitó cada rincón de su cuerpo solo tocando su centro húmedo y ansioso moviendo los dedos en círculos por la protuberancia de su clítoris, no tardó en buscar con su boca ese lugar tan anhelado. Ese lugar tan secretamente soñado.

Pensó que moriría.

Nada lo podría haber preparado para la ambrosía que representaba el sabor de su sexo. Hacer el amor consistía en un cúmulo de cosas más que solo el momento de la penetración que lo consumaba. Se jugaba con los sonidos, el tacto, los aromas. Lo sentidos al completo involucrados. Y ella era la representación misma del placer perverso del sexo.

Mágico. Febril. Suave. Salvaje. Furioso.

Escuchaba sus jadeos descontrolados y sentía cómo sus manos tironeaban su pelo con más ímpetu. Aunque lo mejor estaba a punto de ocurrir y su placer sería el suyo. Dirigió la mano que tenía el dilatador hasta su entrada sin dejar de lamer el botón de nervios que guardaba escondido entre sus pliegues sedosos.

Tanteó primero con el flexible aparato y no hubo queja, Sofía estaba distraída con lo que obraba su lengua en ella, la cual había sido su intención desde el primer momento y aprovechándose de ello la penetró con él.

Sofía dio un respingo nervioso y boqueó sin que salieran palabras de su boca ante la invasión, su cuerpo se reveló y gimió en protesta.

—Tranquila, amor, tranquila —rogó Alejandro besando la parte interna de sus muslos—. Relájate.

Sofía gimoteó inquieta hasta que el dolor fue pasando haciéndose más soportable de modo que Alejandro continuó penetrando más hasta que lo introdujo completamente y dio con la barrera de su virginidad aún intacta.

Su ego masculino se inflamó, lo sabía ya, pero no podía evitar sentirse especial.

Un hombre que nunca había sido especial para nadie se había ganado la confianza de una chica dulce e ingenua. Y cuando ella alcanzó el clímax él estuvo al borde de perder el sentido. Convulsión tras convulsión, el cuerpo de Sofía se agitaba en espasmos entre gemidos de gozo.

—Sí, mi amor, así. No te dejes nada. Libera todo, Sofía.

Ella sollozó cuando el placer remitió, pero Alejandro siguió succionando su perlado botón, Sofía sentía que no podría soportar tanto placer sin perder la cordura, iba a pedirle que le diera un respiro cuando quitó el dilatador y ella suspiró de alivio, sin embargo, no tuvo tiempo de más antes de ser invadida por otro dilatador, solo que más grueso.

—Dios mío. —Jadeó entre gritos roncacos.

—Dame otro, mi amor, córrete una vez más.

—Alejandro..., por Dios, Alejandro, no puedo.

—Sí, claro que puedes, vamos. Otra vez. Estoy contigo, amor, yo te sostendré, pero déjate llevar.

Ella siseó al momento de la liberación y Alejandro tuvo que apretar los dientes para no derramar su semilla dentro de sus calzoncillos como un inexperto adolescente. Se incorporó reptando sobre el cuerpo laxo de Sofía quien satisfecha lo besó probándose a sí misma en sus labios a tiempo que él retiraba el dilatador de su cuerpo.

—¿Estás bien? —cautelosamente preguntó él—. ¿Ha sido demasiado?

—Estoy bien —él frunció las cejas con escepticismo—, te lo juro —agregó acariciando sus mejillas—. Gracias por esto, pero ¿qué hay de ti?

—Disminuiré la presión —informó y soltó el cierre de su pantalón. La protuberancia erguida de su sexo luchaba por salir y ser atendida.

—¿Puedo...? Bueno. —Sofía estaba sonrojada sin atreverse a exteriorizar lo que quería hacer.

—¿Qué?

—Tú entiendes... lo que has hecho conmigo. ¿Puedo hacerte lo mismo?

—Eh... sí, claro que puedes si quieres. Si estás segura, quiero decir —tartamudeó más inseguro que ella misma.

—¿Te gustaría?

—Mi amor, hay cosas que no son necesarias preguntar. —Sin más preámbulos se quitó los pantalones y se liberó por fin ante el sonrojo de Sofia.

—¿Me guiarás? —preguntó inocentemente posicionándose frente a él. Alejandro se abrió la camisa dejando su pecho al aire.

—Solo haz lo que sientas bien... —Ella asintió y fue acariciando con su lengua la punta roma del sexo de su esposo y con las manos toda su longitud arrancándole gemidos guturales que no pudo reprimir. Eyaculó una gota de líquido preseminal que ella quitó con la lengua.

Su sabor la mareó ligeramente, sabía a su esencia misma. Masculino y carnal. Cada estremecimiento de él la armaba de valor. Fue tomando confianza a medida que Alejandro murmuraba su nombre.

Era inexperta, él lo notaba en su indecisión, pero lo estaba haciendo demasiado bien, tanto que tuvo que controlarse para no mover las caderas para salir al encuentro de su boca y que su miembro le llegara a la garganta.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral llegando a todas sus terminaciones nerviosas hasta nublarle la mente. Era un mal momento para que le preguntaran algo, seguramente no podría hilar dos palabras coherentemente. Una pequeña muerte llamaban los franceses al orgasmo, pero nadie había definido aún lo exquisita que resultaba la agonía.

Ella succionó profundo con las manos acariciando sus testículos endurecidos y tensos hasta que ya no pudo soportarlo más. Alejandro la hizo levantarse.

—Alto, Sofia —la besó y guio sus manos unidas hasta su pene para acabar con la presión en sus testículos—, tócame, sí. Así.

La caricia siguió el ritmo que él marcó urgentemente y la liberación llegó al fin vaciando de su cuerpo su esencia. Fue un verdadero torbellino que lo sacudió y lo sorprendió por su intensidad.

Agotado se desplomó en la cama con ella sobre él y la abrazó contra su pecho desnudo, ninguno rompió el silencio que se había instalado entre los dos en un tácito acuerdo.

Sofia permanecía quieta sin atreverse a mirarlo. Había sido una experiencia muy placentera, pero sabía que no del todo satisfactoria para él porque aún faltaba consumarlo, sin embargo, había sido el recuerdo que atesoraría con más cariño.

—Creo que usaremos el servicio de habitaciones otra vez —dijo él en un



susurro sin dejar de acariciar su espalda.

—Creo lo mismo.

—Ellos nos amarán por eso, pagamos el doble por ese servicio y el doble en este hotel es una pequeña fortuna.

—Es bastante cómodo que traigan la comida, ¿no crees?

—Bastante, sí. —Sonrió contra su pelo besando su coronilla—. ¿Te apetece una ducha?

—Eso estaría bien —contestó Sofía sin moverse.

—Te he hecho el amor sin quitarme la camisa.

—Pero la has abierto para mí. —Rio besando su manzana de Adán.

—Vamos a la ducha, mi amor, de lo contrario pasaremos un par de horas más en la cama.

Sofía no se opuso, aunque azorada por su desnudez, se puso de pie y buscó su albornoz para cubrirse.

Alejandro no le dio importancia y tomó el segundo dilatador para llevarlo con ellos.

—Jaque mate —anunció Horacio riendo como el viejo zorro que era.

—Bah, te he dado ventaja, viejo.

—No intentes justificar lo malo que eres, nieto.

—¿Malo? ¿Yo? ¡Ja! Solo he tenido piedad de ti, viejo.

—Más quisieras —refunfuñó orgulloso—. Espera a que Sofía vuelva para que le cuente.

—Lleva apenas cinco días de intensa luna de miel —soltó Ricardo con desgana—, y solo me ha llamado una vez.

—A los recién casados lo menos que les preocupa es hablar con el resto del mundo. Cuando me casé con tu abuela no salimos en varios días.

—Calla, calla. No quiero detalles.

—Ni pensaba dártelos.

—De todos modos —cambió de tema para dejar de escuchar sobre la felicidad conyugal de la que él no gozaría jamás—, lo que me preocupa es mi padre.

—Óscar terminará aceptando que esos chicos se aman y ya verás que cuando nazca un hijo de ellos se sentirá feliz.

—Me preocupa que nunca pueda verlos con buenos ojos. Por un motivo que desconozco siempre ha despreciado a Sofía. —Horacio se puso de pie ante la mirada interrogante de su nieto que tanto se le parecía físicamente—.

¿Tú sabes por qué?

—No, no lo sé y no me imagino el motivo, sin embargo, Óscar siempre rechazó a Sofía, desde que supo del embarazo de María.

—Sofía no se merece ese trato.

—No, claro que no, es una buena chica y siempre ha sido muy humilde.

—Pero se enamoró y se rebeló.

—Justamente. Su único acto de rebeldía ha sido casarse con Alejandro — torció el gesto al decir el nombre y Ricardo alzó las cejas.

—No te agrada —afirmó.

—Nunca me ha agradado, creo que algo trama y no confío en él. Además, es hijo de Forrester—. Si su abuelo esperaba que él entendiera con la sola mención del nombre el motivo de su antipatía hacia Dane Forrester estaba muy equivocado porque no tenía ni una pista.

—Me he perdido —reconoció—, no entiendo a lo que te refieres.

—Forrester es un desgraciado hijo de p... —se interrumpió—. María me mataría si me escuchara decir lo que sigue.

—Pero María no está.

—Ella tiene un sexto sentido que me asusta, niño —refutó el anciano con cariño—, no obstante, Forrester es un miserable que no merece consideración.

—¿Qué hizo, abuelo? —Horacio sonrió, cuando su nieto lo llamaba así era porque lo tomaba en serio. Chiquillo ingrato, ¿no sabía que el diablo sabía más por viejo que por diablo?

—Alejandro es su hijo bastardo. Su madre era una mujer de condición muy humilde que Dane sedujo siendo una chiquilla y la llevó a la ruina.

—¿La conocías?

—La vi una vez de su brazo en un acto benéfico. Era muy bella. Dane parecía quererla, pero cuando se le presentó la oportunidad de casarse con una mujer de su misma posición social no lo dudó y la dejó estando embarazada.

—Dios, yo siempre creí que Alejandro era hijo de su matrimonio.

—Nicole no podía tener hijos. En un principio ella no sabía de la existencia de Laura, la madre de Alejandro, ni de su hijo, pero cuando Dane comprobó médicamente que no podrían tener hijos buscó a Laura y se quedó con el niño.

—¿Y qué pasó con Laura? —le preguntó genuinamente interesado.

—No lo sé, la verdad, es probable que esté muerta, porque nunca más se supo de ella.

—La madrastra de Alejandro se recluyó en el campo hace algunos años y viene poco a la capital, ¿están separados por eso?

—Seguramente. A Nicole nunca le agradó su hijastro, como es natural en este tipo de casos y, aunque lo intentó, no pudo ser una madre para él. Se amargó hasta volverse una mujer gris. Dane marchitó a esa flor, como también hizo con Laura. Él no quiere a nadie que no sea el mismo y temo que Alejandro sea igual.

Ricardo no temía lo mismo, porque sabía que Alejandro quería a su hermana, podía negarlo, podía luchar contra ello, pero la realidad era que solo un imbécil podía no querer a Sofia, como su padre, claro que Ricardo jamás lo había considerado demasiado inteligente en todo caso.

Tal vez Alejandro no la amaba y él se equivocaba, pero Sofia lograría que lo hiciera.

# CAPÍTULO 14

Habían sido los cinco días más hermosos de la vida de Sofía y en ese momento no podía dejar de soñar despierta. Hacer el amor con su marido era increíble. Alejandro sabía cómo tocarla y qué hacer para que ella disfrutara de cada momento, aun sin penetración.

Esa mañana habían usado el dilatador más grueso y, aunque le había dolido un poco, el dolor había sido menor a lo que esperaba. Y estaba decidida a dar un paso más en su relación esa misma mañana y permitirle que le hiciera el amor como correspondía.

Se lo diría en cuanto saliera de la ducha.

Recordó que debía llamar a Ricardo y saltó de la cama como si tuviera un resorte. Llevaba días sin hacerlo porque Alejandro no le había dado espacio, la había acompañado a cada minuto del día, lo que le encantaba, pero era difícil de explicar a su celoso y protector hermano.

No demoró en comunicarse con él.

—¿Ricardo?

—¿Quién si no? —llegó la alegre voz de su hermano, demasiado alegre pensó.

—¿Cómo va todo? —consultó en un susurro mirando hacia la puerta.

—Todo está bien. Estoy con el viejo aquí mismo. —Del otro lado de la línea Sofía escuchó a su abuelo reñir a Ricardo por la forma en que se había dirigido a él, para luego escuchar cómo luchaban por el teléfono.

—Sofía, mi vida —era la voz de Horacio.

—Abuelo, ¿cómo estás?

—No estaba nada bien hasta que has llamado. ¿Te ha dicho tu hermano que lleva días viviendo a mi costa?

—No lo sabía. —Sonrió con ternura. Vaya par viviendo juntos. Los amaba con locura, pero se imaginaba que no se daban tregua.

—¿Y qué tal tú, mi vida? ¿Cómo va tu luna de miel? —Sofía se sonrojó con los recuerdos que la asaltaron de Alejandro y ella juntos.

—Muy bien. —Suspiró mirando la puerta del baño—. Mi esposo ha sido muy bueno conmigo, abuelo.

—No voy a preguntar más. —El agua de la ducha cesó y Sofía supo que Alejandro no tardaría en volver a la habitación.

—Y es mejor que no lo hagas, porque ha terminado de bañarse y yo solo llamaba para saludar.

—Niña ingrata.

—Adiós, abuelo. Os llamaré en cuanto pueda. Os quiero.

—Y nosotros también, querida.

El pomo de la puerta giró para dar paso a Alejandro que la miró con una ceja arqueada y el cuerpo goteando. Sofía aún tenía el teléfono en la mano, pero le sonrió dejándolo sobre la mesa como si no hubiese sido nada importante.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó quintándose la toalla que le colgaba del cuello para pasársela por el torso desnudo.

—Con mi abuelo —contestó ella yendo hacia él para sustraer la toalla de sus manos y secarlo.

—¿Ha intentado convencerte para que me dejes?

—¿Por qué dices eso?

—Creo que nunca le he caído bien.

—Eso no es cierto —aseguró secando su espalda, logrando que él gimiera roncamente.

—Un poco más abajo me vendría bien —dijo para su azoro—. Deberías haberme acompañado a la ducha, mi amor.

—No, creo que no. Hoy quiero ir a la piscina y tomar algo de sol. Sería extraño que llegara de mi luna de miel igual de pálida que como salí del país.

—No creo que «extraño» sea la palabra. ¿A quién podría extrañarle que no hubiésemos salido de la cama estando recién casados, amor?

Ella rio sintiéndose libre de hacerlo en su presencia y se besaron. Ese hombre podía ser duro a veces, pero ella estaba segura de que la quería, aunque nunca se lo dijera con esas palabras, lo hacía con cada gesto, con cada beso.

—Ponte el bañador, Alejandro.

—Ahora mismo se me antoja otra cosa más divertida que tomar sol.

—Vamos ya.

Bufando y falsamente herido, Alejandro la soltó y rebuscó entre sus cosas el bañador negro.

—A tus órdenes —dijo desnudándose y Sofía perdió el aliento ante la visión de su erección plena.

—Alejandro, yo... —Él se dio la vuelta para mirarla sonrojada y

claramente excitada. Sus pezones estaban erectos y su respiración era dificultosa, pero el brillo en su mirada no era el mismo que el de siempre—. Quiero hacer el amor contigo.

—¿Y quién soy yo, un simple mortal, para negarme? —Sonrió ladino.

—No me estás entendiendo, ¿verdad? Me refiero a que quiero que seas tú esta vez. Quiero tenerte a ti dentro de mí. —Sorprendido, Alejandro dio un paso hacia ella para tocar su rostro.

—¿Estás segura? —en su voz había duda, pero también deseo. Deseo por ella.

Y ella lo besó empujándolo sobre la cama.

—Totalmente.

Fue como si una supernova estallara frente a los ojos de Alejandro cuando ella se quitó el bañador. La había visto desnuda muchas veces, pero siempre perdía el aliento al verla otra vez.

Entre besos, caricias y sugerentes roces fueron perdiendo el pudor para sentirse plenamente. Cuerpo y alma conjugados en el acto. Era la primera vez que no se tocaban como si experimentaran con sus cuerpos, y se dejaron guiar por sus instintos más primarios.

Alejandro se sentía poderoso con cada grito ahogado que ella daba por su toque experto, era la primera vez que estaba con una mujer que solo había sido suya.

Suya totalmente desde siempre. Para siempre.

Grandes hombres habían incluido a sus mujeres, aceptando como iguales a sus amantes dándoles atribuciones para decidir juntos los pasos que darían forjando un lazo que iba más allá que la simple compañía sexual. Y aunque él no fuera uno de esos grandes hombres tomaría su ejemplo y Sofía sería su otra mitad.

Cuando la penetró, por fin entendió que la inmensidad de esa unión no era meramente física, que ella no solo le estaba entregando su cuerpo libremente, también estaba confiando en él su vida y sus sueños de futuro.

Su esperanza. Su alma. Su redención.

Sofía era esa persona para él, lo que los hombres buscaban entre un mar de desconocidos, ella era la mujer que la vida le había destinado. Podía ser muy tarde, para dar marcha atrás en sus planes, pero no lo suficiente para salvarlos a los dos. Solo tendría que cambiar ligeramente su estrategia. Con esa idea en mente se limitó a disfrutar de ella y su desinteresada dulzura para perderse en

la bruma del orgasmo.

La joven temblaba entre sus brazos aún sin creer que lo había hecho y no había sufrido mayormente por ello. Había dolido cuando Alejandro había roto la barrera de su virginidad, sí.

Pero no había sido tanto como temía. Porque era él y ella lo sabía. Era su marido quien había tomado su cuerpo. Retirándose lentamente, Alejandro observó atento cada cambio en su expresión intentando descifrar lo que estaba pasando por su mente.

—Te has sentido bien —afirmó con una media sonrisa a la que Sofia correspondió.

—Ha sido..., yo... no sabía que podía ser así, ¿es igual cada vez? — Descolocado, Alejandro se encogió de hombros.

—No tengo idea —reconoció—. No había experimentado nada similar.

—¿Nunca? —susurró la joven.

—No.

—Pero tú has estado con tantas mujeres que yo pensé qué... —Sofia frenó su balbuceo nervioso cuando cayó en cuenta—. ¿Te he decepcionado?

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! —Aterrado, dirigió sus manos a las mejillas de Sofia para obligarla a mirarlo—. Nunca pienses algo así. ¿Entiendes? Nunca. Tú eres mi esposa. Nadie importa. El pasado no importa. No existe. — Los ojos de Alejandro brillaban de pasión y Sofia se sintió traspasada por esa mirada.

—Tenía tanto miedo —le confesó—. Después de lo que viste no sabía si podría hacerlo.

—Sofia, cariño, esto no es necesario...

—Lo es —interrumpió—. Necesito sacarlo. —Ocultando sus ojos del escrutinio de su esposo, él entendió y la soltó para darle espacio—. Lo que viste, quiero decir, cuando me viste con Marco —tragó saliva. Dios, era difícil—, yo te dije que habías llegado a tiempo, pero no fue así.

Alejandro comenzó a respirar con dificultad. No podía respirar. Se estaba ahogando. Ella no se lo había dicho antes, ¿por qué?

—Para, Sofia, por favor.

—¡No! Necesito decirlo.

«Pero yo no quiero oírlo», reclamó él para sus adentros. No quería escuchar que había llegado tarde. Ella había sido virgen hasta ese momento, lo sabía, pero había otras formas de abusar de una mujer.

—Dilo entonces.

—Esa noche Marco me llevó forzada a una habitación. —Las imágenes de esa noche fueron sucediendo en su mente y brotando de sus labios—. No me negué, Alejandro, mi padre me había dicho que debía ser complaciente con él para que no se molestara conmigo y no cambiara de idea sobre el matrimonio. Luego ya fue muy tarde para echarse a atrás. —Alejandro cerró los ojos para frenar la violencia que comenzaba a consumirlo. En cuanto lo viera terminaría el trabajo que había iniciado esa noche y lo mataría. Marco había dañado a su esposa y tendría que pagarlo—. Me besó, no había sido mucho lo que me había besado hasta entonces y antes de él nadie lo había hecho, como entenderás no podía saber lo diferente que podían ser los besos hasta que me lo enseñaste tú. —Con azoro la joven se sentó en la cama y cubrió sus pechos con la sábana—. Me dejé, Alejandro. Dejé que tocara e hiciera lo que quisiera, estaba resignada, pero cuando me intentó penetrar sentí mucho dolor. No creí que fuera importante entrar en detalles.

—¿Que no es importante, dices? Por Dios, Sofía, si me lo hubieses dicho, en nuestra noche de bodas yo te habría entendido.

—Lo siento. —Sofía apretó la sábana contra su pecho.

—No tienes que pedir perdón, no es tu culpa. —«La culpa es de ese maldito y de tu padre»—. Lo superaremos juntos, amor.

—Hay algo más.

—¿Qué más? —preguntó lleno de pánico.

—Berenice. —Alejandro soltó un bufido y rodó los ojos.

—¿Qué pasa con ella?

—Ella me dijo que yo no sería capaz de mantener tu atención mucho tiempo.

—Y tú la creíste —afirmó molesto.

—Ella fue tu novia, te conoce más que yo. —Reaccionó alterada.

—Pues no. Ella no me conoce. Me comprometí con ella porque era lo que tenía que hacer, pero no sentía nada por ella, jamás. —La joven reaccionó con escepticismo—. No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si no me creyeras. ¿Cuándo habló contigo?

—Antes de la boda. —La mirada de Alejandro se volvió suspicaz—. Me dijo que tú y ella..., ya sabes.

—Y la creíste. ¿De verdad piensas que te habría pedido matrimonio si me



hubiese acostado con ella? —¿Pedir? Sofia no quiso contradecirlo porque lo vio molesto, pero él no le había pedido matrimonio, se lo había impuesto—. No lo hice. Berenice y yo no hemos estado juntos de esa forma.

—Pero sabía de tu cicatriz.

—¿Y eso qué importa? Es una marca de cuando un caballo me tiró a los trece años, mi padre debió mencionarlo. —Sacudiendo la cabeza se despejó y le sonrió—. Estabas celosa —afirmó y la abrazó—. No pienses en ello. Jamás hubiese provocado un conflicto entre las dos de tal envergadura, ¿confías en mí, verdad? No habría enredado tanto las cosas entre nosotros.

Ella confiaba en él. Lo creía. Asintió y volvieron a hacer el amor.

Sofia estaba sola recostada en la tumbona al lado de la piscina, mientras Alejandro había ido por unas bebidas. Cerró los ojos disfrutando con sus recuerdos y gozando de su floreciente autoestima cuando una sombra se cernió sobre ella tapándole el sol. Abrió los ojos con una sonrisa pensando que era su marido, pero dio de lleno con una mujer rubia que la miraba con una ceja alzada.

—¿Eres la esposa del señor Forrester? —preguntó.

Sofia se sentó en la tumbona y asintió solemne. Ella era la mujer de Alejandro y le encantaba que la gente lo supiera.

—Así es.

—Entonces puedo entregarte esto para que se lo des de mi parte. —Le tendió el reloj de oro de su marido y Sofia lo tomó desconcertada.

—Oh, vaya, gracias. Alejandro mencionó que lo había perdido, se alegrará de recuperarlo. ¿Cómo ha dado con él? ¿Lo olvidó en la piscina?

—No, lo dejó en mi habitación la otra noche —soltó como si nada ante la palidez de la joven.

Pobre chica, pensó con lástima, ella estaba recién casada y no sabía cómo era su marido. Esas cosas era mejor saberlas antes, se dijo, pero nunca era tarde.

—¿Cómo? —La barbilla de la joven esposa tembló notablemente, comenzó a negar—. Eso no es verdad. Él no..., él no me haría eso..., no podría...

—Tu esposo es como todos los hombres. No te ofendas, pero fue a mi dormitorio después de que nos conociéramos en el bar, dejó el reloj con la urgencia de volver a su habitación, hace cinco noches.

El golpe fue letal, tal y como una débil construcción en la arena sus ilusiones fueron arrancadas de cuajo de su corazón. Alejandro no la quería. Él

no la amaba. Ni la respetaba siquiera. Había buscado otra mujer después de su discusión mientras ella sufría sola por su abandono.

La mujer se fue, pero Sofía la ignoró y comenzó a sentir náuseas. Necesitaba irse de Miami. Necesitaba un abrazo de alguien que sí le quisiera, pero en ese lugar no había nadie.

Ella lo había sospechado, pero había intentado olvidarlo, darle una oportunidad a su matrimonio. Sin embargo, esa mujer antes era una imagen abstracta y en ese momento tenía un rostro hermoso y una mirada burlona.

¿Cómo se habrían reído juntos en la cama? ¿Cuántas veces más se habrían visto o cuántas mujeres más habría habido? ¿Les habría hablado de que su esposa no podía tomarlo en su cuerpo?

No, seguramente no había habido más. Habían estado juntos a cada hora del día desde que habían comenzado a intimar, lo defendió su parte racional, pero eso no mermaba la traición.

Se dejó caer en la tumbona sin mirar hacia ningún lugar en realidad. Todo había terminado. Sus ilusiones de una vida juntos ya no podrían ser. Ella ya no confiaba en él y, en realidad, aunque había sido Sofía la que deseó que se marchase a buscar placer con otra su noche de bodas, reconocía que detestaba el hecho de que no la hubiese respetado. Su cabeza era un hervidero.

—¿Mi amor? —Alejandro había llegado a su lado y la vio palidecer, se sentó junto a ella dejando los vasos a un lado—. ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—Quiero irme a casa —susurró sin mirarlo—. Quiero volver a Chile, ahora.

Incrédulo, él pensó que estaba bromeando, pero al mirarla detenidamente vio que no era así. Sofía estaba segura de lo que decía. Hablaba en serio.

—¿De qué hablas, mi amor?

—¡He dicho que ya no quiero estar aquí! —gritó logrando que las miradas de un grupo de mujeres curiosas se posaran sobre los dos.

—Sofía, mi amor, cálmate —rogó posicionándose frente a ella para que los ojos indiscretos no pudieran verla tan alterada. No entendía lo que estaba ocurriendo, esa mañana habían hecho el amor con tanta dulzura que él pensó que no sobreviviría a la experiencia y cuando la había dejado ella parecía estar bien y feliz.

—No me toques. —Lo rechazó con vehemencia cuando estiró la mano. Alejandro sintió los ojos fisgones a su espalda por lo que decidió que fuera lo

que fuera que la había alterado no debía ser tratado en público.

—Sofía, por favor...

—Esto se acabó, Alejandro. —Furioso como nunca había estado con ella, porque incluso cuando se negó a casarse con él no se había sentido tan molesto, la tomó del brazo recibiendo un empujón en respuesta—. ¡No me toques! ¡No te atrevas a tocarme nunca más!

—¡Sofía, maldita sea! ¿Qué demonios te pasa?

—Alto, hombre. —Alejandro se dio la vuelta para encontrarse con un joven de unos veinte pocos años de rostro moreno y mirada seria—. ¿La está molestando, señorita? —Junto a él habían aparecido tres hombres más dispuestos a sacarlo de ahí. Alejandro levantó las manos para demostrar que era inofensivo, pero de todos modos se mostró irritado.

—Es mi mujer.

—¿Está usted bien? —Lo ignoró uno de sus acompañantes tomándola del brazo. Eso fue el colmo. No solo se sintió insultado, sino que también celoso por la calidez en la mirada de ese tipo.

Y cuando Sofía negó con los ojos llenos de lágrimas el mundo se abrió a sus pies.

—Agradezca que no le damos la paliza que merece por hacer llorar a una mujer —escupió con desprecio el primero que intervino mirándolo con odio.

—¡No sé qué la ha puesto así! —gritó colérico acaparando la atención de más turistas que lo taladraban con la mirada y entonces ella le tiró su reloj, ¿cómo lo había conseguido? Y entonces la vio a lo lejos. La rubia del bar lo miraba con asco y desafío. Entenderlo lo hizo perder el color. Sofía lo sabía y ella jamás lo perdonaría—. Mi amor, no es lo que crees, por favor, escúchame, Sofía, perdóname —suplicó desesperado viendo cómo lloraba y negaba repetidamente.

—No quiero volver a verte. Nunca más. No volveré a creer en ti, ¿cómo pude pensar que alguien como tú podría quererme? —le preguntó desolada—. Eres mezquino, yo solo fui lo más fácil. Me lo dijiste ¿recuerdas? Que nunca me serías fiel y también Berenice me lo dijo. ¿Pero en nuestra luna de miel, Alejandro? ¿Te parece justo? ¡Pasaste nuestra noche de bodas con otra mujer!

El resto de la gente ahogó un gemido sorprendido. Los hombres dieron instintivamente un paso adelante por temor a que la acusación hecha por Sofía provocara una reacción violenta de su parte y las mujeres lo apuñalaron con la mirada, acusadoras.

Dos guardias del hotel llegaron también para segregarse a los curiosos que comenzaron a disgregarse ante su presencia.

—Señor Forrester, acompáñenos —lo tomaron de los brazos y lo arrastraron hacia el interior del recinto—, y chicos, gracias, pero para la próxima vez llámenos.

El revuelo fue visto por los ojos de la rubia que supo el instante exacto en que Alejandro la había reconocido, negó lentamente con la cabeza mientras revolvía su jugo de durazno con la caña.

—Cada uno tiene lo que merece —le dijo a la amiga que la acompañaba.

—¿No crees que ha sido demasiado?

—Yo habría agradecido que alguien me lo hubiese advertido cuando mi ex me engañó. Solo he hecho lo que debía hacer.

Su amiga observó a la mujer desecha que lloraba en los brazos de otra chica recibiendo consuelo.

Tenía razón. Era mejor que la esposa lo supiera.

# CAPÍTULO 15

Sofía había tomado un vuelo con destino a Chile esa misma tarde y Alejandro la había perdido. Llevaba casi cuatro meses sin saber de ella y el otoño había dado paso al invierno, pero, aunque seguían casados, ella no había vuelto a hablarle ni a buscarlo.

La única excepción había sido cuando se había comunicado con su secretaria para decirle que quería que le diera trabajo a una persona: Ricardo Castillo.

Alejandro no había tenido la voluntad de negarse a su petición. Si ella quería que ese hombre trabajara con él entonces lo haría. Por ella. Sin embargo, eso no impedía que sintiera celos de ese chico. Era joven y brillante. Él mismo lo hubiese contratado de haber sabido lo útil y capaz que era. Era incluso demasiado eficiente.

Pero parecía odiarlo sin motivo alguno. Si tenía algún interés por Sofía, ¿no debería estar feliz que entre los dos todo se hubiese terminado? Alejandro suponía que sí.

La prensa había dejado de acosarlo, pero las especulaciones no habían cesado desde que ambos habían retornado al país por separado. Miraba hacia la calle ausente sabiendo que el fin de todo estaba cerca y sin Sofía no le importaba nada más.

La puerta se abrió sin anuncio para dar paso a Alexa y a Nicolás que, aunque no sabían lo que estaba pasando de su boca, lo sospechaban y evitaban hablar de ello, sin embargo, un presentimiento le dijo a Alejandro que le traían noticias de ella.

—Hoy han visto a Sofía y la han fotografiado —informó la mujer cautelosamente. Alejandro cerró los ojos con dolor. Estuvo a punto de rogar que le mostrara la fotografía solo para beberse su imagen como un adicto.

—Estaba saliendo de una clínica —siguió Nicolás para alarma de Alejandro.

—¿Qué le ha pasado? —les preguntó y ninguno contestó—. ¡Hablad de una maldita vez!

—No lo sabemos.

—Pues, averiguadlo —les exigió. Los aludidos se miraron dudando en seguir con la información, pero fue Nicolás quien siguió de todos modos.

—No sabemos qué la ha llevado a la clínica, lo único que sabemos con certeza es que esa clínica trata asuntos ginecoobstétricos.

Alejandro perdió el color cuando pensó en la posibilidad de que Sofia continuara con su problema de vaginismo. Sintió un profundo dolor al pensar lo que estaría pasando sola, él debería estar con ella como su marido y apoyarla. Pero si era así habría alguien con ella. Otro hombre por el que ella había seguido el tratamiento. ¿Sería por Ricardo? ¿Lo habría olvidado ya cuando él no podía pensar en otra mujer que no fuera ella?

—Está bien. Ya no quiero saber más.

—Alejandro —llamó alarmada Alexa, pero Nicolás la detuvo con un gesto.

—Es tu decisión, solo espero que no te arrepientas de ella.

—No lo haré, Nicolás.

Así las cosas tomarían forma por sí solas, pensó empuñando la mano en su bolsillo donde llevaba el reloj de oro siempre consigo para no olvidar el dolor que le había causado su error.

\*\*\*

No había sufrimiento que durará cien años y ya habían pasado ocho meses por lo que tenía que pensar en positivo, se dijo Sofia con los ojos enfocados en la cuna que le había regalado Ricardo.

—Es muy bonita, hermano. Gracias.

—He ganado varios miles de pesos gracias a ti, es lo menos que puedo hacer por mi primer sobrino, ¿no?

Sofia se tocó su vientre redondeado. Le faltaban solo unas semanas para salir de cuentas, pero el embarazo iba muy bien, las molestias de los primeros meses habían pasado y en ese momento estaba disfrutando de la idea de ser madre. Había sido un milagro inesperado, sin embargo, no había parado de agradecerle a Dios el regalo que llevaba en su seno.

—¿Crees que podré hacerlo bien? —Ricardo se rio de buena gana.

—Naciste para ser madre, pequeña —exclamó—, Ignacio no podría tener mejor madre.

—En tres semanas veremos si se cumplen tus pronósticos.

—Tengo que volver al trabajo —anunció él mirando de reojo cómo su hermana se tensaba—. Si no fuera mi jefe le habría volado los dientes de un puñetazo.

—Déjalo, hermano, está bien. Han pasado muchos meses y la verdad es

que estoy mejor así. Ya no quiero más problemas, ni mi hijo ni yo lo necesitamos.

Ricardo sabía que su hermana estaba mintiendo, pero no quiso seguir con el tema, más cuando Alejandro comenzaba a olvidar que seguía casado. La tarde anterior había recibido a Berenice en su despacho y ella había salido arreglándose el pelo y con las mejillas encendidas y, al verlo, le había dirigido una sonrisa de triunfo.

—Tienes razón, hermanita. Es mejor así. —La abrazó—. Por cierto, esta noche no me esperes. Saldré con Pamela.

Las últimas desviaciones de dinero fueron hechas limpiamente por Alejandro. La vitivinícola de su padre estaba en la quiebra. Tomó la copa de vino de reserva de 1879 que su padre tenía guardado como un tesoro y le dio un trago. Estaba celebrando su triunfo solo y no le sorprendió no estar feliz.

Durante años había imaginado ese momento con diferentes formas de humillar al hombre al que tanto había odiado. Había querido ver la cara desesperada de su padre al saberse en la ruina, asustado ante la idea de ser pobre como él lo había sido de niño y tan solo como se podía estar en un mundo lleno de hipócritas, pero nunca se le había pasado por la mente que no lo disfrutaría.

Toda la vida había perdido sentido sin Sofía.

Sofía.

Se había esforzado por olvidarla y continuar con su vida, pero el vivir en esa casa que había imaginado sería para los dos lo había atormentado durante varios meses, por fortuna, ya lo estaba superando y podía sentarse frente al piano que pensaba regalarle al regreso de su luna de miel sin sentirse tan desdichado.

No tanto, al menos.

Había temido preguntar sobre su vida a Ricardo, el cual, aun entonces, lo miraba con ira, la única vez que había insinuado algo sobre su relación el hombre lo había contemplado con desprecio.

—¿Qué quiere que le diga, jefe? Sea directo.

—¿Qué es mi esposa para ti? ¿De dónde la conoces?

—Si quiere que le diga que tenemos una relación se quedará con las ganas de oírlo y si quiere que le diga que soy su mejor amigo gay, también se quedará con las ganas, no se me ocurre tópico más trillado que ese. Un mejor amigo automáticamente es gay. No es que yo tenga nada en contra de ellos, por

cierto. Son muy simpáticos —le había sonreído por primera vez para seguir con su discurso—, pero yo no lo soy.

—No quería que sonara así...

—¡Es que no es usted! Es el tópico. Lo que me une a Sofía es algo más que amistad, jefe, y créame que he luchado por contenerme y no estrangularlo por hacerla llorar.

—¿Te importa mucho, verdad? —le había preguntado tristemente.

—Más que nadie en el mundo. No lo olvide.

Muerto de celos ese día había pasado la noche bebiendo solo sentado en el taburete frente al piano. Había pasado la mano por las teclas imaginando las manos de Sofía tocando alguna pieza y esas mismas manos tocándolo a él. Se había ahogado en sus fantasías, empapado en alcohol y los recuerdos de su piel.

La amaba.

Ya no procuraba referirse a ese sentimiento con eufemismos. Las cosas eran claras: se había enamorado de Sofía Valencia y siempre había sido así.

Esa era la explicación del porqué de su sed de ella o de sus celos cuando la veía con Marco, porque había estado celoso al verlos juntos y había intentado hacerla sufrir con su relación con Berenice, pero nunca se lo había reconocido.

Por amor había arruinado la carrera de Marco moviendo influencias hasta que lo desacreditó frente a todo el mundo empresarial a modo de venganza por lo que hizo con Sofía. Pero lo había asumido muy tarde.

Y él había sido egoísta e injusto al despreciar sus sentimientos rechazándola y haciéndole daño solo para disfrazar lo que sentía. ¡Amor! Vaya cosa.

Lo que él daría por volver a ver en sus ojos su anhelo y su desinteresado amor por él, porque ella había tenido su corazón y no le hubiese molestado que se quedara con él, pero se lo había devuelto y ese hecho lo estaba matando.

Bebió otro trago de vino rememorando la visita de Berenice, no entendía el motivo de su ayuda, pero lo había descubierto y le había facilitado información. Habían discutido un poco las condiciones del acuerdo al que ella quería llegar hasta que ambos quedaron conformes con la negociación.

Todo se resumía a dinero.

Por lo visto a Berenice le importaba muy poco su familia y quería



asegurarse de que cuando la bomba estallara ella tendría los medios para huir del país. Alejandro debería pensar del mismo modo, pero solo había asegurado el bienestar y comodidad de su mujer dejándole la casa, un campo en el sur y dos cuentas bancarias millonarias en el extranjero. Todo su patrimonio sería de ella.

Lo único que no le había dejado era su auto y su departamento porque ambas cosas planeaba venderlas para tener dinero en efectivo en caso de que lo descubrieran y tuviera que salir de Chile.

Sofía podría solicitar el divorcio y seguir con su vida.

Con otro hombre.

Acabó del todo el contenido de la copa y la tiró contra la pared haciéndola añicos.

\*\*\*

No habían pasado las tres semanas, pensó Sofía asustada, pero acababa de romper aguas.

—¡Ricardo! —llamó a gritos, pero él no había vuelto, había conseguido al fin una cita con una compañera de trabajo y no había llegado aún.

¿Qué podía hacer? No quería tener a su hijo sin nadie que sostuviera su mano. La sacudió una contracción y un grito agudo salió de su garganta. El espasmo fue tan violento que tuvo que buscar un punto de apoyo para sostenerse en pie. Sus gritos alertaron a su vecino que entró prácticamente tirando la puerta con su esposa tras él.

—¡Sofía!

—Es el bebé —consiguió decir entre gemidos—, ya viene.

—¡Jimena, llama a una ambulancia! —le dijo a su mujer que corrió a llamar—. ¿Dónde tienes el bolso?

—Al lado de la cama. —Sofocó otro grito—. Esto duele.

—La ayuda viene en camino —dijo la mujer tomando su mano—. Respira hondo, Sofía.

Sofía escuchaba a medias lo que decía Jimena, el dolor parecía partirla en dos. Su hijo llegaría al mundo ese mismo día.

Y Alejandro no estaría ahí.

No era justo que no estuviera presente cuando también era su bebé.

—Llama a mi esposo, por favor —pidió a media voz—. Llama a Alejandro...

El teléfono móvil sonó en algún lugar de su habitación y Alejandro se

levantó de mala gana a atenderlo. Era más de media noche debía ser importante, se dijo, los molestos operadores de la central de telefonía no llamarían a horas tan impertinentes.

—Diga —gruñó.

—Señor Forrester, soy Jimena, vecina de su esposa.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó rápidamente con el corazón saltando en su pecho. «Sofía no, por Dios, no».

—La llevan a la clínica ahora. Va a tener al bebé.

¿Un bebé? Automáticamente se puso de pie y le agradeció la información antes de colgar para salir de la casa como una bala. ¿Sofía estaba embarazada? No había dudas en que era su hijo también, pero ¿por qué no se lo había dicho? ¿Por qué lo había castigado así?

«Porque fuiste un idiota que la dejó en su noche de bodas para irse a la cama con otra mujer».

Ella no tenía la culpa, estaba herida con justa razón.

Se recriminó por haber bebido, ya que conforme a lo estipulado con la ley promulgada recientemente, no se podía conducir si se ingería alcohol. Si lo detenían y en el examen aparecía una mínima cantidad de alcohol en su sangre, le quitarían la licencia.

Pero, era su hijo el que estaba al nacer. Sin querer pensarlo más cogió las llaves y salió.

Condujo prudentemente aun en su estado de euforia. La idea de ser padre había sido algo abstracto en su mente. Algo que sabía ocurriría en algún momento de su vida como parte natural de un proceso, aunque nunca había pensado en ello realmente, cierto era que se lo había dicho a Sofía, más que eso incluso, había sido parte de su acuerdo, pero no había sido nunca una realidad.

No quiso distraerse con los recuerdos de esa única vez en que se había concedido el niño porque entonces terminaría en una zanja sin necesidad de haber ingerido alcohol.

# CAPÍTULO 16

Dentro de la clínica, una vez que llegó, corrió donde el guardia le indicó que era el área de maternidad por un pasillo largo e interminable. La recepcionista que encontró lo miró extrañada.

—Mi esposa —empezó sin aliento.

—Nombre de su mujer —interrumpió acostumbrada a los maridos histéricos.

—Sofía Valencia Ringeling. —La mujer se detuvo a mirarlo detenidamente.

—Usted es el hombre que sale en las revistas. —Ceñuda, intentó recordar lo último que había salido de él, pero se encogió de hombros al no poder hacerlo—. Bien, su mujer está en la habitación doscientos siete.

—Gracias —se despidió para salir corriendo buscando el cuarto donde estaba.

«Doscientos siete».

El quejido de Sofía rompió la paz del immaculado lugar, ¿qué pasaría si lo rechazaba? ¿Si no quería verlo?

Le rogaría.

De ser necesario suplicaría por acompañarla.

—Señor —lo llamó una voz dulce—. ¿Conoce a la señora Sofía Valencia? —Alejandro volteó en dirección a la voz para encontrarse con una joven enfermera que le sonreía por su clara incomodidad.

—Soy su marido.

—Oh, cielos, esto es muy común. —Se rio cómplice—. Muchas esposas aseguran que matarán a sus maridos por embarazarlas. ¡Lo he oído tanto! Los pobres esposos se sienten culpables, pero créame que no lo dicen en serio —confidenció para calmarlo—, una vez que nace el bebé se les olvida todo el odio que sienten, ya lo verá usted mismo. Pase a verla.

Otro gemido de Sofía se coló en el aire y a Alejandro se le erizó el vello de la nuca. Cuadró los hombros y asintió solemnemente dando un paso firme hacia su esposa.

El impacto de volver a verla después de tantos meses fue brutal, lucía pálida y cansada, pero sus ojos irradiaban ternura y valor. Debía estar sufriendo, sin embargo, soportaba todo el dolor que implicaba estar a punto de

tener a su bebé por amor a esa criatura. La admiró y cerca estuvo de caer de rodillas dando gracias porque la madre de su hijo fuese ella. El doctor que estaba monitoreando lo saludó con una inclinación de cabeza, pero al verse ignorado decidió salir.

—Si hay alguna contracción muy seguida de la anterior y este proceso se repite, debe llamarme. Habrá una enfermera fuera —dijo dirigiéndose a Sofia—. Vendré cada quince minutos, pero los trabajos de parto son largos y puede que lleve toda la noche. Falta dilatar aún. —Esa vez fue a Alejandro a quien se dirigió—: Permiso.

Alejandro le agradeció en un susurro haciéndose a un lado para que pasara.

—No me pidas que me vaya. —Más humilde que nunca en su vida dio un paso en su dirección—. No me apartes de tu lado ahora cuando es mi hijo el que va a nacer. He cometido errores. —Se detuvo para tomar aire y tragar pesadamente—. Errores grandes. Sé que no me has perdonado, pero quiero que sepas que... —se calló, ¿cómo decirle que la amaba cuando acababa de firmar su sentencia? No tenía modo de escapar. Su venganza y su odio lo habían tenido tan ciego que por culpa de ello acababa de perder a la mujer que amaba y a su hijo para siempre.

—No te odio, Alejandro. Nunca podría odiarte. Yo también me equivoqué. —Sonrió y apretó los dientes cuando otra contracción se hizo sentir.

—¿Estás bien? ¡Enfer...!

—No, estoy bien. No son tan seguidas como deberían ser. —Estiró la mano para que él la tomara.

—¿Por qué no me lo dijiste? —la pregunta salió de sus labios, aunque no había planeado hacerla, quiso retirarla, pero ella contestó antes:

—Porque tenía miedo, porque estaba herida, porque tú no me buscaste. No lo sé, eran muchas cosas. Yo quería decírtelo, pero lo nuestro no terminó precisamente bien.

—Fue un error...

—Lo sé y ya no hay vuelta a atrás, pero nuestro hijo no tiene que pagar por los errores que hemos cometido.

—Lo entiendo y lo acepto.

—Es un niño —dijo con ternura—. Tendremos un niño.

Alejandro apretó su mano cuando siguió otra contracción, y vinieron más. La última revisión del médico lo confirmó.

La labor de parto había comenzado.

Algo le había salido mal a Alejandro, eso fue lo primero que pensó Nicolás cuando llamaron desde la oficina que llevaba los asuntos de relaciones públicas con la que la empresa Forrester tenía contrato.

Las noticias no eran buenas: se había cometido fraude y el principal sospechoso era Alejandro.

Nicolás sabía que había sido él.

Lo había descubierto por casualidad, pero no estaba ni remotamente sorprendido. Alejandro había dejado un papel descuidadamente sobre el escritorio y él lo había visto.

—¡Tú lo sabías! —gritó Alexa y la mirada culpable de Nicolás se lo confirmó—. ¿Desde hace cuánto?

El hombre evitó su mirada enfocando la vista en un punto cualquiera del suelo.

—Lo he sospechado siempre —soltó—. Alejandro ha vivido por su venganza desde que lo conocí, pero solo en estos últimos meses me di cuenta lo que estaba planeando.

—¿Cómo te has enterado?

—Dejó un documento ligeramente asomado en una carpeta —encogió sus hombros—, lo vi y deduje el resto.

—Irás a la cárcel por desfalco.

—Sí.

—Podía haberse salvado.

—Podía —secundó él abriendo sus brazos para que ella entrara en ellos, la joven no lo dudó—, pero creo que desde que perdió a su esposa nada le importa y pienso que quiso que lo descubrieran.

—Nunca le dijimos que ella estaba embarazada.

—Hay muchas cosas que le hemos ocultado a lo largo de los años.

—Lo aprecio. Es mi jefe, pero lo quiero como a un amigo, además somos sus padrinos de boda —le recordó riendo sin humor.

—Yo también lo aprecio, le debo haberte conocido. —Nicolás besó su coronilla y la mantuvo entre sus brazos un rato.

—No hay nada que hacer.

—Estás acostumbrada a salvar su trasero, pero esta vez nuestros conocimientos en la limpieza de imagen son insuficientes.

—Vamos, Sofia, mi amor. —Iba a desmayarse, lo presentía, ¿por qué nadie

le había advertido lo que conllevaba un parto? Sofía estaba apretando su brazo tan fuerte que ya no lo sentía mientras gemía de dolor y gritaba. Los nervios de un hombre eran puestos a prueba en situaciones como esa, pero dudaba soportarlo sin caer redondo al suelo.

—No puedo.

—Puedes, mi amor.

Alentada por él, Sofía pujó una vez más con toda la fuerza que fue capaz de reunir, el grito que profirió fue tan alto que retumbó en la sala de partos poniéndole la piel de gallina. Fue el último grito que dio ese día antes de expulsar de su cuerpo al pequeño ser que había habitado en sus entrañas y que desde entonces sería dueño de sí mismo.

El hijo de los dos había llegado al mundo.

—Es un chico.

—Excelente trabajo, mamá —felicitó el galeno con la ensangrentada criatura en las manos.

Cuando Alejandro pensó que perdería el conocimiento por la experiencia, un llanto tan agudo que parecía un chillido se hizo oír.

Su bebé.

—Es su turno, papá —le dijo una enfermera, Alejandro la miró alelado y ella cabeceó—. Cortar el cordón.

Le entregó una tijera algo rara para que cortara la unión de la madre con el bebé. Una unión física que durante meses los había conectado haciéndolos uno, pero que de ahí en adelante se haría más fuerte solo dictada por el amor.

Su hijo estaba ahí, apoyado en el pecho de Sofía, llorando.

¿Cómo se usaba una tijera? Casi, casi lo preguntó, pero no estaba tan mal todavía como para humillarse así. Tomó el viscoso cordón entre sus dedos y cortó lo mejor que pudo con la mano temblado como estaba. Era un arte hacer cortes aceptables en esa situación.

—¡Muy bien, papá!

—Es tan perfecto —murmuró con un nudo en la garganta mirando a Sofía que sonreía entre lágrimas—. Gracias, mi amor. Gracias.

—Nuestro bebé —susurró ella en respuesta—. Nuestro hijo.

—Disculpe, señora, pero tenemos que llevarnos al bebé para revisarlo —anunció solícita una enfermera.

—¿Es necesario? —preguntó reticente a dejar a su niño. Alejandro besó la frente de su esposa con simpatía.

—Mi amor, deja que se lo lleven para que lo examinen, ¿sí? En un rato te lo traen —ella asintió no muy convencida.

Al instante sacaron al niño para chequear su estado y el resto fue un caos. Prácticamente no se enteró cuando lo sacaron de la sala, pero de pronto se vio afuera con la vista nublada de la emoción.

—Oh, Dios.

Comenzó a llorar, pero ya no de felicidad, sino de culpa.

¿Qué había hecho con el futuro de su esposa y su hijo? Salió temblando de la clínica. De pronto el techo pareció descender con el fin de ahogarlo, necesitaba aire.

Estaba amaneciendo. El día comenzaba para todos, pero para él era el principio del fin. Se recriminó porque el día en que comenzaba su caída fuera también el cumpleaños de su hijo, no sería un recuerdo agradable. La rabia contra sí mismo lo invadió y quiso arrancarse el rubio cabello que había heredado de su padre para infringirse dolor, pero no serviría. Fue hacia su coche y condujo hasta la fiscalía para entregarse.

¿Cuántos años de cárcel le caerían? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Cuántas fiestas de su hijo se perdería? ¿Cuántas obras de teatro? ¿Cuántos partidos de fútbol? No llamó a su abogado. Solo fue al juzgado y una vez ahí, dijo:

—He cometido fraude.

Los noticieros cubrieron la noticia como ninguna otra. Sofía acababa de salir de la clínica con su hermano y su hijo cuando los periodistas la interceptaron.

—¿Sabía usted de los actos ilícitos a los que se dedicaba su esposo?

—¿Piensa que se trata de algún error?

—¿Cómo afectará esta situación a su hijo recién nacido?

Tantas preguntas absurdas que no sabía cómo contestar, por fortuna, su hermano los sacó rápidamente. El viaje lo había hecho en silencio hasta el departamento donde Sofía no pudo contenerse más.

—Se fue, Ricardo —dijo con la voz temblando con su hijo en sus brazos. El cálido cuerpecito no fue capaz de reconfortarla—. Se ha ido.

—Se ha entregado —acotó él, conciliador—. Hizo lo que tenía que hacer.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Qué hizo?

—No sé, no sé...

—Si yo lo hubiese perdonado —se lamentó—, si hubiese olvidado lo que pasó habría tenido más recuerdos con él.

—No lo habrías hecho, pequeñaja. Tienes mucho orgullo en tu cuerpo.

—Ignacio se criará sin su papá.

—He escuchado que pueden caerle unos cinco años si su padre quiere que pague en prisión, pero no es seguro. Además, no creo que el señor Forrester quiera eso.

Sofía apretó a su hijo temiendo perder las fuerzas. No podría soportarlo. No sola.

Tenía que ser fuerte por su hijo, sin embargo, sentía que moría.



# CAPÍTULO 17

Dane Forrester había envejecido diez años en dos días, nunca pensó que se pudiera sufrir tanto. Su hijo lo odiaba y siempre lo había hecho. Sabía que había sido su culpa y ya no sabía qué hacer para remediarlo. Lo primero naturalmente era retirar la denuncia, lo que estaba intentando hacer junto a sus abogados, pero había alguien que se lo impedía.

Óscar Valencia.

Entendía sus motivos para no querer hacerlo porque el traspaso de acciones había dejado con un cuarenta por ciento de su empresa a los Forrester y ese porcentaje no tenía fondos en ese momento. Tendría que apelar a la misericordia. No obstante, tenía un nuevo as bajo la manga del que se había enterado hacía un día: eran abuelos de un niño.

El hombre no podía ser tan testarudo como para continuar adelante con una demanda contra el padre de su nieto y, naturalmente, Dane le respondería económicamente o por lo menos repondría una parte. La casa de los Valencia estaba en silencio, aunque se encontraban todos reunidos.

A Dane le sorprendió encontrarse con Sofía sentada con ellos y con otro joven al que había visto trabajando para su empresa. Las expresiones de todos eran muy elocuentes con distintos grados del mismo sentimiento: decepción.

—Te esperábamos, Forrester —saludó seco el padre de familia logrando que Dane se pusiera más tenso aún—. Supongo que vendrás a darnos una explicación por el comportamiento de tu hijo, ¿no? De lo contrario no se me ocurre qué más podrías hacer aquí.

La hostilidad de Óscar no dio pie para que dijese a lo que iba, dudaba que lo escucharan y solo enfocó su atención en su nuera que le mostró una cansada sonrisa.

—Lo siento mucho —se dirigió a ella directamente—, imagino lo duro que está siendo para ti.

—Gracias, para usted debe ser aún más —respondió con delicadeza.

—¡Oh, vamos! —exclamó Berenice de pie abriendo los brazos—. La más ultrajada debería ser yo. —Y por muchas cosas, principalmente porque a Alejandro le habían bloqueado sus cuentas y no le había dado tiempo de cobrar el dinero que le había ofrecido.

—¿Mi nieto está aquí? —La ignoró sin ánimo alguno de iniciar una

confrontación con la mayor de las Valencia a causa de su hijo.

—Sí, en el que era mi cuarto con una niñera —la aparición de Sofia y el niño en la casa había provocado un alboroto a raíz del tiempo que llevaba ausente, sumado además a que con ella había llegado Ricardo, pero no había podido soportar más la angustiante situación sin tener noticias de su marido—. Podrá verlo, si quiere, una vez que terminemos de hablar. Es un niño precioso.

Sonriendo ante la mención del pequeño, Dane permaneció de pie porque el anfitrión no lo había invitado a sentarse.

—Lamento esta situación. Ha sido un gran golpe para mí. —Empezó hesitando—. Estoy tan dolido como vosotros y comprendo que no queráis tener nada que ver conmigo ni con mi familia, pero, aunque Alejandro ha cometido un error, sigue siendo mi hijo...

—Un hijo que te ha traicionado —Óscar cizañó y comenzó a dar vueltas por la sala—, y de paso nos ha arruinado...

—Óscar —amonestó su mujer—, basta de una vez, deja que Dane termine de hablar.

—¡No te metas! —le gritó en respuesta, rojo de ira.

—No le grites —advirtió el hombre joven que no había sido presentado y por primera vez Dane le prestó atención. Era alto, delgado y atlético, de ojos y cabello marrón. Se medía con el dueño de la casa de igual a igual—, y empieza a calmarte, porque estamos hablando del marido de tu hija y el padre de tu nieto.

—¡Ese mocosito no es nada mío! —escupió Óscar en su defensa y fulminó a Sofia con la mirada—. Llevo años manteniendo a la hija del amante de mi esposa, no quiero hacerlo también con su bastardo.

—¡Mi hijo no es ningún bastardo! —defendió Sofia con fervor, pero la declaración de Óscar cayó como una loza sobre los participantes de la reunión.

El rostro de todos se descompuso, pero cada uno a su manera. Dane los observó uno a uno con la boca abierta. María lucía mortificada y temblaba en su asiento, Berenice se llevó la mano a los labios y al chico se le desorbitaron los ojos.

La reacción que más lo sorprendió fue la de Sofia que miró al hombre, que cara al mundo era su padre, con una sonrisa ya repuesta de los insultos que le había dirigido a Ignacio y a ella misma.

—Soy rubia y tú, moreno —comenzó—, no puedo decir que no lo

sospechara de niña, ¿pero cómo pudiste soportarlo tantos años? Me odiabas.

—Por venganza —le contestó taladrándola con la mirada—. Te reconocí como mi hija para que ese tipo no pudiera reclamarte y porque haciéndote desgraciada haría pagar a tu madre.

—¿Qué dices? —interrumpió Berenice—. Era por eso... —dijo para sí—, por eso me hiciste odiarla desde que éramos niñas, porque según decías yo era mejor que ella. ¡Y yo te creí!

—Berenice... —María quiso alcanzar a su hija mayor, pero ella siguió mirando a su padre.

—Decías que ella estaba usurpando mi lugar, que nunca podría ser mi amiga, que era una intrusa en mi vida —espetó para sorpresa de Dane, quien observaba con espanto cómo todos los demás se mostraban resignados y nada impactados ante tal declaración—. ¡Y yo la hice sufrir! ¡Me interpose entre ella y Alejandro cuando era obvio que se atraían desde siempre!

—Creo que es mejor que me vaya, este es un asunto familiar —dijo Dane comenzando a retirarse, pero el joven lo detuvo.

—No, no se vaya, si usted se va, yo no podré contenerme y golpearé a este tipo hasta dejarlo inconsciente, pero si se queda y pierdo los estribos confío en que me detenga.

Reticente, permaneció en el salón, internamente agradeció que su nieto no fuera un Valencia, mucho peso llevaba en sus genes siendo un Forrester.

—¡No deberías hablarme de ese modo! Lo que tú hiciste para impedir que Sofía y Alejandro salieran fue tu idea —Óscar increpó a su hija ignorando a los demás—. Y yo todo lo que he hecho ha sido por ti, Berenice. Todo.

—Todo lo que has hecho ha sido envenenarme, pero ¿sabes qué? ¡Yo aprendí muy bien de ti! Y adivina quién ayudó a Alejandro, papá. —Óscar palideció y el resto la miró con sorpresa, para Dane la situación comenzaba a ponerse incómoda, pero, aunque lo avergonzaba reconocerlo y en voz alta jamás lo haría, estaba intrigado—. Yo. Yo lo ayudé porque no tenía nada que perder. Ya lo había perdido y sabía que en cuanto él supiera del embarazo de Sofía lucharía por volver con ella. Fue mi última jugada para intentar recuperarlo. Hice lo que tú siempre me dijiste que hiciera: pensé en lo mejor para mí, no me importó a quién dañara en el proceso.

Sofía negó con la cabeza lentamente y abrazó a su madre que no paraba de llorar. El joven también se acercó a ellas para contenerlas, pero la interrupción de una mujer con el bebé en brazos que lloraba, distrajo a Dane

que enfocó la vista en el bulto pequeño que se agitaba acaparando la atención inmediata de su madre que se precipitó hacia él.

—Tiene hambre y es mejor que nos vayamos. Señor Forrester —lo llamó—, si gusta nos vamos juntos, creo que no quiero estar más en este lugar.

Asintiendo, la tomó del brazo para salir, fue el único momento en que la vio débil aferrándose a su brazo con más fuerza de la necesaria.

—¿Me podría llevar con Alejandro, por favor?

Hasta donde él sabía un acusado por fraude no permanecía en prisión preventiva mientras el tribunal no efectuara un juicio abreviado que así lo estimara. ¿Pero qué sabía él de todos modos?

No era que el lugar en que se encontraba fuera precisamente una cárcel, de hecho, si no fuera porque estaba solo y sin nada que hacer resultaría bastante cómodo.

De un deprimente color blanco, las paredes invitaban a la melancolía a entrar por la puerta ancha y permanecer ahí como un invitado de piedra.

—Tiene visita —anunció el guardia.

Sospechando que se trataría de su abogado que no se había presentado desde el día anterior, se irguió para recibirlo. Sin embargo, lo que oyó fue el sonido de unos gorgoritos de bebé. No era posible...

—Sofía —susurró sin creer que fuera ella quien se acercaba con su bebé en brazos.

—No puedo quedarme mucho tiempo. Ignacio no debería estar fuera de casa siendo tan pequeño, pero...

—Está bien, yo... me alegro de verte —en sus ojos se traslucía el anhelo que significaba reencontrarse con su familia—, de veros quiero decir —se corrigió cuando el niño protestó con un gemido—. Ignacio —moduló en un susurro como saboreando el nombre lo que enterneció a la mujer.

—Ignacio Forrester. Tu hijo.

Sofía habría apostado que eran lágrimas las que brillaban en sus ojos en cuanto ella le aclaró que lo había inscrito como padre y que no le negaría el derecho de ejercer como tal.

—Nuestro hijo. —Le sonrió en respuesta—. Gracias, Sofía.

—Te lo dije antes, tú eres el padre de Ignacio, que lo nuestro se terminase no cambia ese hecho.

—Te amo, Sofía —le confesó buscando sus ojos—. Te amo. Te he amado siempre, aunque nunca te lo dije y yo ya lo sabía, pero prefería fingir que no

era así —finalizó atropellándose con las palabras—. Siempre he sabido que te amaba.

—No sigas —le rogó. Se acababa de enterar de que Óscar no era su padre y aún no sabía la versión completa como para soportar la confesión de Alejandro.

—No sabes cómo me he odiado estos meses, incluso estuve tentado de buscarte muchas veces, pero tenía claro conocimiento que te arrastraría conmigo a este agujero.

—Pudiste evitarlo —porfió la joven—, estaba en tus manos detener esta locura.

—No podía —las palabras a Alejandro se le atoraron en la garganta—, no tenía una motivación para hacerlo. Mírame, mi amor, por favor. —Por medio de los barrotes sacó la mano para tocar a su hijo y luego a ella—. Entiendes por qué no lo hice, ¿verdad?

—Llegaste demasiado lejos. Jugaste a ser Dios y yo no podría haberte recibido después de lo que hiciste. —Sofía había llorado tanto por su error que Alejandro quiso morir de impotencia. ¿Cómo había podido ser tan estúpido y tan cruel con ella? Ella, que le daba la vida con sus besos, había sufrido por su egoísmo.

—No pasó nada con esa mujer —soltó al fin la frase que habría querido gritar, pero que no fue más que un gemido desesperado—. Lo intenté, pero no pude. El reloj. El maldito reloj debió caer cuando salí, pero te juro que lo que siento por ti es real. Es tan real que duele. Te amo, Sofía.

—Te creo —dijo ella para su propia extrañeza. Alejandro no le mentiría estando tan afectado—, lo sé porque por años sentí amor también. Te amé demasiado, tal vez aún te amo un poco, pero no sé si quiero volver contigo.

—En estas circunstancias supongo que no soy el marido ideal. —Sonrió sin ganas.

—Te necesito, Alejandro. Te necesito tanto. —Alarmado, vio que Sofía comenzaba a llorar—. Una vez me dijiste que no tenías amigos y que yo era tu única amiga, yo ahora te necesito como amigo. ¿Podríamos serlo hoy? —Malditas barreras que le impedían abrazarla, la distancia física era poca, él podía sentir su aliento, pero no podía reconfortarla.

Maldito fuera él por no haber superado su pasado. Maldito, mil veces.

—¿Qué ha pasado? ¿Es por...? —«Ricardo», no fue capaz de pronunciarlo.

—Óscar no es mi padre —espetó para su sorpresa—. Lo ha confesado esta tarde.

—Oh, mi amor, lo siento mucho.

—No confío en que retire le demanda, al menos no lo pondrá fácil.

—Sofía —la llamó—, yo he cometido un delito y debo pagar por él.

Ignacio se removió entre los brazos de su madre para encontrar una posición más cómoda. Estaba despierto, pero tranquilo y miraba a su madre con atención.

—Nota que estoy alterada, creo que es mejor que me vaya.

—¡No, no te vayas! —gritó él logrando que el bebé lo mirara para ubicar de dónde salía la voz—. Sus ojos son azules.

—Todos los bebés tienen los ojos azules, Alejandro, pero es probable que sus ojos sean como los tuyos.

—Gracias, mi amor.

—¿Por qué?

—Por existir.

Fueron las dos semanas más tristes de Sofía, después de ver a Alejandro había llegado a su departamento para encontrar a su madre en él.

La conversación había sido muy esclarecedora, se había enterado de la verdad y no podía juzgarla por lo que había pasado, de hecho, la entendía y por fin su solitaria infancia tenía una explicación.

—Él pensaba que si te hacía sufrir a ti, sufriría yo. Eres madre, hija, sabes que el dolor de un hijo es el nuestro —le dijo.

—¿Quién es mi padre?

—El hermano de la madre de Ricardo.

—Dios mío. —Sofía se llevó las manos a la boca intentando comprender en qué momento su madre se había involucrado con el hermano de la amante de su marido.

—Se llamaba Manuel.

—¿Se llamaba? —preguntó ella temiendo la respuesta.

—Murió cuando tú tenías cuatro años.

—¿Cómo iniciaste una relación con él?

—Óscar comenzó su aventura con la madre de Ricardo después de dos años de casados. Yo tardé mucho en embarazarme y la relación comenzó a ir mal. Al tiempo supe que esperaba a Berenice, pero no me sentía feliz porque sabía que tu pa... —se interrumpió azorada—, que Óscar, quiero decir, me

estaba engañando.

—Ricardo y Berenice tienen una diferencia de pocos meses por lo que tu embarazo coincidió con el de ella.

—Tres meses, sí. Cuando supe que Óscar había tenido un hijo de su amante el mundo se me vino encima, caí en depresión. No soportaba ver a Berenice y fue Óscar quien se hizo cargo de ella.

—Oh, mamá...

—Sé que suena terrible, pero es verdad. Humillada, intenté increpar a la amante de mi esposo y así conocí a Manuel. —Los ojos de María brillaron ante el recuerdo de ese hombre al que tanto había amado—. Él me hizo ver que mi hija no tenía la culpa y que no se merecía mi indiferencia. Lloré en su hombro. Fue mi amigo y mi guía. Lo amé, lo amé tanto que entregarme a él resultó natural.

—¿Cuánto duró?

—Casi tres años. Se acabó cuando supe que estaba embarazada.

—¿Él no luchó por ti?

—Me pidió que nos fuéramos y lleváramos a Berenice con nosotros, pero no pude hacerlo, para ese entonces Óscar había dejado a su amante y adoraba a tu hermana. Él se fue a Perú y jamás regresó. Intenté contactar con él y conocí a Ricardo..., él se le parece mucho. No pude odiarlo y lo quise desde entonces. Pero tu padre ya estaba muerto.

—¿Sabía de mí? —Sofía temió preguntar, sin embargo, necesitaba saber si su padre la había abandonado.

—No, nunca se hubiese ido del país si lo hubiese sabido.

Habían llorado y se había prometido no volver a alejarse y desde entonces vivían juntos con Ricardo y el bebé.

Berenice no había vuelto a intentar contactar con ella y Sofía lo prefería así, no sabía qué podían decirse. Lo único que importaba eran su hijo y Alejandro. Su pequeño crecía cada vez más con el correr de los días y le dolía que Alejandro se estuviera perdiendo los pequeños logros de su bebé.

Iba a verlo cada día sin falta a su prisión llevando consigo una nueva foto de Ignacio, pero él no había vuelto a hablar de su amor, habían decidido que lo mejor era ser amigos y padres sin complicar las cosas, pero se había mostrado tan celoso cuando le preguntó por Ricardo que ella no sabía qué pensar.

—¿Has venido sola? —le preguntó.

—Me ha traído Ricardo, me espera afuera.

—Ah. —Alejandro dio un paso hacia atrás con una sonrisa tensa—. Veo que os lleváis muy bien, ¿sois muy amigos?

—Somos mucho más que solo amigos. —Fue enigmática por puro gusto de verlo sufrir un poco.

—Es un buen hombre ¿te...? —Se rascó la cabeza, incómodo—. ¿Te gusta?

—Oh, mucho.

—Ya veo, pero dejemos el tema, ¿sí?

—¿Por qué? —le insistió sonriéndole descaradamente.

—Tú sabes por qué.

—No, no sé por qué no podemos hablar de mi hermano.

—¿Tu hermano? —Sofía no lo había visto sonreír así en varios días y le encantó ver esa expresión de gozo y alivio. Le contó todo sobre Ricardo y él estuvo atento a cada frase.

—Te has quedado mudo, Alejandro.

—Sí, lo siento, es solo que me ha sorprendido. Dices que es el hijo no reconocido de Óscar y que durante todo este tiempo lo ha ocultado.

—Correcto.

—Me sorprende lo sórdido de la historia —reconoció—, y que vosotros os llevéis bien eso es todo.

—¿Por qué no deberíamos hacerlo? Somos hermanos. Tal vez no lo seamos biológicamente, pero en todo lo demás lo siento mi hermano mayor.

—Eres tan noble. —Le sonrió él con un extraño brillo en la mirada que dijo más que lo que exteriorizó.

En sus ojos había dulzura y aceptación, además había amor. Sofía lo veía, pero no sabía qué hacer. Ambos se habían hecho daño, pero seguían queriéndose. Estaba confundida. Lo que le provocaba en su interior era mágico y complicado.

Su amor por él había ido cambiando. De su fascinación adolescente no quedaba nada. Él no era un príncipe encantador, por fin lo veía como un hombre que cometía errores, que estaba en pleno derecho de equivocarse.

Sofía había entendido que sus sentimientos no habían sobrevivido a la primera prueba porque no estaban lo suficientemente fortalecidos por su propia autoestima. Ella no confiaba en ser digna del amor de Alejandro y había visto en su traición una salida a su propia inseguridad.

—Sofía —llamó Ricardo cautelosamente sacándola de sus cavilaciones.

—¿Qué sucede?



—Han puesto fecha para el juicio de Alejandro, es dentro de un mes. — Sofia asintió sin mirarlo. Un mes. Solo un mes para saber el destino del hombre que era padre de su hijo y al que había amado tanto.

Tenía solo un mes para preparar su defensa, reflexionaba Alejandro, sin embargo, no sabía qué podía decir como argumento.

¿Que había actuado por venganza contra su padre por separarlo de la mujer que le había dado todo cuando era niño? No podía decirlo frente a un tribunal. Estaba perdido.

La única fuerza que tenía se la daban su esposa y su hijo. Ignacio no podía crecer pensando que su padre era un delincuente, ese niño era su vida y no deseaba que se criara sin él. Podía ser egoísta de su parte, pero no quería que otro hombre ocupara su lugar en la vida de su hijo.

—Tengo que salir de aquí —se dijo acariciando una de las fotos que Sofia le había llevado del niño, en ella el pequeño estaba acostado de espaldas con el puño derecho en la boca. Era una delicia de bebé—. Por ti, hijo, saldré de aquí por ti.

En silencio rezó por su libertad. Tenía un mes para ello. Un largo y solitario mes sin su familia.

Pero, debía ser optimista. La figura legal a la que se enfrentaba tenía un enorme vacío en cuanto a lo penal según le había informado su abogado: no se pagaba necesariamente con cárcel.

Para ello debían llegar a un acuerdo económico y su abogado estaba trabajando en ello, pero con sus cuentas congeladas como las tenía, Óscar Valencia debería confiar en su palabra.

Y ese era el quid del asunto. Su suegro, o lo que fuera en ese momento, no tenía garantías de que él le pudiera responder por el desfalco. En solo un mes debía solucionar esa cuestión o se perdería parte importante de la vida de su pequeño.

Los días comenzaron a suceder iguales a los anteriores y ya solo quedaba una semana para su juicio y de momento su abogado no había conseguido un acuerdo.

—Si no lo hacemos tendremos que luchar porque la pena sea lo más baja posible —dijo el hombre que estaba a cargo del equipo de abogados que lo representaban.

No había sonado muy alentador, la verdad, pero tampoco se podía pedir más.

—Forrester —llamó un guardia a gritos golpeado la celda con un bastón —, tienes visita.

«¿Sofía?», se preguntó y por primera vez se lamentó de no tener un espejo. Se pasó la mano por el desordenado cabello rubio y enfocó la vista esperando verla aparecer, pero en su lugar fue a Ricardo a quien vio.

—¡Cuñado! —exclamó.

—Ah, eres tú, Ricardo. Hola.

—Joder, lamento no ser a quien esperabas. Déjame adivinar, ¿Sofía? — Encogiéndose de hombros, Alejandro le sonrió ladino.

—Pues sí, ¿por qué no? Ha venido cada día desde que estoy aquí.

—Le he pedido que no viniera hoy, te ha mandado esto, ¿estás haciendo un álbum o algo así? —preguntó mientras extendía una fotografía de Ignacio, Alejandro la tomó con la mano temblorosa, quería ver a su bebé, pero también quería tomarlo y abrazarlo. Moría por hacerlo.

—¿Lo has visto hoy? ¿Cómo está?

—Cada día crece más. —Suspiró el tío—. Mi sobrino es un niño muy activo. —Observando la fotografía, Alejandro distinguió rasgos de los Forrester en la cara del bebé, pero sus ojos eran indiscutiblemente como los de Sofía, también lo era la frente y el arco de las cejas—. Se parece a mi tío —aventuró Ricardo—, al hermano de mi madre, quiero decir. He visto fotografías del padre de Sofía e Ignacio se le parece.

—Vaya...

—Le he mandado una fotografía a mi madre y quiere venir a conocer a su sobrino nieto, espero que no te importe.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó sorprendido.

—Prejuicios, ya me entiendes.

—Mi madre también fue la amante de mi padre, nuestras circunstancias no soy muy diferentes, Ricardo.

—No, sé que no —Ricardo apoyó su espalda en la pared del pasillo y con aire melancólico—, tú y yo sabemos lo que es ser el hijo no deseado de un millonario empresario y sé lo que cuesta superarlo. —Era la primera persona, sin contar a Sofía, con la que Alejandro se sentía cómodo de tocar ese tema.

—Pero a ti te ha costado menos que a mí.

—No siempre, por cierto, hablando de relaciones paternas, no me has preguntado a qué he venido, jefe.

—¿No has venido solo a saludar? —bromeó Alejandro.

—No, jefe, hoy he visitado a mi padre temprano. Va a retirar los cargos en tu contra. —En su prisión a Alejandro se le borró la sonrisa y tuvo que apoyarse en la pared para no caer redondo al suelo debido a la impresión que le había provocado.

—¿Qué dices? ¿Por qué...?

—Por Berenice, claro —informó aburrido el joven—. Su hija también está involucrada y no quiere que tenga problemas. Vamos, es su favorita, ¿no? —Sin rencor en la voz, Ricardo se encogió de hombros—. Pero podemos beneficiarnos de ello, ¿no crees?

Sí, definitivamente resultaba útil. No era justo, pero Alejandro no regatearía sobre ello. Eufórico y con los ánimos renovados abrazó contra su pecho la nueva foto de su hijo. El niño le sonreía a la cámara con un adorable trajecito azul y un sombrero del mismo color. Alejandro solo quería estar con él.

—Gracias, Ricardo.

—De nada, cuñado.

Con lentitud el tiempo había corrido implacable para Sofía y ese día se definiría el futuro de su marido. El tribunal daría la sentencia esa misma mañana y había mucha expectación. La sala estaba llena de personas entre las que contaban conocidos, familiares y periodistas.

Sofía estaba recibiendo apoyo de Ricardo y su madre, pero había decenas de personas que se habían acercado a ella para darle ánimos, lo cual agradecía mucho. Al parecer el nacimiento de Ignacio había generado simpatía entre la ciudadanía que la veía a ella como la más afectada con los acontecimientos.

La veían como una víctima a pesar de que meses antes había sido la culpable de que su hermana se quedase sin boda. La memoria era frágil, siempre lo decían.

La sala era amplia y extrañamente cálida, Sofía nunca había estado en una. El banquillo de los acusados y su defensa estaba justo delante de donde se ubicaba el juez y el resto del jurado, al otro extremo se encontraba la parte querellante. El resto de los asistentes y la prensa estaban separados por una escalinata y una cerca de madera. La aparición de Alejandro esposado y derrotado logró que saltaran lágrimas rebeldes.

—Tienes que estar tranquila —susurró Ricardo—, todo saldrá bien.

Alejandro se veía tranquilo, pero anímicamente alterado. Él la buscó en la

sala entre toda la gente y le sonrió como si quisiera darle a entender que todo estaría bien, pero ¿lo estaría? Un «te amo» dibujaron sus labios antes de sentarse en el banquillo de los acusados.

A medida que los cargos en su contra eran leídos por el fiscal y objetados por el abogado defensor, el jurado tomaba notas. Fueron las peores horas en la vida de Sofía que apretaba las manos contra su regazo rogando que el castigo no fuera muy duro.

—En vista de los antecedentes entregados por la fiscalía local en voz de su representante fiscal, Pablo Cereceda, y por los argumentos entregados a favor por el abogado defensor, José Goycolea, este tribunal procede a entregar su veredicto —leyó la autoridad con tono ceremonioso—: El acusado, señor Alejandro Forrester Villalba, es declarado culpable de malversación de fondos privados, estafa y de manejo de información privilegiada bajo la figura de delito económico. Dicha figura, no obstante, no conlleva privación de libertad y por el retiro de la denuncia por parte del querellante, el acusado deberá cancelar una suma que asciende a treinta mil UTM (unidad tributaria mensual), dentro de un plazo de un mes como multa, firma semanal por un año en el retén de Carabineros de Chile más cercano a la residencia que el imputado indique como fija por dicho periodo de tiempo y prohibición de salir del país mientras dure la investigación. Archívese la causa y cúmplase la sentencia que este tribunal ha estimado pertinente. Se levanta la sesión.

Sofía se levantó del asiento automáticamente dejándose abrazar por su hermano y su madre. Alejandro estaría con arraigo nacional y firma mensual, pero nada más. Sería libre.

¡Libre!

—No me habías dicho que no arriesgaba cárcel, Ricardo —amonestó ella contra su cuello, pero temblando de alivio.

—Fue papá. Finalmente, no siguió con la demanda.

Alejandro, mientras tanto, recibía el abrazo de su abogado y el resto de su equipo jurídico. Estaba sorprendido de que, habiéndose declarado culpable, no debiera pagar más que una multa.

—Siento como si la espada de Damocles hubiese dejado de pender sobre mi cabeza —le dijo a uno de ellos.

Riendo, el hombre le dio una palmada en la espalda. Alejandro buscó a Sofía para encontrarla en brazos de Ricardo, después de que ella le contara el papel que él desempeñaba en su vida, Alejandro había dejado de verlo como

una amenaza y más como un amigo, además, no olvidaba lo que había hecho por él.

—¡Sofía! —la llamó y se disculpó con quienes querían saludarlo. Ella volteó y se lanzó a sus brazos.

—Alejandro, me siento tan feliz —susurró con la voz rota, su pequeña Sofía. Era su alma. Había extrañado la sensación de sentirla entre sus brazos durante los largos meses de separación y cuando habían hablado con la reja de por medio.

—Lo siento tanto. Siento haberte hecho pasar por esto. A ti y a nuestro hijo.

—Lo importante es que estás libre.

—Quiero verlo —pidió humildemente reteniéndola por la cintura.

—Te llevaré con él. Está con su niñera en mi casa.

Alejandro frunció las cejas, ¿y la casa que le había dejado? ¿Por qué no vivía en ella? Lo hablarían con calma cuando se alejaran de los curiosos, pero él quería que ella ocupara ese lugar junto a su bebé.

Su pequeña familia unida en su hogar.

La salida fue caótica, la prensa esperaba que dieran alguna declaración, pero él salió con su esposa de la mano, escoltado por Ricardo y su suegra.

—Iremos hasta mi departamento y pasaremos a buscar a Ignacio —les dijo Sofía a su familia—, luego iremos a...

—Mi casa —cerró él. Ella no discutió, él necesitaba estar en un lugar donde se sintiera cómodo después de estar tanto tiempo en un sitio hostil.

Sofía no soltó su mano en todo el trayecto para su sorpresa y deleite. Ricardo bufó y cogió su móvil para encontrar tres llamadas perdidas de un número desconocido y un escalofrío recorrió su columna vertebral. ¿Por qué pensaba en Julieta? Porque había visto el amor en los ojos de Alejandro por Sofía y temía que fueran sus ojos si la veía.

«¡Te amo, Ricardo!».

«¿Por qué no me das una oportunidad de hacerte feliz?».

«Quiero hacer el amor contigo. Quiero que seas el primero».

«Nunca me has amado, ¿verdad, Ricardo?».

«He dejado de amarte yo ahora. Es mejor que nos separemos antes de continuar haciéndonos tanto daño».

Ver a dos enamorados hacía daño cuando se estaba solo.

Llamaría a Pamela, en sus brazos olvidaría a Julieta, aunque fuera por un

rato. Además, quería distraerse por lo acontecido en ese día. Las emociones de todos estaban a flor de piel.

En la distancia una figura frágil veía conmovida a Alejandro irse junto a su esposa sin reparar en ella y los ojos se le empañaron. Se llevó la mano a la boca para que el sollozo que quería salir se quedara a resguardo.

Vestía de negro para pasar desapercibida, pero no le hubiese molestado si él la hubiese reconocido y corrido a sus brazos. Qué mujer tan bella tenía y según la prensa tenían un hijo recién nacido. Un niño que debía ser rubio como él cuando pequeño con ojos enormes y sonrisa desdentada. Cuánto daría por formar parte de la vida de ese pequeño para sentir que no lo había perdido todo.

—Laura —le llamó una voz ronca que le erizó el vello de la nuca a la mujer.

—Dane —susurró dándose la vuelta. Ese hombre al que en otro tiempo había querido tanto y al que luego maldijo entre lágrimas por haberla apartado de su hijo.

—Lo siento —fueron las primeras palabras que el hombre le dedicó después de tantos años de silencio—. Siento haber provocado todo esto. Siento no haber sabido ser su padre —la voz de Dane se volvió frágil y humilde—. Siento haberlo separado de ti.

—Te lo llevaste porque yo lo permití. Yo no podría haberle dado nada de lo que tú le diste. Una buena educación, ropa cara, buenos contactos... — Laura se detuvo para tomar aire y Dane pudo observar a la mujer que había amado y perdió por su arribismo. Ya no era joven, lucía cansada y sin vida, aun así, seguía siendo bella. Para él siempre sería la mujer más bella del mundo—. He seguido cada paso que ha dado de cerca, Dane. Cada triunfo, cada fracaso. Lo he visto alzarse victorioso y levantarse después de una caída. Se ha casado con una chica hermosa de su círculo, se ve muy enamorado de ella y tiene un hijo. ¿Crees que la habría conocido en otra circunstancia de haberse quedado conmigo?

—Fallé, Laura. De todos modos, te fallé. Nuestro hijo me odia.

—No te odia —lo calmó con una sonrisa. De pronto él volvió a verla joven y llena de vida. Volvió, no por primera vez, a desear haber sido más valiente, haber rechazado casarse con una mujer a la que no quería solo porque era lo que se esperaba de él—. Alejandro solo intentó protegerse. Nunca hubieses podido llegar a él de todos modos porque nunca te lo

permitió, pero no te odia. Así como yo tampoco te odio.

—Laura —la llamó cuando la mujer comenzó a retirarse—, también siento haber terminado así lo nuestro...

—Lo sé, Dane. Yo también —dijo dándole la espalda y apretando el abrigo negro con sus manos temblorosas.

—No he dejado de quererte.

Ella no respondió, aunque tampoco lo había hecho, nunca podrían superar lo que había pasado. Él la había engañado y luego la había abandonado estando embarazada para casarse con otra mujer. Habían pasado más de treinta años y ella no podía superarlo. Jamás lo haría. No importaba el tiempo que pasara. Dane Forrester había llegado a su vida encandilándola con su aire de hombre de mundo y ella, joven e impresionable, había caído rendida a sus pies.

Se habían conocido cuando él, perdido en Santiago, había llegado al local de comida donde ella trabajaba. Dane tenía veintitrés años; ella, dieciséis. Con él, Laura conoció el amor, pero también los lujos y la ostentosa vida de los poderosos. Fue víctima y victimaria de infinidad de intrigas.

Hasta que un año después, Dane la abandonó para casarse con una mujer de su posición estando ella embarazada de Alejandro. Sola y desgraciada, Laura había intentado abortar sin éxito la criatura que llevaba en su seno.

Sin embargo, Alejandro fue su luz. Y sí, había vendido su cuerpo, pero no se arrepentía. Lo había hecho por su hijo. Diez años siendo madre de ese niño la habían hecho cambiar y madurar. Impuso disciplina y le dio amor a partes iguales.

Le había dolido el abandono de Dane, como no pensó que nada podía doler, hasta que renunció a su hijo. No obstante, Alejandro merecía más. Mucho más de lo que ella le podía dar y por ello lo había hecho.

Aquella había sido la peor prueba a la que la había sometido la vida, pero su hijo en ese momento tenía su propia familia.

Y ella siempre velaría por él.

# CAPÍTULO 18

—Parece haber crecido demasiado en unos días —la sorpresa en la voz de Alejandro la inundó de felicidad.

—Los bebés crecen rápido.

—Huele tan bien. —Olisqueó absorto el pequeño cuerpo—. No sabes cuánto os he echado de menos. No quiero perderos ni sentirlos lejos, por eso estaba pensando en que os quedarais conmigo en esta casa, que viviéramos juntos... como amigos, quiero decir —se apresuró a aclarar ante los ojos desconfiados de Sofía.

—Alejandro —Sofía se arrodilló en el sofá de la casa de campo que él había acondicionado para vivir con su esposa—, yo sé que estos días han sido muy duros y que necesitas compañía, pero...

—Será por poco tiempo si quieres. No volveré a importunarte con mis sentimientos si has dejado de amarme. —Él le sonrió con los ojos ligeramente brillantes—. Están aquí —puso una mano en su corazón—, siempre estarán aquí, pero si no los quieres reclamar, lo acepto y aprenderé a vivir con ello.

—¿Dónde ha quedado el hombre que tomaba lo que quería sin pedir permiso? —preguntó acariciando su rostro suavemente sintiendo el crecimiento de su barba.

—Se ha enamorado de una mujer hermosa e inocente que le ha hecho ver lo que realmente importa en la vida —contestó con simpleza. El bebé, al percibir que perdía la atención de sus padres, se quejó con un gritito agudo. —Y también ama a su hijo que no quiere que lo ignoren. —Rio alzándolo ligeramente.

—Se te da bien con Ignacio, por lo general a esta hora se pone pesado.

—¿Cómo dices? ¡Si es el chico más bueno del mundo!

—Creo que ya es hora de que me vaya —dijo compungida, no quería separar a su hijo de Alejandro, ambos se veían muy cómodos juntos.

—Por favor, quédate conmigo esta noche —suplicó él rápidamente—. No te lo lleves, te prometo que no haré nada para incomodarte, pero no quiero estar solo. Sé que es egoísta, sin embargo, necesito estar con vosotros. Sois lo único que tengo en la vida. Mi familia.

—Pero... no sé, creo que no sería correcto, prometo pensar tu propuesta de vivir juntos, pero...



—Quédate, por favor —susurrando acercó su boca a la de ella—. Te necesito, Sofía.

—Detente, Alejandro.

—Un beso para celebrar que estoy libre —tentó susurrando.

Justo en ese momento Ignacio comenzó a impacientarse. Sofía agradeció internamente la interrupción y lo tomó de los brazos de su padre.

—Ven con mamá. ¿Tienes hambre, corazón? —preguntó suavemente.

—Salvada por la campana —murmuró él—, pero no creas que no reclamaré mi beso después. Pedí que acondicionaran una habitación para nuestro hijo —indicó pidiendo que lo siguiera—, está justo al lado de la habitación principal.

Sofía contuvo el aliento al ver la exquisita decoración del cuarto. Tenía las paredes pintadas de celeste y blanco y dibujos de animales pequeños.

—Es preciosa. —Admirada, se dirigió a la cuna que estaba junto a una mecedora cerca de la ventana—. Me sentaré para darle de mamar.

¿Ella quería que se fuera? No lo haría. Sentía que merecía ver cómo alimenta a su bebé por lo menos una vez.

—Si esperas que me vaya...

—Espero que si vas a quedarte no mires cuando libere mi pecho.

Alejandro cubrió sus ojos con las manos teatralmente para que ella no desconfiara, pero pudo oír perfectamente cómo se desbrochaba la blusa y se excitó con el recuerdo de sus perfectos pechos y cómo los había tocado y besado tantas veces. No era el momento e intentaba en vano calmarse, pero la abstinencia lo estaba volviendo loco. Se la imaginó perfectamente con su pecho al aire y la boca ansiosa de su hijo buscando el pezón.

—Puedes mirar ahora.

Sin embargo, nada lo habría preparado para la escena que se desarrollaba frente a sus ojos.

Sofía acariciaba la carita del bebé mientras este se aferraba a su pecho con avidez para beber de él con las mejillas sonrojadas y los ojos cerrados. Nunca había visto algo tan hermoso como a Sofía y a su pequeño en ese acto tan íntimo y dulce.

—Se queda muy tranquilo cuando lo amamanto —confidenció ella, orgullosa.

—Es tan perfecto —consiguió decir sin que la voz se le quebrara.

—Sí, lo es, ¿verdad? Aunque nosotros no seamos muy objetivos.

Alejandro se arrodilló para verlos mejor y supo que no quería perderlos. Quería que vivieran juntos como la familia que eran para siempre.

—¿Te gustaría tener más hijos? —inquirió para sobresalto de ella—. A mí me gustaría tener una niña, ¿sabes?

—¿Te imaginas cuidando una niña?

—Santo cielo, no —negó como si la sola mención le asustara—. Una niña sería mi perdición, pero me encantaría tener una chica que me obligara a hacer cosas que nunca hice... yo... imaginé que tendríamos una niña cuando hablamos de eso. Creí que tendríamos una.

—No me hagas sentir culpable de que resultara ser chico —amonestó con fingida pena.

—Los niños sienten una admiración por la madre durante todas las etapas de su vida. La buscan para todo y cada mujer que conocen la comparan con ella.

—Nunca me has hablado de tu madre. —Ignacio dejó de mamar para mirar a su padre cuya voz estaba tan cerca de él. Volteó la cabeza dejándole a la vista el pezón de Sofia que adornaba el pecho al que aún el niño se aferraba. Él suspiró con anhelo, por lo visto ella no había notado que Ignacio ya no estaba mamando y lo miraba con curiosidad.

—¿De verdad quieres saber de ella?

—Es tu madre y la abuela de mi hijo. Es parte de tu vida e inevitablemente parte de la vida de Ignacio.

—Sí. —Alejandro acarició la cabeza de su hijo—. Ella era una buena mujer, no era una madre ejemplar, sin embargo.

—¿Nicole? Siempre imaginé que era una mujer muy frágil.

—Nicole no es mi madre —aclaró rápidamente para sorpresa de Sofia que cubrió su seno absorta, mirándolo—. Cuando te dije que era un bastardo lo decía en serio, soy hijo de la amante de mi padre.

—¿Cómo dices?

—Mi madre se llamaba Laura... o se llama. No lo sé. —Alejandro sintió lástima de sí mismo. ¿Cómo podría decirle a la mujer a la que amaba que nunca había vuelto a ver a su madre? ¿Cómo justificar que, a pesar de su posición, jamás la había buscado? Sintió vergüenza y se puso de pie para que ella no pudiera ver en sus ojos su dolor—. Yo tenía diez años cuando Dane me buscó para llevarme consigo. Mi madre..., ella no llevaba una vida convencional y yo era un chiquillo de arrabal, pero ella era mi mundo. Yo la

amaba. La quise tanto, Sofía, pero nunca más la volví a ver.

—Dios mío, Alejandro, por eso tú... querías vengarte.

—Sí, no podía soportar que mi padre continuara haciéndose rico —dijo recordando cómo se había amargado al ser testigo de las excentricidades que podía permitirse su padre, mientras pensaba en su mamá pasando penurias—. Cuando se asoció con Óscar no solo comprometió capital para levantar su alicaído negocio, también me comprometió a mí por los predios que tienen los Valencia en la región de Valparaíso.

—Pero tú aceptaste —Sofía no podía imaginar que Alejandro se dejara manipular por nadie, ni siquiera por su padre.

—Era un motivo más para vengarme. Primero había jugado con mi mamá a su antojo y luego hacía lo mismo conmigo por ambición —espetó apretando los puños hasta que sus nudillos se volvieron blancos—. Él continuaba enriqueciéndose mientras mi madre... ¡mi madre se había quedado sola y sin nada!

Sofía dejó al niño en la cuna para precipitarse a sus brazos y reconfortarlo. Estaba herido y necesitaba su consuelo, lo supo instintivamente, él no tenía a nadie en su familia con quien desahogarse. Ella era la única.

—Lo lamento tanto —susurró acariciando su cabello—. Imagino tu dolor, tus años de angustia, tu miedo. Eras un niño y estabas solo y perdido. — Alejandro apoyó su cabeza en el hombro de su esposa y permitió que lo consolara como nadie había hecho jamás.

—Estuve solo durante mucho tiempo. Intenté que Nicole me viera como un hijo, pero era imposible, al final su indiferencia fue mejor para mí. En el colegio los niños me rechazaron por la forma en que hablaba y me aislaron.

—Eso es terrible.

—Estuve perdido años, hasta que decidí que lo único que podría hacerme feliz sería ver a mi padre caer, pero me equivoqué, mi amor, porque lo único que podría hacerme feliz eres tú. —Besó su hombro donde antes había estado apoyado su mentón.

—Detente, Alejandro, no...

—Te deseo —insistió él acariciando con sus labios la piel que quedaba al descubierto.

—Dame tiempo yo... te quiero, pero, Alejandro, mírame —los ojos eran el espejo del alma y en los de él brillaba la vulnerabilidad—, no sé si te amo como antes. No lo sé.

—No creo que me merezca otra cosa, ¿has dejado de amarme entonces?

—No creo, pero mi amor por ti es diferente a lo que era hace meses. —  
Asintiendo y comprendiendo la situación Alejandro se apartó.

—Será mejor que acostemos a Ignacio y que descansemos ha sido un día muy largo.

Sofía perdió su calor cuando él se dirigió a la cuna donde su hijo comenzaba a cabecear para que lo acostaran como correspondía.

Se sintió desdichada, él le había contado su pasado, le había abierto su corazón y ella lo alejaba. ¿Qué podía perder con intentarlo? Teóricamente su matrimonio no había durado más de una semana. ¿Podía dejarlo sin darle una oportunidad?

—Cuando intenté acostarme con esa otra mujer —siguió sin mirarla—, lo hice pensando que de ese modo no me involucraría más de lo que ya estaba contigo, mi amor. Fue una tontería, pero no te quería hacer daño, no quería que te enteraras nunca. Iba a ser mi secreto para que cada vez que nos fuéramos acercando eso se interpusiera entre nosotros. Fue una estupidez.

—No creas que eso me hace sentir mejor.

—No lo he dicho por hacerte sentir mejor, lo digo porque es la verdad.

—Acostémoslo ya, Alejandro.

Él acató y se entregó a la rutina de acostar a su bebé agradeciendo poder hacerlo por primera vez.

Solo en la cama, Alejandro contempló el techo. Era imposible dormir. Estaba libre siendo culpable. Y su esposa estaba durmiendo en la habitación contigua. El deseo por ella estaba consumiéndolo y ella albergaba dudas sobre él, ¿cómo culparla? Era un drama y él odiaba los dramas. Los detestaba y su vida se estaba volviendo uno. Qué miserable. Había derramado más lágrimas en esos meses que en años, concretamente desde que había dejado de llorar por su madre.

Su madre, ese día había hablado de ella con Sofía, cuando nunca antes lo había hecho con nadie, ¿necesitaba ella más razones para ver que la amaba? Si él fuera una persona justa, probablemente, debería dejarla ir. Era lo correcto, pero él no quería hacer lo correcto, sino lo que dictaba su corazón.

Y su corazón la quería a ella.

Haber liberado parte de su dolor en sus brazos había resultado muy reconfortante, había aclarado sus motivos y esperaba que de ahí en adelante su vida tomara el giro indicado. Solo esperaba que en su futuro estuviera Sofía.

Ricardo no podía concentrarse en Pamela, aunque ella intentaba por todos los medios que él se conectara y ella sabía cómo distraer a un hombre, sin duda.

—¿No quieres? —le preguntó. Pamela era una mujer hermosa y sensual, pero no podía pensar en tener sexo con ella.

—Hoy no ha sido un buen día —aclaró—. Lo mejor será que me vaya.

—¿Por qué?

Era una pregunta muy buena: ¿por qué? La sonrisa de otra mujer, en otra época, una chica que le confesó su amor y que lo hizo feliz por poco tiempo hasta que había tomado la decisión de dejarlo para priorizar su carrera..., maldito día, había llevado recuerdos que quería borrar de su mente. Maldita fuera ella por llamarlo. Maldito él por seguir enamorado de Julieta.

—Debo irme, te llamaré. —No lo haría y ella instintivamente lo supo.

—¿Qué pasa? ¿Es por otra mujer, Ricardo? —Iba a negar, pero no fue capaz.

—Sí.

—Puedo ayudarte a olvidarla.

—Lo dudo, lo he intentado antes, pero es... imposible.

—Perfecto. Me parecías sexy, pero te has puesto sentimental, ¿quieres hablar? Prepararé café.

—No es necesario. No quiero hablar. —Se dirigió a la puerta donde paró en seco cuando pensó que hablar no era malo—. ¿Tienes cerveza?

—Voy por ella.

Ricardo se acomodó y la esperó hasta que ella llegó con dos latas y se sentó frente a él.

—Gracias.

—¿Quién es la chica que me ha arruinado la noche?

—Se llama Julieta, la conocí cuando hice un intercambio estudiantil en Europa, era una chica muy simplona —describió abriendo la lata, el recuerdo de la chiquilla delgada y sin gracia que había ignorado cruelmente lo asaltó—. Ella es argentina y se ganó la misma beca que yo. Se enamoró de mí y en ese tiempo en mi opinión el romance era muy bajo, no era más que una tontería, pero esperó un par de meses más para confesarme su amor y yo acepté porque quería experimentar. Perdimos nuestra virginidad juntos.

—Muy tierno.

—Verás que no lo fue. Ella me entregó todo, pero yo quería estudiar para

demostrarle a mi padre mi valía y nos fuimos distanciando. Tenía sueños que no la incluían y al poco tiempo ya no era lo mismo entre tanto estudio y nuevas amistades, seguíamos juntos porque estábamos solos fuera de nuestras casas, pero yo no estaba muy seguro de si estaba enamorado, no obstante, sí que la quería. ¡Vaya si la quería! Pero ella me hizo la peor pregunta posible.

—¿Cuál?

—Si estaba enamorado. Le dije que no. Ya no me satisfacía estar con ella, estaba comenzando a resultar agobiante, aunque sexualmente nos entendíamos muy bien. Tuve miedo de lo que hacía conmigo y el poder que estaba teniendo sobre mí. No quería reconocer que la amaba porque el amor había acabado con mi madre y no quería eso para mí.

—Idiota.

—Mil veces. Lo dejamos ahí. —Dio un sorbo al líquido ambarino, era la peor parte de la historia—. A los meses ya no soporté más estar sin ella viéndola a diario y volví a buscarla. Julieta estaba ahí y la seduje otra vez. No debí hacerlo, debí confesar lo que sentía primero, pero su ausencia me había alterado más de lo que estaba dispuesto a confesar.

—¿Por qué hiciste eso? —se encabritó ella. Por lo que él daba a entender la muchacha era una mujer inocente y enamorada que no sabía que era correspondida.

—No lo sé, me resultó más sencillo que exponerme. Así seguimos un tiempo más, pero la relación no la hacía feliz, en mi ignorancia pensé que estaba alterada por el final de año y los exámenes que tenía pendientes, pero no era eso.

—Dime que te dio una patada en el culo y que reaccionaste... o espera, no lo hiciste, claro. Ese fue el problema.

—Fue peor. Dejó de amarme. Me dijo que quería estudiar en Buenos Aires, ambos teníamos la opción de estudiar en alguna universidad de Europa, lo gestionaría el colegio, pero prefirió irse y yo regresé a Santiago, ya no quería nada más. Entré a la universidad y me hice ingeniero, cuando el sueño de mi vida era ser médico, pero no quería tener nada que ver con Julieta y pensaba que estudiando medicina estaría más cerca de ella. Fue una tontería.

—¿Ella es médica?

—Sí, es la mejor. Vive en Córdoba. Ella cumplió nuestro sueño. ¿Lo puedes creer? Es como si no le hubiese afectado nada lo nuestro.

—Lo creo totalmente porque yo hubiese hecho lo mismo. No se sabe lo que

tienes hasta que lo pierdes, ¿verdad?

—Me di cuenta de que ella era el amor de mi vida cuando nos despedimos en el aeropuerto.

—Y ella te mandó a volar.

—No —soltó una carcajada—, fue mucho más diplomática que eso, pero indirectamente me mandó a la mierda. —Ricardo se encogió de hombros—. Se fue y le deseé una vida feliz, la abracé como si fuera su hermano. ¡Pero sigo enamorado de ella! No la he podido olvidar, no importa la cantidad de mujeres con las que me acueste, ella siempre está en mi corazón. La amo.

—Qué idiota.

—No quería comprometerme. Encontré el amor de mi vida demasiado pronto, eso es todo —se defendió Ricardo con el ceño fruncido.

—Pero ha pasado algo más, ¿no? —inquirió la mujer.

—Está embarazada. —Ricardo se llevó las manos a la cabeza y sus hombros se hundieron como si llevase el peso del mundo sobre ellos.

—Oh, mierda.

—Y quiere que sea el padrino de su hijo —agregó derrotado.

—Mierda multiplicada por tres.

—Y le he dicho que sí. —No había sido capaz de negarse a la petición del amor de su vida, aunque aquello lo matara lentamente.

—Estás jodido, cariño. No me gustaría estar en tu lugar.

Esa mañana el niño lo despertó con un grito agudo. Alejandro fue a su encuentro en cuanto lo sintió.

—Corazón, tranquilo —intentaba Sofía calmar a la desconsolada criatura. Estaba despeinada y parecía cansada. ¿Habría dormido mal por la misma razón que él lo había hecho?

—¿Mal despertar, campeón? —le preguntó para que notaran su presencia en el umbral de la puerta.

—Los tiene a veces. Lamento si te ha despertado.

—No hay problema, es mi hijo también. —Le sonrió—. Ven con papá. —Estiró los brazos para recibir al niño que comenzaba a calmarse.

—Ya veo que te quería a ti.

—¿Lo dudabas?

—Claro que no, pero te agradezco que lo entretengas mientras yo me doy un baño.

—Te esperamos entonces —la despidió besando la frente de su bebé que

recostó confiadamente en él.

Sofía podría acostumbrarse a esa relación, pensó una vez en la ducha. Alejandro se mostraba encantador y muy tierno con Ignacio. ¿No decían que la forma de ganarse a una madre era por medio de los hijos? Y una buena forma para ablandar su corazón era que se hiciera cargo de su niño sin machismos de por medio.

Por primera vez en días pudo darse una ducha larga y reponedora sin preocuparse porque su hijo la fuera a extrañar. Al volver con ellos él estaba con el bebé aún en sus brazos, aunque la daba la espalda.

—¿Estás presentable? —le preguntó.

—Tanto como puedo estarlo —respondió la joven madre esperando que él le entregara al niño, cuando los ojos de ambos se conectaron y el brillo los delató. Se deseaban. Aún.

Alejandro aprovechó para acercarse más a ella y tocar su cabello todavía húmedo por la reciente ducha.

—Eres tan bella, Sofía. —Los ojos verdes de la mujer brillaron con intensidad y temor de caer nuevamente, Alejandro se obligó a retroceder—. Iré a darme una ducha yo también.

—Está bien.

Con esa frase, se marchó. Necesitaba una ducha fría para ahogar su deseo por su esposa.

Más tarde ese mismo día, Sofía se encontraba observando el piano que Alejandro le había comprado sin que ella lo supiera. Era un ejemplar magnífico y costoso, admirada, rozó con la punta de los dedos la madera de la cola.

—¿Tocas, Alejandro? —preguntó ignorante.

—No le doy a ninguna nota —reconoció—, pero sé que tú eres una prodigio del piano.

—No es para tanto. —Se sonrojó ella.

—Podrías tocar algo ahora —le sugirió—. A mí y a Ignacio nos gustaría mucho oírte, ¿verdad que nos gustaría oír a mami, campeón?

Sofía se sentó en el taburete y acarició las teclas primero antes de tocar una suave melodía con los ojos cerrados. Para Alejandro nunca había lucido tan etérea como en ese momento. Ni tan inalcanzable.

¿Cómo podía una mujer ser tan pura y provocar en un hombre sentimientos lascivos? Sofía disfrutaba de la música y su hijo también por lo visto, estaba



quieto y atento a lo que hacía su madre.

«La amo, simplemente la amo».

No pudo dejar de mirarla durante el tiempo que duró la melodía que interpretó, ni de imaginar lo que sería volver a tenerla entre sus brazos. Añoraba su contacto y su cálido consuelo. No quería perderla. La quería demasiado para ello. Él, que nunca había amado a una mujer, estaba totalmente enamorado de esa chiquilla que le había dado su pureza y su tierna inocencia.

Los periódicos de los días siguientes, publicaron la noticia de la libertad de Alejandro y de cómo este había salido de la mano de su esposa. Los rumores comenzaron a correr en todas direcciones, para Alejandro y Sofía, sin embargo, eso fue intrascendente y continuaron con su vida normal, pero sin que su relación variara. Tenían muchos momentos juntos, pero ninguno había vuelto a hablar de su relación.

—Hoy iré a ver a Ricardo, se va de viaje y quiere despedirse de mí — anunció ella una mañana después de tres días viviendo juntos como amigos.

—¿Me dejarás al niño o lo llevarás contigo?

—Quiero dejarlo contigo si no te importa —contestó con una sonrisa inocente que a Alejandro le aceleró el pulso, sintió cómo cada fibra de su cuerpo despertaba contra su voluntad. Sus días junto a ella estaban comenzando a pasarle cuenta.

—Sí, sí, no hay problema —se apresuró a asegurar con la respiración acelerada.

—Gracias. —La tensión sexual era palpable en la habitación y ambos se miraron conscientes de ello.

La chispa que estaban intentando ocultar se encendió y sus cuerpos se acercaron como imán al metal.

—No estoy segura de esto, Alejandro —advirtió Sofía a pocos centímetros su boca.

—No pienses en ello, solo... solo déjalo fluir.

La besó antes de que se arrepintiera para llevarla hasta el sofá y desnudarla lentamente. Con movimientos reverenciales y ceremoniosos, la tocó como nunca lo había hecho y le hizo el amor tan lentamente como fue capaz antes de llegar al orgasmo con un ronco gemido.

—Te quiero, Sofía.

Sofía tardaba, pero Ricardo no estaba interesado en la hora, de hecho, si ella no llegaba él podía culparla de no viajar para disfrazar su cobardía

porque la sola idea de ver a Julieta cargando la semilla de otro le revolvía el estómago. Cuando Sofía estaba embarazada se la veía hermosa por la luz que irradiaba la felicidad que sentía, ¿también a Julieta se la vería así?

—Soy un hijo de puta. —Angustiado, se sentó en el sofá—. Le hice daño, me merezco sufrir, pero ella ni siquiera me odia y me ve como a un amigo.

Por fortuna, María se había ido a casa de una prima en el sur para pasar el trago amargo de su separación y las verdades reveladas, porque de lo contrario lo vería en ese estado tan patético y se preocuparía. Sofía apareció media hora después de la hora acordada y visiblemente perturbada.

—¿Qué honor me haces presentándote, pequeñaja! —A pesar de que intentó que su voz sonara natural y despreocupada, no fue posible hacerlo del todo y Sofía, que lo conocía bien, no cayó en su engaño.

—Bueno, me he demorado, pero eres tú el que me tiene que explicar por qué te vas de pronto con tan poca antelación.

—Mi mejor amiga será madre dentro de estos días y quiere que la acompañe. Eso es todo.

—Pero qué noticia tan hermosa, Ricardo, supongo que lo que te tiene así es que te has dado cuenta de que quieres tener hijos también, pero aún eres joven, tienes todo el tiempo del mundo, además...

—Amo a Julieta —la cortó para sacarla de su error—. Fue mi novia, pero aún la quiero.

—¿Qué? No, no es posible... ¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Recuerdas que una vez te pregunté lo mismo y tú contestaste que me lo estabas diciendo en ese momento? Pues te lo reboto.

—Hermano, lo siento tanto.

—No más que yo, créeme. No sé cómo podré mirarla a la cara y desearle que sea feliz junto a su pareja cuando lo único que quiero es quedarme con ella. —Desconsolado y liberando su frustración se abrazó a su hermana que lo recibió conmovida. Nunca lo había visto así de angustiado—. Estoy pagando un error terrible. La dejé. La lastimé. Fui un cobarde y un embustero que solo pensaba en aparentar lo que no era. Ahora me doy cuenta de que mi orgullo no lo vale, Sofía. Que mi amor por ella está condenado a ser para siempre un secreto y no sé si podré vivir con ello.

—No hables así. No seas tan duro contigo mismo.

—No conoces las circunstancias, pero te puedo asegurar que me merezco todo lo que me está pasando.

—No necesito saberlas para hacerme una idea. Eres un gran hombre, no le habrías roto el corazón a una mujer con intención.

—Lo hice y la perdí, pero tú estás a tiempo, Sofía. Aún puedes reconstruir tu vida porque dudo en equivocarme si aseguro que ese halo de felicidad que desprendes se debe a Alejandro, ¿verdad? —Azorada, Sofía ocultó su rostro del escrutinio de Ricardo, recordando la pasión con la que se había entregado a él otra vez después de tantos meses, solo unas horas antes de verlo.

—No sé qué siento.

—Él no te hizo daño, Sofía, él no fue quien te dejó, lo hiciste tú. Él te ama y tú lo amas, ¡si hasta estáis viviendo juntos!

—Lo sé —ella comenzó a reír suavemente—, nunca pensé que fuera de esa clase de mujer y tienes razón. ¡No es que estemos viviendo como amigos... no hoy por lo menos!

—Alto —cortó su perorata—. Que no se te olvide que soy tu hermano mayor todavía y no quiero saber más. —Los dos sabían que no eran hermanos biológicos, pero en sus corazones siempre lo serían, eso iba más allá de las circunstancias de sus nacimientos.

—¿Ya te vas?

—Sí.

—Suerte y que Dios te dé fuerza para sonreír cuando te enfrentes a ellos.

Ricardo sonrió sin ganas y la abrazó por última vez para salir del departamento sintiéndose el perdedor en la historia. Aunque aún faltaba saber de Berenice, pero ella tenía tanta suerte que no le extrañaba que al final consiguiera un hombre con dinero que la mantuviera.

¡Qué cruz!

—Cuando tengas edad para saberlo, verás cómo logran las mujeres dejarlo a uno feliz por todo un día con solo unas horas de su tiempo a cambio.

Ignacio hacía gorgoritos en sus brazos, ignorante de la felicidad de su padre que sonreía embobado.

—Eres un pequeño milagro, ¿lo sabías? Eres mi pequeño milagro. Te amo, hijo, no te imaginas cuánto te amo.

Fue invadido por el amor a su bebé y lo dejó fluir para que inundara cada poro de su piel, sabía que daría la vida por Ignacio y que lo amaría siempre, por lo mismo comenzaba a entender los motivos de su padre. Quizá no habían sido empleados los mejores métodos, pero lo quería, Alejandro no podía negarlo por más tiempo.

Había estado ciego en su afán de vengarse, de lo que para él había sido un gran agravio, que no había visto cómo su padre intentaba acercarse para forjar el lazo entre los dos. Tenía que intentar salvar esa distancia, se lo debía a su hijo. Cuando Sofía llegó él ya había tomado una decisión y se la comunicó sin dilatación.

—Creo que es lo mejor, te felicito —le respondió ella, pero no lucía alegre, más bien se veía melancólica. Alejandro odiaba ver esa expresión en sus ojos y temía que fuese su culpa.

—No pareces muy feliz. Si es por lo de esta tarde...

—No, no es por eso, sería muy cínico de mi parte —se apresuró a afirmar.

—Me alegro porque yo no me arrepiento. Estar juntos y ser uno es maravilloso, pero ser dos y estar solo es horrible, ¿no crees?

—Tienes razón y supongo que no tenemos que dilatarlo más. No merecemos estar solos. —Sofía se acercó a él para mirarlo directamente a los ojos, Alejandro no necesitó que ella se lo confirmara porque pudo leer en esos profundos ojos jade lo que no decían sus palabras.

—¿Me amas? —espetó confuso.

—Hace algunos meses no lo habrías preguntado, lo habrías afirmado.

—Mi amor...

—Te amo, Alejandro. Desde siempre, no es que albergara dudas de mis sentimientos, es solo que algo cambió en mí, no quería salir lastimada. Toda mi vida he sido la chica callada que nadie en casa quería. No quería pensar que era un reemplazo de mi hermana para ti. Intenté reprimir mis sentimientos para protegerme y salvaguardar mi orgullo, aun así nunca he dejado de amarte.

—Sabes que no lo eres. Nunca podrías serlo. Te quiero por ti misma.

—Me quise engañar para cubrir mi corazón, pero te amo con toda el alma. Démonos una oportunidad y vayámonos lejos de aquí —fue su petición, pero Alejandro se encontraba sorprendido. Sofía lo amaba. ¡Y quería que lo intentaran otra vez! No podía más de gozo, sin embargo, ella malinterpretó su expresión—. Si por mi tozudez he logrado que tu confianza en mí flaqueara, te ruego que...

—Te he dicho ya que te amo, Sofía —la interrumpió antes de que comenzara a culparse por algo que no había hecho—, pero te lo diré otra vez y todas las veces que sean necesarias hasta que me creas. Te amo. Te amo. Te amo. Has sido mía desde siempre, desde esa primera mirada en que me perdí en tus ojos, desde la primera charla sobre Picasso que tuvimos junto al fuego,

desde la primera vez que te hice sonrojar comentando lo hermosa que estabas con ese vestido violeta. Te amo y siempre he sido tuyo, solo que por estupidez tomé un camino más largo hasta ti, pero he llegado y te encontrado y no estoy dispuesto a perderte. Cásate conmigo otra vez, hagamos de este nuestro verdadero inicio. Tú, yo y nuestro hijo ¡y los que vengan!

—Pero si ya estamos casados.

—Pero no como tú soñabas, haremos una fiesta aquí o donde sea. Donde quieras, con las personas que tú quieras y con nuestro hijo junto a nosotros — la emoción desbordó por los párpados de Sofía en forma de lágrimas que corrieron libremente por sus mejillas—, y me darás una alianza para lucir — alzó su mano sin anillo—, creo que es importante.

—Sí —susurró—, sí, sí, mi amor —dijo más alto—. Te amo y me casaré contigo otra vez y cuantas veces quieras.

Alejandro no se resistió más y la atrapó entre sus brazos para besarla colmado de felicidad.

—Eres mi redención, mi luz, mi ángel. Te amaré siempre.

—Siempre.

—Me pregunto si está bien que hagamos el amor sin la bendición de la Iglesia. Una vez mi abuelo dijo que eso era como vivir en pecado. — Alejandro rio ante la observación de Sofía.

—Creo que no es lo que un hombre espera escuchar después de hacerle el amor a la mujer que ama.

—¿A qué te refieres?

—Que estás diciendo, veladamente claro, que te sientes culpable por haber hecho el amor conmigo.

—Yo no he dicho eso —se defendió ofendida separando su cuerpo desnudo del de su amante.

—No, pero lo has insinuado y si lo que quieres es que corra a buscar un cura que nos case, deberás esperar a que recupere las fuerzas que me has quitado hace un rato. —Sofía se acurrucó en sus brazos para besar la línea fuerte de su mandíbula.

—Te amo tanto que me da miedo estar tan feliz. Todo está yendo demasiado bien.

—Aún debo hablar con mi padre y pedirle perdón por mi traición. Me he dado cuenta de que un padre es vulnerable más que cualquier otro ser humano y como tal puede cometer errores.

—Mi amor...

—Y también te lo debo a ti. —Sofía lo miró sin comprender—. Si no fuera por ti no tendría a Ignacio conmigo y nunca me habría dado cuenta del daño que he hecho al amor que mi padre me tiene. —Alejandro la sentó a horcajadas sobre él para incorporarse con ella en el regazo y abrazarla plenamente—. Mi hijo tiene mi corazón en sus manos, ahora sé lo expuesto que está un padre por amor a sus hijos.

—Me gusta en lo que te has convertido, mi amor.

—Eres una gran influencia para mí.

—Y tú eres una mala influencia para mí, pero creo que también quiero ser algo perversa —dijo sensualmente empujándolo contra las almohadas y él con una sonrisa se dejó hacer.

—¿Qué tan perversa?

—Eso depende de ti.

—Entonces serás indudablemente muy perversa. —Y lo iba a ser hasta que Ignacio decidió que su siesta debía terminar y gritó al verse solo—. Bueno, tal vez más tarde.

—Voy por él.

Alejandro tendría que pensar en algo horrible para bajar su erección, porque ver a Sofía volver con su hijo, desnuda, no ayudaba mucho. Sin embargo, no podía estar más feliz. Había alcanzado la felicidad junto a la mujer que amaba y no lo cambiaría por nada.

# CAPÍTULO 19

Ricardo llegó a Córdoba agotado y sin ánimo, se sentía vacío y solo entre tanta gente. No esperaba que nadie lo recibiera y tampoco se lo pidió a Julieta. Ella estaba al salir de cuentas y en su estado era mejor que no hiciera recorridos largos.

Su bella argentina de cabello castaño rojizo y ojos azules. Qué triste era saber que nunca sería para él y que otro hombre la tenía. «De otro, será de otro como antes de mis besos», malditos versos de Neruda y cuánta razón tenían.

Los recuerdos de sus días en Ámsterdam donde lo más importante era Julieta se mezclaron con el presente triste y solitario que tendría que enfrentar. Sacó su teléfono móvil y marcó el número de Julieta, esperó a que ella respondiera con el corazón saltando en su pecho ante la idea de verla.

—¿Ricardo? —preguntó la joven al otro lado de la línea.

—Hola, Julieta.

—¿Estás en Córdoba? ¿Qué tal el viaje? ¿Has llegado bien? —Ricardo no pudo evitar sonreír con Julieta y su capacidad de soltar tantas palabras por minuto.

—Estoy en Córdoba. Ha sido un buen viaje. He llegado bien —sin perder la sonrisa le contestó de corrido—, pero no sé dónde ir.

—¡Cierto! Tienes razón. —Le dio rápidamente la dirección y Ricardo la apuntó mentalmente—. Te espero.

—Sí, sí, nena.

—No pagues con billetes muy grandes en el taxi. Se te nota lo extranjero, Ricardo.

—Cariño, Argentina no está en otro planeta. —Rodó los ojos ante la referencia—. En Chile tampoco un extranjero debe pagar con billetes muy grandes.

—¿Seguro que estarás bien?

—No te preocupes tanto, mujer, y espérame con el bife de chorizo que me prometiste. Tengo hambre.

—No puedo evitar preocuparme por ti.

«Entonces ¿por qué no cuidas de mí toda la vida?», Ricardo se mordió la lengua para no decirlo.

—Espérame, Julieta.

—Está inconsolable —se lamentaba Sofía con su bebé en brazos moviéndose de un lado a otro mientras lo acunaba. Ignacio llevaba llorando más de dos horas y no tenía intenciones de parar.

—Déjame cogerlo, mi amor —pidió Alejandro y se lo entregó sin rechistar. Estaba muy cansada.

—Suerte con él. Voy al baño. —Sofía se retiró agotada y Alejandro ahogó una risita con su lloroso hijo en brazos.

—Anda, hombrecito, le has sacado el genio a mami, ¿eh? —Ignacio hipó y pareció oírlo para luego continuar con su berrinche. Resignado, no tuvo más opción que caminar con él por todo el salón—. ¿No quieres que demos un paseo? ¿Te gustaría ir al jardín? Oh, eso quieres, ¿verdad?

Puso una manta sobre su bebé para abrigarlo un poco y salió con él al patio. El chico ni siquiera prestó atención al cambio de ambiente y continuó con su inconsolable llanto. Su pobre hijo tenía unos pulmones envidiables.

Recorrieron juntos el jardín que Nicolás y Alexa se habían encargado de mantener en condiciones aceptables, el chico comenzó a calmarse cuando Alejandro se arrodilló para enseñarle los rosales que había puesto pensando en Laura, su madre. Esas flores tan vibrantes que ella adoraba y que al parecer a su hijo también le gustaban porque estiró sus manos para tomar una.

—No, hijo, las rosas tienen espinas que podrían picarte. —La carita de su bebé se arrugó nuevamente y Alejandro se preparó para una nueva corriente de lágrimas—. Dios. —Suspiró.

—¿Testarudo, eh? —la voz de Dane Forrester llegó de improviso y Alejandro dio un respingo suponiendo que Sofía le habría abierto la puerta—. Tal vez quiera a su abuelo un rato. ¿Es eso, Ignacio? —preguntó dirigiéndose al niño que estiró el cuello para ver al ser del que provenía la voz.

—¿Papá? —Pasmado, Alejandro lo observó sin reaccionar, ¿qué podía decirle? Lo había traicionado tanto. Había destruido la confianza que había depositado en él. «Si mi hijo hiciera lo mismo conmigo, me moriría», apretó a Ignacio contra él más fuerte.

—¿Me lo das? Este caracolito y yo nos llevamos muy bien. —Ignacio se llevó el puño a la boca y Dane estiró los brazos ante lo cual Alejandro no tuvo más remedio que cederle a su preciosa carga.

—Ten cuidado con...

—Su cabecita, sí, hijo, ya lo sé. Tu esposa me lo ha dicho antes. —Con



cuidado supremo Dane acomodó a su único nieto entre sus brazos—. Hola, caracolito, ¿has tenido un día difícil, eh? Debe ser muy complicado ser bebé.

—Sofía estaba perdiendo los nervios.

—Los críos dan mucho trabajo. —Mientras el niño hacía un puchero se formó un silencio incómodo entre los dos.

—Ignacio es un claro ejemplo.

Alejandro no sabía qué decir una vez que el tópico se había agotado, además, el niño se quedó callado en cuanto lo tomó su abuelo, pero él ni siquiera podía mirarlo a la cara. Era su padre, pero era la primera vez que se sentía como su hijo.

Dane, intuyendo lo que pasaba por la mente de Alejandro, lo miró y le sonrió.

—Creo que sabes por qué estoy aquí, Alejandro. —Este solo torció el gesto como si recibiera un golpe directo.

—Lo sé.

—No estoy feliz, hijo. Quiero que sepas que me ha dolido lo que has hecho.

—Papá..., yo —dando un respiro para controlar la respiración que se había agitado, el hombre controló la voz antes de que esta se le quebrara—, me equivoqué tanto, papá. Te traicioné porque no pude superar lo que pasó con mi madre y me descargué contigo y tu esposa. Quise destruirte, pero no sabía el costo que acarrearía eso en nuestras vidas. Lo único que me importaba era hacerte pagar. He sido un mal hijo y lo siento mucho.

—Yo he sido un mal padre, también.

—No, papá, no lo has sido. Tú no sabías ser padre, pero yo sí sabía ser hijo cuando te conocí.

—Eras un buen hijo, Alejandro —reconoció Dane con ternura en su voz—. Tu madre lo sabía y me lo dijo. Yo no debí separarte de ella —la confesión pilló por sorpresa a Alejandro que nunca habría esperado escuchar a su padre reconocer una falta—. ¿Te sorprende, hijo? ¿No me creías capaz de reconocer un error? Sé que me equivoqué y te pido perdón por ello, pero también soy consciente de que no tengo perdón.

Alejandro, con un nudo en la garganta, se acercó para abrazar a ese hombre al que nunca había visto como padre, pero que había hecho lo que pensó mejor para él.

—No hay nada que perdonar. Ya no, papá.

—Vives en un lugar condenadamente bonito, Julieta —comentó con admiración Ricardo—. Veo que ser médico te resulta rentable.

—No me va mal. —Rio ella sirviéndole una taza de té.

—Debería ser yo quien te sirviera, nena —se quejó el hombre mirando el vientre redondeado de la mujer.

—No es para tanto, no soy la primera embarazada que le sirve un té a un amigo. —«Amigo», ¿eran de verdad solo amigos? ¿Se podía ser amigo de alguien a quien se amaba tanto?—. ¿Pasa algo, Ricardo? —El aludido enfocó sus oscuros ojos en los de la hermosa muchacha y le sonrió.

—No, no pasa nada. —Ella lo conocía bien y sabía que le estaba mintiendo, pero no dijo nada al respecto—. ¿Cuánto te falta para...? Ya sabes. —Apuntó su vientre dando una cabezadita.

—Una semana. Es un niño.

—Vaya. —Ricardo sintió euforia, como si la revelación fuese en relación a su propio hijo—. Mi hermana ha tenido un niño hace unos meses, se llama Ignacio y tiene a mi cuñado hecho un mar de babas. —Julieta se sonrojó levemente y se acarició el vientre—. ¿He dicho algo malo, Julieta?

—No, no —negó rápidamente—. No has dicho nada malo. Me alegro mucho por tu hermana, ¿Sofía, verdad? —Ricardo asintió con orgullo.

—Me habría gustado que la conocieras, Sofía es una mujer maravillosa y habría sido lindo que compartierais experiencias juntas... —Ricardo se interrumpió cuando Julieta gimió audiblemente y soltó un sollozo—. ¿Cariño, qué tienes?

—Ricardo, oh, Ricardo. —Julieta corrió hasta sus brazos y él solo fue capaz de abrazarla alelado sin comprender qué pasaba. No entendía qué la había puesto así, pero no iba a reclamar si podía por fin tenerla entre sus brazos—. No quiero morir, Ricardo, no quiero.

—¿Qué dices?

—Estoy enferma. —Cuando se disponía a detallar su enfermedad recordó que Ricardo no era médico y que no necesitaba saber todo—. Este bebé es el único que tendré. El único que podré tener. Tengo una especie de menopausia precoz, pero dio señales y me inseminé para tener este bebé, sin embargo, yo... no debí hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Ricardo, Julieta no tenía pareja entonces. No había un padre para ese bebé. ¿Esa sería una señal? ¿Podría ser una oportunidad para los dos?

—Tengo lupus, Ricardo.

—¿Se ha dormido? —preguntó Alejandro suavemente a su padre que sostenía a su bebé.

—Tanto llorar ha debido cansarse.

—¿Me lo das? —pidió con cautela y su padre asintió en respuesta legándole al pequeño que no sintió el cambio de ambiente y continuó dormido —. Lo llevaré a casa y lo acostaré.

—Me gustaría hablar contigo un momento después de que lo acuestes.

Alejandro se tensó y su padre sonrió internamente, ¿estaría pensando que aún quedaban cosas por reprochar? Esperaba que no. Ese tema ya había pasado.

Pasado.

Esa maldita palabra, el pasado no se podía cambiar. Pero podía intentar corregir sus errores. Esperó a que su hijo regresara y cuando este lo hizo estaba aún tenso.

—Sofía lo ha acostado. Me ha dicho que entremos y que nos traerá unos bocadillos —anunció.

—Tu mujer me ha malacostumbrado las últimas semanas —comentó Dane siguiendo a Alejandro por el patio—. Cocina de maravilla.

—Así es. Es un dechado de virtudes —por la forma en que lo dijo, Dane supo que no se refería solo a sus habilidades culinarias. No. Sofía era su otra mitad. Su complemento. Estaba feliz por su hijo.

—Lo imagino. Has tenido mucha suerte con casarte con ella. Quién lo habría dicho, el día que me anunciaste tu matrimonio me llevé una gran sorpresa, pero reconozco que elegiste con sabiduría, Sofía es refinada y elegante como mujer, como madre es admirable y fuerte y como esposa ha de ser...

—Perfecta para mí —interrumpió Alejandro—. Es una esposa estupenda. —Algo sonrojado él se rascó la nuca—. ¿Te das cuenta de que nunca te había hablado de una mujer? Es la primera vez que estoy enamorado, siento que puedo hablar de ello sin vergüenza porque ella es la única..., siento ganas de decirlo para que todo el mundo lo sepa.

—Es cierto, ni yo lo he hecho, hijo. Aun cuando era necesario para que entendieras muchas cosas.

—¿Qué dices, papá?

—Tu madre, Alejandro. Nunca hemos hablado de ella. —Con rostro

ceniciento, Alejandro observó a su padre y comenzó a negar.

—No, esto no es necesario.

—Sí, hijo, lo es. —Con un suspiro quedo, Dane observó un punto fijo sin ver nada en realidad, Alejandro siguió la dirección de su mirada para no hacer contacto visual con él.

—Si tú lo dices...

—Amé a tu madre como nunca he amado a ninguna otra mujer, Alejandro. Ella fue todo lo que necesité y me hizo muy feliz el tiempo que estuvimos juntos. Amé y fui amado, aunque duró poco y de ese amor naciste tú. — Alejandro tomó aire, pero su padre lo interrumpió—: Déjame terminar, hijo — le pidió con autoridad—. Tu madre me entregó su inocencia y su juventud, transformé a una chiquilla pura en una mujer resentida por mi abandono y tú pagaste por ello.

»Conocí a tu madre cuando ella aún era adolescente. No puedo describirte lo guapa que era, pero puedes imaginarlo, me sentía atraído por su inocencia y buen corazón. Enamorarla fue sencillo para un conocedor de las mujeres como lo era yo en aquel tiempo. No te aburriré con los detalles, porque supongo que lo imaginas.

Alejandro asintió con una media sonrisa.

—Es algo parecido a lo que me pasó con Sofia.

—Más o menos, pero la diferencia es que yo fui más cobarde que tú y me casé con otra mujer a la que nunca he amado y que con el tiempo llegué a despreciar, así como ella a mí. He pagado con mi infelicidad cada uno de mis pecados, pero siento que nunca sufriré lo suficiente.

—Papá, eso ha quedado en el pasado —contradijo Alejandro—. Ya pasó, no tienes que castigarte más. Todos hemos aprendido de nuestros errores. Has sido un buen padre y serás un buen abuelo para mi hijo. Seamos una familia desde ahora como siempre debimos ser. —Dane escuchó con una sonrisa rota, y con ojos extrañamente brillantes soltó un suspiro que a los oídos de su hijo sonó más como un sollozo.

—La he visto, Alejandro. A tu madre. Después de años la he vuelto a ver.

Alejandro debió apoyarse en la pared para no perder el equilibrio, dado que la noticia lo había removido hasta los cimientos. Su madre estaba viva. Viva y cerca. Su padre la había visto, entonces era posible que en alguna ocasión se hubiesen cruzado. Sintió cómo la añoranza se anidaba en su pecho, cómo las ganas de verla y de mostrarle en la persona que se había convertido

lo desbordaban.

—Ella vive —musitó con una sonrisa dibujada en los labios. Cuántas veces había decidido en su cabeza darla por muerta para no sufrir por su ausencia. Cuántas noches en su infancia había rezado porque su madre lo sacara de la horrible casa en la que se sentía solo. Aquellos sueños de niñez eran ya lejanos, pero no por ello no extrañaba a su madre—. Mi mamá. No puedo creerlo... ¿Dónde...? Oh, Dios mío.

—No quiere que la veas —lo cortó Dane encogiéndose de hombros—. Tu madre tiene orgullo, pero te ama muchísimo, hijo. Ha estado pendiente de ti todo el tiempo y se siente feliz por lo que has logrado.

—Pero no quiere verme —reflexionó herido—. Te ha dicho por qué.

—Teme que la odies, Alejandro. —Dane vio cómo su hijo recibía su declaración con dolor.

—Eso no tiene sentido.

—Para ella sí, Alejandro, y no podemos juzgarla.

Sofía sonreía relajada, su niño dormía plácidamente y su marido estaba arreglando sus problemas con su suegro. Todo iba bien. De pronto la puerta de la habitación se abrió y de ella emergió Alejandro, lo miró de reojo sin verlo en realidad.

—¿Y tu padre?

—Se ha ido.

—¿Tu padre no se quedará a comer con nosotros?

—No... no. Él no... —Sofía se volteó para ver cómo su marido perdía el paso y se tomaba la cabeza dejándose caer sobre la cama.

—¿Mi amor, qué pasa? —Sofía se arrodilló frente a él y Alejandro se aferró a ella en un abrazo desesperado. No quería hablar, pero la quería a ella. Quería su calor y su amor.

Alguien que realmente lo quisiera. ¿Cómo superaba un hombre el abandono de la persona que se supone debía ser quien más lo amara y le fuese incondicional? No tenía respuesta. Hubiese sido más feliz creyendo que su madre había muerto y que por ello no lo había vuelto a buscar, pero había estado viva y cerca de él todo el tiempo, pero él no había valido suficiente como para retenerla.

—Promete que nunca me dejarás —suplicó—, prométeme que no importa si yo soy quien quiere alejarte de mí, tú no te irás. No nos dejarás ni a mí ni a Ignacio pase lo que pase. Él, tú y yo.

—Lo prometo, pero, por favor, dime qué te ha puesto así, cariño.

—Ahora no.

Más tarde, esa noche Sofía recibió la llamada de su hermano que le decía que se quedaría con Julieta hasta el parto y que la convencería de ir a Chile con él. Sofía no entendió mucho, pero se alegró por su hermano, por lo menos él parecía decidido a no perder a Julieta nuevamente.

Alejandro le había contado lo que había descubierto y el motivo de su inquietud, para Sofía esa revelación sobre el hombre que amaba le había demostrado una nueva faceta de él. Conoció sus miedos y le desnudó su alma.

Y ella prometió no fallarle. Ella sabía que él nunca le fallaría.

Aun con la certeza de que así sería, Sofía estaba inquieta, se había levantado de la cama sin poder conciliar el sueño y salió a tomar un poco de aire al patio cuando de pronto una figura misteriosa se dejó ver. Sofía ahogó un grito.

—No te asustes, no te haré daño. —Era una mujer a juzgar por el tono dulce de voz.

—¿Quién eres?

—Soy tu suegra, Sofía. La madre de Alejandro.

La sorpresa inicial dio paso al enojo. Era la madre de Alejandro. Laura. La mujer por la que su esposo había llorado hacía solo unos instantes hasta dormirse.

—¿Laura? —La miró, pero la oscuridad era aliada de la mujer y era muy difícil distinguirla.

—Dane me ha dicho que ha hablado con Alejandro y le ha contado de mí.

—Así ha sido —confirmó cortante. A pesar de que era la madre del hombre que amaba no se fiaba de ella. Era imposible después de lo que había pasado y de haber visto sufrir a su marido.

—Sofía, entiendo que no te agrade, estás en tu derecho, querida, pero necesito hacer esto. Necesito que me entiendas.

—No soy yo la que necesita entender, no es a mí a quien tiene que explicarle las cosas. Es a Alejandro, su hijo. No a mí.

—No puedo hacer eso —se lamentó la mujer con profunda tristeza.

—¿Por qué no? Alejandro la necesita, él no sabe por qué su madre no volvió a por él, por qué no lo buscó. Ha sufrido mucho, ¿sabe? —Sofía vio cómo Laura se encogía con la acusación—. Hoy ha llorado como un niño hasta dormirse.

—Lo sé, pero es mejor así, Sofía. Es mejor que no sepa nada de mí nunca. Siempre seré su madre, pero él ya tiene su vida y te tiene a ti. —Laura sonrió levemente—. Eres lo que mi Alejandro necesita. Eres buena y paciente. Ámalo mucho, querida Sofía, hazlo feliz. Dale la estabilidad que él necesita y a Ignacio también. Cuídalos a los dos —finalizó con un suspiro—. De una madre a otra.

—Sabe que le diré esto, ¿verdad?

—Sé que lo harás de todos modos, pero ¿podrías engañarme para irme tranquila?

—Eso no tiene mucho sentido. —Laura se encogió de hombros.

—Las mejores cosas no lo tienen. ¿Prometido?

—Prometido.

Laura rio entonces en medio de lágrimas. Vaya chica. Su hijo tendría una vida muy entretenida con ella. Era leal y de lejos se notaba su amor por él.

—Te lo confío.

—Lo cuidaré.

La mujer se alejó y Sofía se dio la vuelta. Volvería a la casa con su marido y su hijo.

Y lo haría feliz.

# EPÍLOGO

*Diez años después...*

Ignacio tiró de su camisa para llamar su atención y Alejandro se disculpó con el resto de los invitados con los que estaba hablando.

—¿Qué pasa, hijo? —Ignacio lo miró con aire solemne con sus ojos verdes, finalmente había heredado los ojos de su madre. Una bendición para Alejandro.

—Lourdes y Matilde se han metido en problemas. —Frunciendo los ojos lo miró con sospecha, en su afán por ser el mejor hermano mayor del mundo, como se había propuesto cinco años antes cuando supo que tendría una hermanita, se había vuelto muy protector.

—¿Qué han hecho?

—Han encontrado un gato y no lo quieren soltar.

Oh, él ya sabía cómo eran sus hijas y cuando querían algo no descansaban hasta conseguirlo... y él era muy blando con esas niñas.

—Llévame con ellas. —Le tomó la mano para dejarse guiar.

—¿Y mamá? —preguntó buscándola con la mirada.

—Mamá está con el resto de las invitadas, es mejor no molestarla, ahora dime, ¿has dejado solas a tus hermanas?

—Yo estaba con José Miguel, pero tuve que buscarte, él está con ellas.

El pequeño José Miguel tenía unos meses de diferencia con su hijo y era su mejor amigo desde que su madre se había mudado a Santiago, era el ahijado de Ricardo y lo quería como si fuera su hijo.

Alejandro se había enterado del drama romántico que vivía su cuñado una noche en que este le había rogado que lo acompañara a beber y para no estar solo con el desolado hombre había invitado a Nicolás, que no se negaba cuando se trataba de beber gratis y les había contado su amor por su exnovia y de la enfermedad de esta, desde entonces salían juntos cuando la vida marital los superaba, como era el caso de Alejandro y Nicolás. O cuando la enfermedad de Julieta le quitaba las fuerzas a Ricardo.

Nicolás se había casado con Alexa para sorpresa de Alejandro y las burlas de Sofía quien le había hecho ver lo obvia que era la relación entre los dos, pero en su defensa podía decir que no habían sido obvios. De hecho, habían sido muy discretos, de lo contrario habrían tenido problemas en el trabajo, ¿es



que nunca discutían? En la oficina parecían siempre bien, incluso con las mellizas y el bebé. Qué paciencia.

También estaba Berenice, que a pesar de todas las diferencias que había tenido en el pasado con su hermana, era una buena tía y de cada viaje que hacía les traía algún recuerdo a los niños, claro que tenía a su favorita: Matilde, que había heredado alguna de sus mañas.

Dane había mejorado su relación con Alejandro por deferencia a sus nietos y la brecha entre ambos comenzaba a ser menor. Entre todos consentían a los niños que se aprovechaban descaradamente de ello.

Cuando vio a las niñas estas estaban arrodilladas vigiladas atentamente por José Miguel que se había cansado de discutir con ellas. Sofía lo culparía a él por las manchas en sus hermosos vestidos idénticos. La primera en verlo fue Matilde que lo miró con sus inocentes ojos verdes y sus ricitos dorados revotando.

—¡Papá, mira! ¡Mira, tenemos un gatito! Lo hemos llamado Benito, ¿verdad, Lou? —Lourdes, la única de sus hijos que tenía los ojos azules como él lo desafió con la mirada mientras este se agachaba para ver a la lamentable criatura que tenían en el suelo. Ella sí sabía cómo ganarse a su padre, pensó él. Era la que más se le parecía, aunque jamás lo reconocería.

Lourdes había sido la niña de sus ojos hasta que Sofía había anunciado, sorprendida, que esperaba otro hijo a los pocos meses de dar a luz.

—Por lo general se dice que la lactancia es un buen anticonceptivo —había dicho el médico para luego encogerse de hombros, mirándolos como si se trataran de dos jovencitos ingenuos y no como adultos y padres de dos niños—, pero a veces no es efectivo. —Alejandro daba fe que no lo era. Y su pequeño despiste estaba por echarse a llorar ante la negación tácita de su padre.

—Dejad ese gato, niñas.

—Pero, papi... —El método de chantaje de Matilde no funcionaría, pero el desafío de Lourdes, sí.

—¿Por qué? —Lourdes transmitía seguridad, tanta que José Miguel e Ignacio se miraron preguntándose lo mismo. «¿Por qué no podían tener el gato?». Lo de esa niña era un don.

—Porque ya tenemos un perro.

—Pero el perro es de Nacho, no nuestro y este gatito no tiene hogar. —Apelar a la misericordia. Su especialidad. Matilde no había pensado en eso y

asintió en acuerdo con su hermana mayor.

—No tiene a nadie, solo nos tiene nosotras —secundó. La lógica de las niñas no era fácil de rebatir para un hombre que tenía debilidad por las niñas rubias de vestidos rosas y zapatitos de charol salpicados de barro.

—Cariño...

—Por favor, papá. Míralo, es muy chiquito y está solo.

—¿Quién es chiquito y está solo? —Alejandro no había sentido que su esposa se acercaba y dio de lleno con la visión de sus piernas desnudas hasta las rodillas.

—Mi amor. —Alejandro se puso de pie para sacudirse el pantalón y besar sus labios. Ignacio rodó los ojos, José Miguel escondió el rostro y las niñas dieron un brinquito emocionado ante el gesto de los adultos.

—¿Qué está pasando?

—Tenemos un gatito, mami, mira —explicó Matilde feliz, Sofía tenía una debilidad por los cachorros y si además ese cachorro la miraba con ternura entonces tendrían una mascota nueva.

El hombre bufó.

—Alejandro, amor...

—No digas nada, cielo. Ya lo he entendido. —Se rindió. Tres contra dos. No era justo—. Hijo, ten las llaves del coche, acomoda al gato. —Se las tendió e Ignacio se encogió de hombros y salió junto a José Miguel—. Niñas a lavarse las manos, ahora.

—¡Sí, papá! —Matilde dio un brinco y su hermana miró a su padre con una sonrisa descarada de triunfo antes de correr al baño.

—No digas nada —advirtió a su mujer—. No te atrevas.

—No iba a decir nada.

—Bien. —Alejandro le dio la espalda dispuesto a irse, pero Sofía lo abrazó rodeando su cuerpo para impedirlo, descansando sus manos sobre su vientre plano y fuerte.

—No te enfades, mi amor, no es tan malo tener un gato.

—Ya, lo sé, pero es que no puedo con ellas. Lo que quieren lo consiguen.

—Tú querías tener niñas.

—Una. Una niña, dos son un desafío a mi autoridad.

—Ve el lado positivo del asunto. Este nuevo bebé es niño.

—Si no fuera porque el ultrasonido lo dijo, no lo creería, ¿recuerdas que dijiste que tu tercer embarazo era de un niño? ¡Mira a Matilde es una

manipuladora encantadora!

—Me equivoqué.

—Nos hemos equivocado mucho con esas corazonadas tuyas.

—¡Solo dos veces! Yo te dije que mi hermano conseguiría casarse con Julieta y míralo, se acaba de casar con ella. —Alejandro se rio roncamente y no quiso romper su nube de felicidad para decir que Ricardo le había suplicado a Julieta que se casara con él durante años, pero que ella no había cedido hasta hacía un mes.

—Volvamos a la fiesta —sugirió.

—Alejandro —llamó seria de pronto—. ¿Crees que fue ella, verdad?

—Siempre se las arregla para regalarles cosas y lo mejor es fingir que no lo notamos.

—¿Por qué no le hablas?

—Así lo eligió ella y es un pacto con sus nietos, ¿no? —Le guiñó el ojo con coquetería, pero en los ojos de Sofía vio duda y le sonrió—. Yo ya la he perdonado y siempre la amaré, pero han pasado muchos años y ella lo decidió así. No se lo reprocho, Sofía.

—Lo sé, mi amor.

—Vamos ya, Ricardo no me perdonará que me lleve a su hermana a un cuarto en plena fiesta.

Asintiendo, se dieron la mano para volver a la recepción, Alejandro volteó y sonrió en dirección a un ciprés.

La mujer que había tras él, sonrió llena de amor.

—Te has convertido en un gran hombre, mi niño. Mi amado ángel, estaremos unidos siempre donde más importa —susurró llevándose la mano al corazón—. Aquí. Para siempre.

Sonriendo aún ella acomodó su raído chaleco negro.

—A Alejandro no le ha gustado eso, Laura —le dijo Dane.

—Las niñas estaban contentas.

—Vamos a casa antes de que encuentres otra cosa que darle a las niñas. —Le tendió la mano y ella la cogió, se miraron a los ojos como cuando eran jóvenes.

—Vamos a casa, Dane.

# FIN

# SOBRE LA AUTORA

Nacida en Concepción, Chile, durante los felices años noventa, a Nina siempre le gustaron las historias románticas sencillas con algo de humor y una pequeña dosis de drama, más de una vez se pegó frente a la televisión a causa de una telenovela.

Durante años escribió pequeños relatos que publicó en diversas plataformas de internet, conociendo siempre sus limitaciones y el poco tiempo que tenía para dedicarles, pero no fue hasta el año 2015 en el que se atrevió a enviar uno de sus relatos a la Convocatoria Relatos de Amor de ARI, (Autoras Románticas Independientes), con su historia Lo que calla un corazón, que formó parte de la Antología Solidaria 27 susurros de amor.

